



EL ARTE DEL  
RONRONEO

DAVID  
MICHIE

AUTOR DE  
EL GATO  
DEL  
DALÁI LAMA

 Planeta

# EL ARTE DEL RONRONEO

DAVID MICHIE

 Planeta



# Índice

Prólogo  
Capítulo uno  
Capítulo dos  
Capítulo tres  
Capítulo cuatro  
Capítulo cinco  
Capítulo seis  
Capítulo siete  
Capítulo ocho  
Capítulo nueve  
Capítulo diez  
Capítulo once  
Acerca del autor  
Créditos

*Errar es humano, ronronear es felino.*

ROBERT BYRNE, ESCRITOR

## PRÓLOGO



¡Bueno, por fin estás aquí! Espero que no te importe que te diga que te tomaste tu tiempo. Verás, querido lector, tengo un mensaje para ti. No es un mensaje común y tampoco proviene de una persona ordinaria. Es más, es un mensaje que tiene que ver con tu felicidad más personal y profunda.

No es necesario que voltees para ver quién está detrás de ti o a tu lado, porque este mensaje, te lo aseguro, *es para ti*.

Debes saber que no toda la gente del mundo llegará a leer estas palabras. De hecho, tan sólo lo hará una muy, muy pequeña cantidad de humanos. Tampoco pienses que lo que te ha traído a leerlas en este momento particular de tu vida es un suceso aleatorio, ya que sólo las personas que tienen un tipo muy específico de karma sabrán lo que quiero decir, sólo los lectores que tengan un vínculo peculiar conmigo.

O tal vez deba decir... *con nosotros*.

Verás, yo soy una pequeña gatita y le pertenezco al Dalái Lama. Bueno, al principio creyeron que era macho, pero la verdad se descubrió el día que Su Santidad me trajo de Delhi y el veterinario vino para revisar el daño que sufrieron mis patas traseras en una fuerte caída. De cualquier manera, debo aclararte que el mensaje que tengo para ti viene directamente de él... de Su Santidad.

¿Pero cómo es que me atrevo a hacer una declaración tan absurda? ¿Acaso he perdido la razón? No, en absoluto. Si me permites acurrucarme en tu metafórico regazo, puedo explicártelo todo.

Siempre llega un momento en que los amantes de los gatos se encuentran frente a un dilema: ¿cómo decirle a tu acompañante felino que te irás? ¿Y que no será nada más por un fin de semana?

La forma *precisa* en que los humanos nos dan la noticia de su inminente ausencia es un tema de gran importancia para nosotros los gatos. A algunos nos gusta que nos avisen con bastante anticipación y así poder prepararnos mentalmente para el cambio en la rutina. Otros prefieren que la noticia caiga en picada desde el cielo sin aviso

alguno, como urraca iracunda en temporada de anidación porque, de esa manera, para cuando te das cuenta de lo que está a punto de suceder, ya sucedió.

Resulta interesante que los miembros de nuestro equipo tengan un sentido nato de lo anterior y actúen como corresponde, que algunos endulcen el oído de sus gatitos durante varias semanas antes de su partida, y otros solamente saquen la caja de transporte del clóset sin previo aviso.

Pero, en fin, digamos que yo me encuentro entre los felinos más afortunados porque cuando el Dalái Lama viaja, la rutina de mi hogar aquí en Namgyal se desarrolla prácticamente de la misma forma de siempre. Yo sigo pasando parte del día en el alféizar de una de las ventanas del primer piso, un privilegiado punto de observación desde donde puedo llevar a cabo una vigilancia de máximo nivel con un mínimo de esfuerzo mientras aprovecho para pasar un rato —casi todos los días— en la oficina de los asistentes ejecutivos de Su Santidad. Después doy mi paseo de costumbre y me contoneo durante el breve trayecto hasta el agradable entorno del Himalaya Book Café.

Debo admitir, sin embargo, que las cosas no son exactamente iguales cuando Su Santidad no está aquí porque, ¿cómo puedo describir lo que es estar en presencia del Dalái Lama? En pocas palabras, es extraordinario. Desde el momento que entra a la habitación, la energía de su profunda y auténtica felicidad alcanza y toca a todos los seres en el interior. Y es que, durante el tiempo que estés con Su Santidad tendrás la sensación de que todo está bien, independientemente de lo que esté sucediendo en tu vida, y de qué tipo de tragedia o pérdida estés viviendo.

Si no has vivido esto antes, puedo decirte que es como despertar a otra dimensión de ti mismo que ha estado ahí todo este tiempo, fluyendo como un río subterráneo que no había sido detectado sino hasta ahora. Al volver a conectarte con esta fuente, no sólo experimentas la paz profunda y el manantial que nace en el corazón de tu ser: por un instante también puedes atisbar tu propia conciencia y verla radiante, sin fronteras e imbuida de amor.

El Dalái Lama nos ve como somos en realidad y nos refleja nuestra verdadera naturaleza de vuelta, por eso mucha gente se derrite en su presencia. Yo he visto llorar a importantes hombres vestidos con trajes oscuros solamente porque Su Santidad les tocó el brazo. Los líderes de las grandes religiones del mundo se forman para reunirse con él y luego se vuelven a formar para poder saludarlo una segunda vez. He visto a gente en silla de ruedas derramar lágrimas de felicidad al ver que el Dalái Lama se ha internado de lleno entre la multitud sólo para alcanzarlos y tocar su mano. Su Santidad nos recuerda lo mejor que podemos ser, ¿habrá un regalo más importante que ése?

Por todo lo anterior, querido lector, comprenderás que, a pesar de que cuando el Dalái Lama viaja yo puedo seguir gozando de una vida de privilegio y comodidad, prefiero con todo mi corazón que él esté en casa. Su Santidad lo sabe, así como

también sabe que soy una felina a la que le gusta que le avisen que saldrá de viaje. Si alguno de sus asistentes ejecutivos —ya sea el joven Chogyal, un monje rellenito y de baja estatura que lo ayuda con los asuntos monásticos, o Tenzin, el avezado diplomático que lo asiste en los negocios seculares—, le presenta una solicitud que implica viajar, él siempre levanta la vista y dice algo como: «Dos días en Nueva Delhi a finales de la próxima semana».

Quizás *ellos* piensan que está confirmando la visita, pero en realidad dice esta información en voz alta específicamente para *mi* conocimiento.

Días antes de un viaje prolongado, el Dalái Lama me recuerda que estará lejos por medio de una visualización del número de sueñitos —o sea, de noches—, que pasará en otro lugar. Y la noche antes de su partida siempre se asegura de que tengamos algo de tiempo de calidad juntos, sólo nosotros dos. En esos momentos comulgamos de esa intensa manera en que sólo pueden hacerlo los felinos y sus compañeros humanos.

Y eso me lleva de vuelta al mensaje que Su Santidad me pidió que compartiera contigo. Lo mencionó esta noche antes de ir a un viaje de enseñanza a Estados Unidos y Europa que durará siete semanas, el periodo más extenso que habremos estado separados. En cuanto el atardecer cayó sobre el valle de Kangra, Su Santidad deslizó su silla alejándola del escritorio, se puso de pie, caminó hasta el alféizar donde yo descansaba y se arrodilló a mi lado.

—Tengo que irme mañana, mi pequeña Leona de las Nieves —dijo, mirando profundamente mis ojos azules y refiriéndose a mí con el cariñoso nombre que él mismo me había otorgado. Es un nombre que me fascina porque los tibetanos consideran que los tigres de las nieves son seres celestiales que simbolizan belleza, valentía y felicidad—. Siete semanas son mucho más de lo que normalmente me alejo, y sé que te agrada que esté aquí contigo, pero hay otros seres que también me necesitan.

Me levanté del lugar en donde estaba descansando, coloqué mis patitas frente a mí y me estiré plácenteramente antes de bostezar con la boca bien abierta.

—Qué bonita boca, tan rosadita —dijo Su Santidad con una sonrisa—. Me da gusto ver que tus dientes y tus encías están en buenas condiciones.

Me acerqué un poco más y lo empujé tiernamente con mi cabeza.

—Ay, ¡me haces reír! —agregó.

Nos quedamos ahí, frente contra frente y luego él deslizó sus dedos por mi cuello.

—Me voy a ir un tiempo pero tu alegría no debe depender de que yo esté aquí. Aunque me encuentre lejos, de todas formas puedes ser muy feliz. Quizá creas que la felicidad proviene de estar conmigo o de la comida que te dan allá en el café —sí, Su Santidad sabía perfectamente por qué me gustaba tanto visitar el Himalaya Book Café—, pero en las siguientes siete semanas quiero que trates de descubrir por ti misma la *verdadera* causa de la felicidad. Cuando regrese podrás decirme lo que averiguaste.

El Dalái Lama me tomó en sus brazos con dulzura y profundo afecto, y se puso de

pie mirando el valle de Kangra a través de la ventana abierta. Era una vista magnífica: el zigzagueante y verde valle, los escalonados bosques de árboles de hoja perenne, y a lo lejos, las cumbres de los Himalayas cubiertas de hielo resplandecían bajo la luz del sol de media tarde. La delicada brisa que entraba por la ventana tenía el aroma del pino, el rododendro y el roble. El aire era una mezcla de encanto.

—Te voy a decir cuáles son las verdaderas causas de la felicidad —susurró en mi oído—. Es un mensaje especial. Es sólo para ti y para aquellos con quienes tengas un vínculo kármico.

Empecé a ronronear y poco después mi ronroneo se transformó en el constante y gutural sonido de un motor fuera de borda en miniatura.

—Sí, mi pequeña Leona de las Nieves —dijo el Dalái Lama—. Me gustaría que indagaras sobre el arte del ronroneo.

## CAPÍTULO UNO



Querido lector, ¿alguna vez te has maravillado ante la forma en que la decisión aparentemente más trivial a veces puede conducir a los acontecimientos que más pueden llegar a cambiar una vida? Es decir, haces una elección que te parece rutinaria y común, pero al final tiene resultados totalmente dramáticos e impredecibles.

Eso fue precisamente lo que sucedió aquella tarde de lunes cuando decidí que, en lugar de regresar directo a casa tras salir del Himalaya Book Café, tomaría el supuesto paseo con vista espectacular. No era una ruta que tomara con frecuencia porque, en realidad, la vista no era tan deslumbrante, y el recorrido no era ni siquiera por un sendero del todo. Más bien era como un humilde callejón que corría a lo largo del Himalaya Book Café y los locales adyacentes.

No obstante, este camino a casa es más largo, y por eso sabía que llegar a Namgyal me tomaría diez minutos en lugar de los típicos cinco que normalmente necesito. Me fui por ahí porque, como había pasado toda la tarde dormitando en el estante de revistas del café, sentí la necesidad de estirar las patitas.

Cuando llegué a la puerta del frente, en lugar de girar a la derecha lo hice a la izquierda, atravesé sin prisa las puertas laterales del café, volví a girar a la izquierda y caminé a lo largo del estrecho carril que utilizan para los botes de basura con olor a los restos de la cocina y muchos otros tentadores aromas. Seguí mi camino con pasos tambaleantes porque mis patas traseras son débiles desde que era una gatita pequeña y sufrí una fuerte caída. De pronto me detuve a darle golpecitos a un intrigante objeto color plateado y marrón que estaba alojado debajo de la puerta trasera del café y luego descubrí que era un corcho de champaña que se había quedado atorado en la rejilla.

Cuando estaba preparándome para volver a dar vuelta a la izquierda, me di cuenta del peligro. A unos veinte metros de distancia, sobre la calle principal, divisé a dos de los perros más grandes y feroces que había visto en mi vida. En cuanto noté su amenazante presencia, sus aletas de la nariz dilatadas y el largo pelaje ondeando por la brisa de la tarde, supe que no eran del distrito.

Pero lo peor de todo era que no traían correa.

Ahora sé, gracias a la sabiduría que da el «hubiera», que en ese preciso momento debí regresar por el callejón y salir a través de la reja de la parte de atrás del café porque ahí habría estado completamente segura detrás de las barras, ya que éstas tenían espacio suficiente entre sí para dejarme pasar a mí, pero no a esos monstruos.

En el preciso instante en que me pregunté si me habrían visto, ellos me divisaron y empezaron a perseguirme sin pensarlo dos veces. Mi instinto se despertó, di una vuelta pronunciada a la derecha y me moví lo más rápido que mis titubeantes extremidades me lo permitieron. Con el corazón palpitante y los pelos de punta, corrí desesperadamente en busca de refugio. En esos momentos cargados de adrenalina me sentí capaz de ir a cualquier lugar y lograr cualquier proeza, ya fuera trepar con mis cuatro patas el árbol más alto o pasar trabajosamente por el hueco más estrecho.

Pero no había ruta de escape ni terreno seguro. Los feroces ladridos de los perros cobraron fuerza conforme me fueron dando alcance. El pánico se apoderó de mí y, como no tenía a donde más ir, entré a toda carrera en una tienda de especias con la idea de que encontraría algo sobre qué trepar para estar segura o, por lo menos, para que los perros perdieran el rastro de mi olor.

La tiendita tenía hileras de cajones de madera sobre los que había especias y condimentos exhibidos con gran delicadeza. Varias mujeres que con aire maternal estaban moliendo polvo en morteros que tenían en sus regazos gritaron asustadas cuando pasé rozando sus tobillos, seguida por los iracundos bramidos de los perros perturbados por la sed de sangre, que trataban de darme alcance.

De pronto escuché el golpe de los cuencos de metal al caer y chocar con el concreto, y a eso le siguieron las nubes de especias que estallaron en el aire. Corrí hasta la parte trasera de la tienda, busqué una repisa para saltar a ella, pero sólo encontré una puerta firmemente cerrada. Luego vi un hueco entre dos de los cajones; era suficientemente grande para que pasara abriéndome paso con las garras. Detrás del hueco, en lugar de pared, había nada más una placa desgarrada de plástico y, más allá, un carril desierto.

Los perros metieron sus enormes cabezas en el hueco entre los cajones y se entregaron a una serie de frenéticos ladridos. Todavía sintiendo el terror de la persecución, revisé rápidamente la alcantarilla: llevaba a un callejón sin salida. La única forma de escapar sería volver al camino.

Del interior de la tienda de especias salieron los quejumbrosos chillidos de las mujeres que trataban de atrapar a los dos malos, y mientras tanto, yo me precipité por la alcantarilla hasta el camino y, con mi pelaje —por lo general blanco y lustroso— cubierto de especias de todos los colores, corrí lo más rápido que me lo permitieron mis frágiles patas. El camino tenía una inclinación ligera pero difícil de vencer. A pesar de que ejercí toda la fuerza que albergaba en mi ser, mis esfuerzos no sirvieron de mucho. Con el objetivo de alejarme lo más posible de los perros busqué

refugio en algún lugar —en cualquiera, de hecho—, pero sólo encontré aparadores de tiendas, gruesos muros de concreto e impenetrables rejas de acero.

Detrás de mí, continuaba la conmoción de los ladridos, pero ahora acompañada de los iracundos gritos de las mujeres de la tienda de especias. Volteé y las vi empujando a los perros fuera del local y manoteándoles los costados. Con una mirada salvaje y las lenguas de fuera, las dos bestias babeantes pisaron el pavimento mientras yo seguía batallando con la subida, con la esperanza de que el flujo constante de peatones y automóviles ocultara mi ubicación.

Pero no había forma de escapar.

Tan sólo unos instantes después, las dos bestias captaron mi aroma y continuaron con la persecución. Sus feroces gruñidos me llenaron de miedo.

Ya les llevaba algo de ventaja pero no la suficiente; no les tomaría prácticamente nada a esas dos bestias atraparme. En ese momento, sin embargo, llegué a una propiedad rodeada de altos muros blancos, y vi un enrejado de madera que subía por uno de ellos, junto a una puerta negra de hierro. Jamás en mi vida habría imaginado que haría lo siguiente pero, ¿qué opción tenía? A segundos de que los perros me cayeran encima, salté al enrejado y empecé a treparlo lo más rápido que me lo permitieron mis acolchadas patitas grises. Me arrastré hacia arriba con esforzados tumbos, enterrando una garrita a la vez.

Las bestias llegaron a donde yo estaba justo cuando alcancé la parte superior del muro y se lanzaron contra el enrejado en medio de frenéticos ladridos. Cuando el entramado se quebró y se escuchó el crujir de la madera, la mitad de arriba salió despedida del muro. Si todavía lo hubiera estado escalando, en ese momento habría terminado colgada sobre las fauces abiertas de los perros. Parada en la cima de la puerta, miré hacia abajo, vi sus dientes desnudos, y sus rugidos me pusieron a temblar e hicieron que se me coagulara la sangre de todo el cuerpo. Fue como ver directamente los rostros de seres salidos del infierno. El demencial ruido frenético continuó hasta que a los perros los distrajo otro canino que estaba lamiendo algo en el pavimento sobre la misma calle aunque un poco más allá; pero cuando se lanzaron corriendo para unirse a ese otro perro, un hombre bajito vestido con saco de *tweed* los detuvo, los sujetó del cuello y les puso sus correas. Mientras él estaba agachado a su lado, escuché a un transeúnte gritar:

—¡Qué hermosos labradores!

—En realidad son *golden retriever* —lo corrigió el hombre de las correas—. Jóvenes y muy entusiastas pero, finalmente, animales adorables —añadió, acariciándolos con afecto.

*¿Animales adorables? ¿Acaso se había vuelto loco todo el mundo?*



Pasaron siglos antes de que las palpitaciones de mi corazón volvieran a algo que siquiera se acercara a la normalidad, y sólo entonces se hizo evidente la situación real en que me encontraba. Miré alrededor y me fue imposible detectar una rama, una cornisa o una ruta de escape. El muro sobre el que estaba parada tenía una reja en un extremo y una caída franca en el otro. Estaba a punto de levantar una de mis patitas para llevarla a mi boca y darle a mi cara espolvoreada con especias un muy necesario enjuague, cuando, de repente, percibí el olorcillo de algo tan picante que me hizo parar en seco. Entonces supe que, con tan sólo una lamida, ocasionaría un incendio en mi boca. Y esa fue la gota que derramó el vaso: ahí estaba yo, atrapada en un alto y desconocido muro, ¡y ni siquiera podía darme una manita de gato!

No me quedó otra opción que permanecer en donde estaba y esperar que algo sucediera. En un marcado contraste con toda la agitación por la que yo estaba pasando, el interior detrás del muro era como una paradigmática imagen de la serenidad, como la Tierra Pura de Buda sobre la que había oído hablar a los monjes. A través de los árboles pude ver una enorme y majestuosa construcción rodeada de extensos prados ondulantes y jardines llenos de flores, y entonces anhelé estar abajo en esos jardines, o merodeando a lo largo de la veranda porque me pareció que era precisamente el tipo de lugar en el que yo encajaría a la perfección. Si tan sólo alguien en el interior de esa hermosa construcción divisara a la Leona de las Nieves varada sobre el muro, ¿tendría la compasión de ir a rescatarme?

Sin embargo, a pesar de toda la actividad en la entrada principal del edificio, nadie entró ni salió por la puerta peatonal sobre la que yo estaba. Y el muro era tan alto que los transeúntes que pasaban caminando por la acera apenas si alcanzaban a verme. Los pocos que miraron en mi dirección no parecieron notarme. El tiempo pasó, el sol comenzó a deslizarse hacia el horizonte, y entonces comprendí que si nadie llegaba en mi ayuda pasaría ahí toda la noche; por eso emití un maullido lastimero pero controlado: sabía que a mucha gente no le gustan los gatos, y llamar su atención sólo me pondría en un predicamento aún peor.

Aunque, pensándolo bien, quizá no necesitaba preocuparme por la atención indeseable porque, sencillamente, no estaba recibiendo ningún tipo de atención. Tal vez en el Himalaya Book Café me reverenciaban porque era GSS, la *Gata de Su Santidad*, pero aquí, completamente empolvada con especias y sin que nadie me conociera, todos me ignoraban.



Querido lector, te voy a ahorrar la crónica completa de cómo pasé las siguientes horas sobre el muro, de las miradas indiferentes y de las incomprensivas sonrisas que tuve que soportar junto con las piedras que me arrojaron dos diablillos aburridos cuando regresaban a casa de la escuela. Pero sí te voy a contar que, cuando ya había oscurecido y yo estaba totalmente fatigada, noté a una mujer caminando al otro lado de la calle. Al principio no la reconocí, pero había algo en ella que me daba la sensación de que sería mi salvadora.

Maullé en tono de súplica. Ella cruzó la calle y, cuando se acercó un poco más, me di cuenta de que era Serena Trinci, hija de la señora Trinci, la chef VIP de Su Santidad y mi más ferviente admiradora en Namgyal. Serena tenía treinta y tantos años y recientemente había sido nombrada encargada y gerente oficial del Himalaya Book Café. Esa noche alcancé a ver su esbelta figura cubierta con ropa para practicar yoga y noté que, aunque anteriormente había visto que el cabello le llegaba a la altura de los hombros, esta vez lo llevaba en una cola de caballo.

—¡*Rinpoche!* —exclamó horrorizada—. ¿Qué haces ahí arriba?

Serena y yo sólo nos habíamos visto un par de veces en el café, por lo que sentí un alivio monumental en cuanto me reconoció. En un instante ya había acercado al muro un bote de basura que se encontraba por ahí, y luego escaló hasta donde me encontraba. Me tomó entre sus brazos y notó de inmediato el desaliñado estado de mi pelaje cubierto de especias.

—¡Pobrecita! ¿Qué te sucedió, cosita? —me preguntó en cuanto percibió las manchas multicolores y los picantes aromas—. Debes haberte metido en algún problema.

Al acariciar su pecho con mi naricita me sentí envuelta por la cálida fragancia de su piel y el tranquilizante palpitar de su corazón. Con cada paso que dimos camino a casa mi alivio creció hasta transformarse en algo más fuerte: una intensa sensación de vínculo.



Serena había pasado la mayor parte de su vida adulta en Europa, y volvió a McLeod Ganj —la zona de Dharamsala en donde vive el Dalái Lama— tan sólo unas semanas antes de nuestro encuentro. Como creció aquí, en un hogar completamente dedicado a la comida, cuando terminó la preparatoria asistió a una escuela de servicios de banquetes en Italia y luego trabajó como chef y fue ascendiendo por los distintos rangos en algunos de los mejores restaurantes de Europa. Poco tiempo antes, Serena había renunciado a su puesto como chef en jefe del icónico Hotel Danieli de

Venecia, para poder aceptar un empleo de primera línea en un popular restaurante en Mayfair, una adinerada zona de Londres.

Yo sabía que Serena era ambiciosa, sumamente talentosa, y que estaba llena de energía, pero también la había escuchado explicarle a Franc, el dueño del Himalaya Book Café, que sintió la necesidad de tomarse un descanso de su ajetreada vida y de las jornadas de veinticuatro horas que implicaba trabajar en restaurantes. Serena estaba exhausta por el inevitable estrés, y sabía que había llegado el momento de descansar y cargar las baterías porque, en seis meses, cuando regresara a Londres, asumiría uno de los puestos de mayor prestigio en la ciudad.

Sin embargo, la joven no sabía que su regreso a casa coincidiría con el momento preciso en que Franc iba a necesitar que alguien administrara el café porque tenía que volver a San Francisco para cuidar a su padre, quien se encontraba enfermo de gravedad. Aunque los planes de Serena no incluían hacerse cargo de un restaurante durante sus vacaciones, en comparación con todo a lo que estaba acostumbrada, dirigir el Himalaya Book Café sería sólo como tener un empleo de medio tiempo. El café abría para ofrecer cenas únicamente de jueves a sábado; y como Kusali, el mesero principal, supervisaba el servicio durante el día, las exigencias no serían demasiadas para la chef. De hecho, sería divertido y le permitiría mantenerse ocupada, le aseguró Franc.

Pero lo más importante era que Franc necesitaba que alguien cuidara a sus perros: *Marcel*, el *bulldog* francés, y la *lhasa apso* llamada *Kyi Kyi* —que se pronuncia «kai», como «hay», pero con «K»—, que eran los otros dos comensales habituales no humanos del café, y pasaban la mayor parte del día acostados en su canasta debajo del mostrador de la recepción.

Tan sólo dos semanas después de que Serena se empezara a hacer cargo, el café ya había logrado dejar una fuerte impresión en sus comensales. La gente caía en el hechizo de la chef en cuanto la conocía; los clientes del café, por ejemplo, no podían evitar responder a su vivacidad porque, sencillamente, Serena parecía saber cómo convertir una salida nocturna en una noche inolvidable. Cuando se paseaba como brisa por el lugar, su calidez y su animada personalidad hacía que todos los meseros se murieran por complacerla de inmediato. Sam, el gerente de la librería, estaba francamente cautivado, y Kusali, el alto y astuto mesero indio, la protegió con aire paternal desde el primer momento.

Yo llevaba un rato descansando en mi lugar de siempre —la repisa superior del estante de revistas, entre *Vogue* y *Vanity Fair*—, cuando Franc me presentó ante Serena como «*Rinpoche*», que quiere decir «precioso» en tibetano y es un título honorífico otorgado a los maestros budistas del Tíbet. La respuesta de Serena fue extender su brazo y acariciarme la cara. «¡Es adorable!», dijo.

Mis ojos color lapislázuli se encontraron con sus deslumbrantes ojos cafés, y entonces nos reconocimos. Yo me di cuenta de algo que resulta de suma importancia

para los felinos, algo que sentimos de forma innata: estaba en presencia de una amante de los gatos.



Tras mi desencuentro con los perros en la tienda de especias, Serena se hizo cargo de mí. Me llevó al área de lavandería del restaurante —un cuartito detrás de la cocina— y con la ayuda de Kusali y de unos cuantos trapos humedecidos con agua tibia limpió con ternura mi grueso pelaje y retiró las especias que se habían incrustado en él.

—Esto no está nada bien para *Rinpoche* —señaló Serena mientras removía con suma delicadeza una oscura mancha de una de mis botas grises—. Pero me encanta el aroma de todas estas especias. Me recuerdan mi niñez y la cocina de nuestra casa. Canela, comino, cardamomo, clavo: los maravillosos sabores de garam masala que usábamos en el pollo con curri y otros platillos.

—¿Usted preparaba curris, señorita Serena? —preguntó Kusali sorprendido.

—Sí, así fue como me inicié en la cocina —le explicó ella—; esos fueron los sabores de mi niñez. Y ahora *Rinpoche* me está ayudando a recordarlos.

—Nuestros queridos comensales a menudo preguntan si tenemos platillos indios en el menú, señorita.

—¡Lo sé! Ya me han hecho varias peticiones —en realidad, en Dharamsala sobran puestos, cocinas caseras y restaurantes más formales, pero como Kusali lo señaló, la gente buscaba un proveedor confiable—. Tienes razón —confirmó Serena, y tras una pausa, añadió—: pero Franc fue muy claro cuando dijo que deberíamos apegarnos al menú.

—Y debemos respetar sus deseos las noches que el café esté abierto como de costumbre —dijo Kusali con énfasis.

Luego hubo un silencio mientras Serena removía varios granos de pimienta que se habían alojado en mi frondosa cola y Kusali me daba vacilantes toquitos que provocaban una estridente lluvia de páprika en mi cuello, pero finalmente, con una sonrisa en los labios, Serena dijo:

—Kusali, ¿acaso estás diciendo lo que creo?

—Lo lamento, señorita, me parece que no le entiendo.

—¿Crees que podríamos abrir, digamos, un miércoles, y probar algunos platillos con curri?

Kusali la miró con una expresión de asombro y una amplia sonrisa.

—¡Es una excelente idea, señorita!

A nosotros los gatos no nos agrada el agua, y por eso cuando nos mojamos siempre nos sentimos infelices. Serena lo sabía bien, así que, en cuanto Kusali limpió mi

pelaje hasta casi dejarlo en su immaculado estado de costumbre, ella me secó con una toalla que eligió particularmente por su suavidad, y luego le pidió a Kusali que trajera algunos trozos de pechuga de pollo para saciar un poquito mi hambre hasta que me llevara a casa, en Jokhang.

Como era lunes por la tarde, el restaurante estaba cerrado, pero Kusali encontró algunos apetecibles bocados en el refrigerador y los entibió un poco antes de colocarlos en el pequeño cuenco de porcelana que tenían en el café para mí especialmente. La fuerza de la costumbre obligó a Kusali a llevar el cuenco a mi lugar de siempre en la parte trasera del café, y Serena caminó detrás de él conmigo entre sus brazos.



Aunque el café estaba medio oscuro, Sam Goldberg, el gerente de la librería, estaba conduciendo una reunión del club literario esa noche. Serena me dejó a solas con mi cena, la cual atacué con gusto, y luego ella y Kusali fueron a la sección de la librería del café, en donde había aproximadamente unas veinte personas sentadas en sillas alineadas viendo una presentación de diapositivas.

—Ésta es una ilustración del futuro sacada de un libro escrito a finales de la década de los cincuenta —explicó una voz masculina. La cabeza afeitada, las gafas de armazón redondo de metal y la barba de candado le daban al orador una apariencia impertinente, que complementaba el aura de atrevimiento que proyectaba. Reconocí el rostro de inmediato. Varias semanas antes Sam había colgado en la tienda un póster de él, que incluía una cita de *Psychology Today* en la que se describía al hombre —un reconocido psicólogo— como «uno de los líderes del pensamiento más importantes de nuestro tiempo».

En ese momento noté que Sam estaba parado en la parte trasera de la librería recibiendo a la gente que había llegado tarde al evento. Sam es guapo y tiene una imagen muy fresca: frente ancha, cabello oscuro rizado y unos ojos color avellana que, desde atrás de sus anteojos como de *geek*, transmiten la sensación de una inteligencia luminosa y una peculiar falta de confianza en sí mismo.

A pesar de que ése era ahora su trabajo permanente, Sam, al igual que Serena, llevaba poco tiempo trabajando en el Himalaya Book Café.

Algunos meses antes, Sam llegó y se convirtió en un comensal frecuente, y luego, cuando Franc lo interrogó respecto a los libros y descargas en las que parecía estar siempre interesado, Sam le explicó que había trabajado en una importante librería en Los Ángeles hasta que ésta tuvo que cerrar, poco tiempo antes. Esta información atrajo de inmediato la atención de Franc, quien ya había pensado en la posibilidad de

aprovechar un área algo desperdiciada del Café Franc —como se le conocía en aquel entonces—, e instalar una pequeña librería. Franc sabía, sin embargo, que necesitaba alguien con experiencia para poder llevar a cabo el proyecto, y si alguna vez existió aquello de «la persona correcta en el momento y el lugar idóneos», esa persona fue Sam.

Convencerlo, sin embargo, tomó algo de tiempo. Sam todavía estaba sanando de la herida que le provocó haber sido despedido de su trabajo cuando la librería de Los Ángeles cerró, y no creía ser apto para el empleo. Franc tuvo que echar mano de todo su encanto —y de la ayuda de los poderes de persuasión de Geshe Wangpo, su lama— para lograr que Sam cediera y se encargara de abrir la sección de la librería del Himalaya Book Café.

—Tomando en cuenta que desde la perspectiva de los cincuenta, el futuro *es hoy*—continuó explicando el invitado de Sam—, ¿a alguien le gustaría hacer un comentario sobre la precisión de la visión del autor?

Se escucharon risas entre el público. La imagen en la pantalla mostraba a un ama de casa que sacudía los muebles mientras su esposo estacionaba su automóvil antigraavedad tras haber descendido de un cielo lleno de coches voladores y gente con mochilas cohete colgadas en la espalda.

—El peinado estilo Lucille Ball no es muy futurista que digamos —señaló una de las mujeres del público, y la gente rio aún más—. La ropa —dijo otra persona, y las carcajadas fueron en aumento. En la imagen, la mujer con la falda ampona y el marido con los pantalones de tubo evidentemente no lucían como la gente de la actualidad.

—¿Y qué hay con esas mochilas cohete? —preguntó alguien más.

—¡Exactamente! —exclamó el orador—: todavía las estamos esperando —luego proyectó más imágenes—. Aquí se muestra cómo creía la gente de los cincuenta que sería el futuro; y lo que hace que estas imágenes sean tan maravillosamente encantadoras, no es sólo lo que aparece en ellas, sino lo que *no* está ahí. Díganme, por ejemplo, lo que falta en ésta —dijo, y se detuvo en la representación que había hecho un artista de un paisaje urbano en 2020, con bandas transportadoras en lugar de aceras, sobre las que los peatones se deslizaban de un lugar a otro.

Y a pesar de estar absorta en el pollo que me habían dado para cenar, incluso a mí me pareció que la imagen en la pantalla era surrealista por razones que no alcanzaba a detectar. Hubo un largo silencio antes de que alguien dijera:

—No hay teléfonos móviles.

—Ni mujeres ejecutivas —agregó otra persona.

—No hay gente negra —comentaron por ahí.

—Ni personas tatuadas —dijo alguien más, y luego todos empezaron a notar más y más cosas que faltaban.

El orador dejó pasar un rato para que la gente asimilara las imágenes.

—Uno podría decir que la diferencia entre cómo eran las cosas en los cincuenta y la forma en que la gente imaginaba que sería el futuro, se resumía en aquello en lo que se enfocaban, como los automóviles antigraavedad y las aceras con bandas transportadoras. Pero todo lo demás permanecería igual, según sus pronósticos.

El orador calló otro rato y la gente continuó analizando lo que acababa de decir.

—Es por esto, amigos míos, que somos tan malos para adivinar cómo nos sentiremos respecto a ciertas situaciones en el futuro, y en particular, respecto a lo que podría hacernos felices. Y eso sucede porque solemos imaginar que todo lo que forma parte de nuestra vida seguirá siendo igual, excepto aquello en lo que nos enfocamos.

»Algunos le llaman a esto *presentismo*: la tendencia a pensar que el futuro será como el presente pero con una diferencia en particular. Cuando pensamos en el mañana, nuestras mentes son bastante hábiles para rellenar todos los demás huecos excepto por esa diferencia; y, tal como lo muestran estas imágenes, lo que usamos para rellenarlos es precisamente el *hoy*.

»Las investigaciones demuestran que cuando hacemos predicciones sobre cómo nos sentiremos respecto a los acontecimientos futuros, nunca nos damos cuenta de que nuestras mentes nos juegan este truco que consiste en “rellenar”. Por eso creemos que obtener el empleo que incluye oficina de lujo nos dará una sensación de éxito y logro, o que conducir un automóvil caro será una fuente de alegría concentrada. Creemos que nuestras vidas serán iguales que ahora, y que la única diferencia será ésa en la que nos fijamos. Pero como ya lo hemos comprobado —el orador señaló la pantalla—, la realidad es mucho más complicada. No nos imaginamos, por ejemplo, el enorme cambio en el equilibrio trabajo/vida que implica tener una oficina de lujo, ni la preocupación que sentiremos al pensar que a nuestro deslumbrante auto nuevo lo puedan llegar a rayar o golpear; y ni hablar del dolor que nos provocarán las mensualidades que tendremos que cubrir para pagarlo —explicó el orador.

Yo habría podido quedarme más tiempo escuchando a aquel hombre, pero Serena quería volver a casa y asegurarse de que yo llegara a salvo a Jokhang. Por eso me tomó entre sus brazos, se escabulló por la puerta trasera del café y subió por el sendero. Llegando a Namgyal cruzamos el patio hasta llegar a la residencia de Su Santidad, y ahí Serena se inclinó y me depositó en los escalones de la entrada principal como si fuera una delicada pieza de porcelana.

—Espero que te sientas mejor, pequeña *Rinpoche* —murmuró, recorriendo con sus dedos mi pelaje ya casi seco. Me encantó la sensación de sus largas uñas dándole masaje a mi piel. Me estiré y lamí su pierna con mi lengua que tiene textura de lija.

Ella rio.

—Ay, pequeña, ¡yo también te quiero!



Chogyal, uno de los asistentes de Su Santidad, me había dejado la cena arriba, en el lugar de costumbre, pero como comí en el café, realmente no estaba hambrienta. Después de beber a lengüetazos un poco de leche deslactosada me dirigí a la habitación que comparto con Su Santidad. Cuando llegué al cuarto donde el Dalái Lama pasa la mayor parte del día, encontré el lugar en silencio e iluminado exclusivamente por la luna. Entonces me dirigí a mi sitio favorito en el alféizar de la ventana. Aunque el Dalái Lama estaba a miles de kilómetros, en Estados Unidos, sentí su presencia como si estuviera junto a mí. Quizá fue el hechizo de la luna, que cubría todo lo que había en la habitación con una etérea sombra monocromática, pero cualquiera que haya sido la razón, sentí una profunda sensación de paz. Fue el mismo sentimiento de bienestar que experimentaba siempre que estaba con él. Creo que lo que quiso decirme antes de irse de viaje era que todos podemos conectarnos con ese flujo de serenidad y benevolencia, y que sólo necesitamos sentarnos en silencio.

Tras la horrorosa experiencia de aquella tarde, por fin tuve la oportunidad de empezarme a lamer la pata y lavar mi carita. Todavía podía ver a los perros tratando de alcanzarme, pero ahora era como si estuviera presenciando lo que le aconteció a otro gato. En medio de la tranquilidad de Namgyal, aquello que me había parecido tan abrumador y traumático por la tarde se minimizó hasta transformarse en solamente un recuerdo.

De pronto pensé en el psicólogo que dio la conferencia en el café, y en lo que dijo respecto a que la gente suele tener una idea muy pobre de lo que la hará feliz. Sus ilustraciones me habían resultado intrigantes, y cuando lo escuché hablar, hubo algo más en su mensaje que me dejó pasmada: se parecía muchísimo al mensaje del Dalái Lama, porque con frecuencia, él decía lo mismo. Su Santidad no usaba palabras como *presentismo*, pero el significado de su discurso era igual. Él también había observado que solemos decirnos a nosotros mismos que nuestra felicidad depende de ciertas situaciones, relaciones o logros; que nos hacemos creer que si no obtenemos lo que deseamos, seremos infelices. Y también señalaba la paradoja de que, incluso cuando obtenemos lo que queremos, eso rara vez nos otorga la felicidad que esperamos.

Me acomodé en el alféizar y contemplé la noche y los cuadritos de luz que parpadeaban en la oscuridad desde las residencias de los monjes. Los aromas entraban por la ventana del primer piso como indicios de la comida que estaba siendo preparada en las cocinas del monasterio para la noche. Luego escuché los graves cantos provenientes del templo, justo en el momento en que los monjes de mayor edad estaban a punto de dar fin a su sesión de meditación vespertina. Estando ahí

sentada en el alféizar con mis patitas enrolladas debajo de mi cuerpo, noté que, a pesar del trauma que me había provocado lo que sucedió en la tarde, y de haber regresado a un hogar tan débilmente iluminado, sentía una felicidad más profunda de la que jamás habría podido predecir.



Los siguientes fueron días de mucha actividad en el Himalaya Book Café. Además del ajetreo de costumbre, Serena estaba desarrollando con rapidez sus ideas para poder ofrecer una «noche de curri». Consultó a los chefs del café, los hermanos nepaleses Jigme y Ngawang Dragpa, quienes felices le compartieron sus guisos familiares preferidos. La hija de la señora Trinci también exploró internet en busca de los raros tesoros que añadiría a su ya de por sí abundante recetario.

Un lunes por la noche, Serena invitó a un grupo de amigos con los que había crecido en McLeod Ganj para que probaran algunos de los platillos con curri que había redescubierto o reinventado. De la cocina salió una mezcla de atrayentes especias que jamás habían sido combinadas en una profusión tan gloriosa en aquel café: cilantro y jengibre fresco, páprika dulce y chile picante, garam masala, semillas de mostaza amarilla y nuez moscada.

Al verla trabajar en la cocina por primera vez desde que regresó de Europa, resultaba evidente que Serena se encontraba en su elemento preparando crujientes *samosas* vegetarianas, retirando del horno generosas porciones de *naan* —pan indio sin levadura—, y decorando las vasijas de cobre con curri madrás y espirales de yogur. La joven recordó el gozo puro de la creación, y la pasión que la había llevado a prepararse para llegar a ser chef profesional. Además, en aproximadamente quince años, Serena no se había aventurado a experimentar con una paleta tan pletórica de sabores.

Sus amigos estuvieron muy agradecidos por la cena, pero también le ofrecieron crítica constructiva. Su entusiasmo era tanto, que para cuando terminaron de comer el último *kulfi* de pistache y cardamomo, y de beber el último vaso de *chai*, la idea de una noche de curri ya se había transformado en algo todavía más extravagante: un banquete de comida india.



Menos de dos semanas después, fui testigo del banquete inaugural desde la repisa de enfrente. ¿Y cómo no estar ahí si yo era la presencia permanente del Himalaya Book

Café? Además, Serena me había prometido una porción generosa de su exquisito pescado con curri al estilo Malabar.

Antes de esa noche, jamás se habían preparado tantas cenas en el restaurante en la misma ocasión. El evento fue tan popular que se necesitaron mesas adicionales en la zona de la librería y hubo que contratar a dos meseros más. Además de los comensales de costumbre, asistieron la familia de Serena y sus amigos, muchos de los cuales la conocían desde niña. Su madre fue vestida en un estilo bastante dramático y llamó mucho la atención por su chal indio multicolor, los brazaletes de oro que colgaban de sus muñecas y la forma en que sus titilantes ojos color ámbar observaron a su hija coreografiar la velada.

Para compensar la exuberancia italiana, en la mesa junto a la de la señora Trinci había un grupo más sosegado que venía directamente de la oficina del Dalái Lama, y que incluía a los asistentes ejecutivos de Su Santidad, Chogyal y Tenzin; así como a Susan, la esposa de Tenzin y a Lobsang, el traductor oficial.

Después del Dalái Lama, mi monje predilecto era Chogyal, el hombre del corazón cálido y las manos suaves. Él le era de mucha ayuda a Su Santidad porque, en lo que se refería a asuntos monásticos, poseía una sabiduría que rebasaba su edad. También era responsable de alimentarme cuando el Dalái Lama estaba de viaje, y debo decir que esta labor siempre la llevó a cabo con toda meticulosidad.

Chogyal fue precisamente quien, un año antes, se ofreció a llevarme a casa con él cuando las oficinas del Dalái Lama tuvieron que ser redecoradas. Después de despotricar contra él por haberse atrevido a sacarme de mi entorno familiar, pasé tres días enfurruñada debajo de sus cobijas hasta que descubrí que me había estado perdiendo de un mundo nuevo y excitante habitado por un magnífico gato atigrado que más adelante llegaría a ser el padre de mis gatitos. Y durante todas estas aventuras, Chogyal siempre se comportó como un amigo paciente y devoto.

Al otro lado del escritorio de Chogyal, en la oficina de los asistentes ejecutivos, se sentaba Tenzin: un afable diplomático de carrera, cuyas manos siempre tenían el fuerte aroma característico del jabón carbólico. Tenzin estudió en Gran Bretaña, por lo que, durante la hora del almuerzo en la enfermería, siempre escuchábamos juntos el BBC World Service. Así fue como aprendí casi todo lo que sé sobre la cultura europea.

A Susan, la esposa de Tenzin, no la conocía, pero a Lobsang, traductor oficial de Su Santidad, sí. Lobsang era un monje profundamente sereno. Él y Serena se conocían de mucho tiempo atrás porque ambos crecieron en McLeod Ganj. Lobsang era parte de la familia real de Bután, y estudió el noviciado en Namgyal en la misma época en que la señora Trinci necesitó *sous-chefs* adicionales en la cocina. De hecho, la señora terminó reclutando a Lobsang y a Serena, y entre ellos surgió una cercana y encantadora amistad. Por eso el traductor también estuvo presente en el banquete indio.

La noche del evento, Serena transformó el café en un suntuoso comedor con manteles llenos de bordados y lentejuelas, sobre los que colocó cuencos exquisitamente tallados para los condimentos. En cada mesa había parpadeantes velas que flotaban sobre bases en forma de loto sagrado.

Al fondo se escuchaba música india *trance* que subía y bajaba de volumen hipnóticamente, mientras de la cocina salía un desfile de platillos que, de las *pakorás* vegetales al pollo con mango, recibieron una respuesta eufórica. Y yo personalmente podría atestiguar la calidad del pescado con curri al estilo Malabar: el succulento pescado tenía un sabor sutil, la deliciosa salsa era particularmente cremosa y, lo mejor de todo, fue que el platillo tenía la cantidad perfecta de cilantro, jengibre y comino para producir una deleitante chispa. En tan sólo unos minutos me comí toda mi porción, e incluso lamí el plato hasta dejarlo reluciente.

Serena se encontraba al centro de todo, dirigiendo el evento con una maestría inigualable. Se vistió especialmente para la ocasión con un sari color carmesí, se maquilló con *kohl* y se atavió con aretes en forma de candelabro y un collar de deslumbrantes joyas. A lo largo de toda la noche la vi visitar cada una de las mesas, y no pude dejar de notar lo mucho que conmovía a la gente con la dulzura de su corazón. Durante todo el tiempo que Serena pasaba con cada persona, la hacía sentir especial, como si fuera el centro de su mundo, y al mismo tiempo, la joven se emocionaba al percibir el desbordante afecto que todos le brindaban.

—¡Es maravilloso que hayas regresado, querida niña! —le dijo una señora ya grande, amiga de su familia—. Adoramos tus ideas y tu energía.

—Nos hacía falta alguien como tú en Dharamsala —comentó una chica que había estudiado con Serena en la escuela—. Me da la impresión de que la gente con más talento siempre se va, así que, cuando alguien regresa, lo atesoramos como no tienes idea.

En varias ocasiones, vi sus labios temblar de emoción mientras se llevaba un pañuelo al rostro para secarse con delicadeza la comisura del ojo. En el Himalaya Book Café sucedió algo especial ese día, algo que estaba más allá del suntuoso banquete de comida india: aquel fue un acontecimiento con un significado mucho más personal.

Pero la clave de lo que fue se presentaría varias noches después.



En las semanas previas se había estado desarrollando una intrigante relación de trabajo entre Serena y Sam. La vivacidad de la hija de la señora Trinci resultaba el complemento perfecto para la timidez de Sam. Serena habitaba un espontáneo

universo de comida y vinos que creaba un equilibrio perfecto con el paraíso cerebral del experto en libros, y el hecho de que ambos supieran que ella solamente se hacía cargo del lugar por un tiempo y que volvería a Europa en algunos meses, le otorgaba un aura agrídulce y evanescente al tiempo que pasaban juntos.

Sam y Serena se habituaron a terminar todas las noches que el café abría, en una esquina específica de la sección de libros. Los dos sofás acomodados en ambos lados de una de las mesas ratoneras brindaban el punto de observación perfecto para supervisar la estancia de los últimos comensales del restaurante y hablar de todo lo que ambos traían en la cabeza.

Kusali, el mesero, ya ni siquiera necesitaba tomarles la orden; poco después de que se sentaban, él llegaba con una charola con dos chocolates calientes belgas: uno con malvaviscos para Serena y el otro con *biscotti* para Sam. En la charola siempre había también un platito con cuatro galletas caseras para los perros y, si yo todavía estaba en el café, una jarrita de leche deslactosada.

Después de permanecer obedientemente sentados en su canasta debajo del mostrador durante toda la cena, el suave tintineo del platito sobre la mesa ratonera se convertía en la señal para que *Marcel* y *Kyi Kyi* salieran trabajosamente de su refugio, cruzaran el restaurante corriendo, subieran las escaleras y se sentaran junto a la mesa con orejas aguzadas y ojitos suplicantes. Su entusiasmo siempre provocaba una sonrisa en los labios de sus dos acompañantes humanos, quienes observaban a los perritos devorar las croquetas y husmear las moronas en el suelo.

Yo llegaba al lugar sin prisa, estirándome y estremeciéndome varias veces antes de saltar de la repisa superior del estante de revistas para unirme a los otros.

Después de comer sus croquetas, los perros saltaban al sofá y flanqueaban a Sam, recostándose sobre la espalda con el anticipado deseo de que les rascara la pancita. Yo, en cambio, me acomodaba en el regazo de Serena y presionaba con firmeza cualquier vestido que llevara, ronroneando al mismo tiempo en señal de aprecio.

—Ya tenemos una montaña de reservaciones para el siguiente banquete —le dijo Serena a Sam esa noche en particular, en cuanto nos instalamos los cinco en nuestros lugares.

—¡Genial! —dijo Sam mientras sorbía su chocolate caliente con aire contemplativo—. Y... ¿ya decidiste cuándo le vas a contar a Franc?

No, no lo había decidido aún. Como Franc estaba en San Francisco, no estaba enterado del banquete de comida india del miércoles pasado. Serena era de las personas que creía que siempre era preferible pedir perdón que pedir permiso.

—Pensé que sería mejor dejar que se lleve una agradable sorpresa cuando reciba el informe financiero del mes —explicó Serena.

—Franc va a estar muy impresionado —comentó Sam—. La noche de banquete ha sido la que más dinero ha generado desde que abrió el café y, por si fuera poco, ha impulsado todas las otras actividades. El lugar ha cobrado más vida; hay mucho más

movimiento.

—Sí, yo también lo noté —dijo Serena—, pero me preguntaba si sería la única.

—No eres la única, el lugar sufrió un cambio —insistió Sam. La vio directo a los ojos durante dos segundos completos y después desvió la mirada—. Tú también has cambiado.

—Ah, ¿sí? —preguntó con una sonrisa—. ¿Cómo?

—Vaya, es que tienes tanta... energía. Toda esta... alegría de vivir.

Serena asintió.

—Pues sí, me siento diferente. He estado pensando que, en todos esos años que pasé manejando algunos de los restaurantes más caros de Europa, jamás me divertí tanto como la noche del miércoles. ¡Nunca habría imaginado que sería una experiencia tan satisfactoria!

Sam reflexionó un momento antes de decir:

—Bueno, como lo explicó el psicólogo que dio la conferencia el otro día, a veces es difícil predecir qué es lo que nos hará felices.

—¡Exactamente! He empezado a preguntarme si ser la chef en jefe de uno de los restaurantes más reconocidos de Londres *realmente* es lo que quiero hacer ahora.

Cuando Serena dijo esto, yo estaba observando a Sam, por lo que pude ver un cambio de expresión, un brillo en sus ojos.

—Si regreso a hacer lo mismo de antes —continuó Serena—, es probable que obtenga los mismos resultados.

—¿Más estrés y fatiga extrema? —preguntó Sam.

Serena asintió.

—Naturalmente, hay recompensas, pero son muy distintas a las que estoy recibiendo aquí.

—¿Crees que cocinar para tu familia y tus amigos fue lo que marcó la diferencia? —preguntó Sam, y luego, con una mirada traviesa, añadió—: ¿o tal vez fue que despertaste el *vindaloo* que llevas dentro?

Serena rio.

—Creo que fueron ambas cosas. Siempre he adorado preparar curris. Aunque el curri jamás será alta cocina, me gusta prepararlo porque tiene muchos sabores y porque es un alimento muy revitalizante. Pero claro, también noté que el evento del miércoles pasado fue muy especial para la gente.

—Estoy de acuerdo —dijo Sam—. Se produjo una atmósfera muy agradable en el lugar.

—Creo que es muy gratificante hacer algo que a uno realmente le importe y, además, que otras personas lo perciban.

Sam se quedó pensativo. Dejó su taza sobre la mesa, se levantó del sofá y se dirigió a una repisa. Regresó con una copia de *El hombre en busca de sentido*, del psicólogo austriaco y superviviente del holocausto, Viktor Frankl.

—Lo que acabas de decir me recordó algo —explicó, al mismo tiempo que abría el libro en la página del prefacio—: «No trates de alcanzar el éxito —leyó Sam—, entre más lo busques y lo conviertas en tu objetivo, más te eludirá. Porque al éxito, igual que a la felicidad, no se le puede perseguir; sólo debe surgir... como un resultado no buscado de la dedicación que le invierte uno a una tarea mayor que sí mismo».

Serena asintió.

—De una manera muy sencilla, creo que eso es lo que estoy descubriendo —Serena y Sam se miraron directo a los ojos por un momento—, es algo muy raro.

A Sam le dio curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, toda esta idea de organizar un banquete de comida india surgió por una conversación casual que tuve con Kusali, y *esa* conversación se produjo porque una noche encontré a la pobre *Rinpoche* varada.

Sam ya sabía sobre la tarde en que terminé atrapada encima del muro. De hecho, la gente especuló mucho sobre cómo fue que llegué ahí, pero nadie adivinó lo que había pasado.

—Podría decirse que todo esto sucedió gracias a *Rinpoche* —explicó Serena, mientras me miraba y me acariciaba con adoración.

—*Rinpoche*, el catalizador —señaló Sam.

Ambos rieron y yo pensé que nadie, mucho menos yo, habría adivinado la serie de acontecimientos que se desencadenarían por la decisión que tomé de dar vuelta a la izquierda en lugar de a la derecha cuando salí del café ese lunes por la tarde. Y nadie podría creer lo que aún estaba por venir, ya que todo lo que había sucedido hasta ese momento resultó ser tan sólo el principio de una historia mucho mayor, una historia en la que las muchas dimensiones de la felicidad emergerían con efectos colaterales no buscados pero sumamente gratificantes.

¿Fue algo impredecible? ¡Por supuesto! ¿E iluminador? ¡Sin duda!

## CAPÍTULO DOS



¿A ti qué te hace ronronear?

Ésta es la más importante de todas las preguntas del mundo, y encontrar la respuesta puede resultar la mejor forma de alcanzar el equilibrio porque, independientemente de si eres un gatito juguetero, un avejentado felino sedentario, un flacucho gato de callejón o una gatita de elegante pelaje de la zona de clase alta de la ciudad, lo que seguramente quieres es ser feliz sin importar tus circunstancias. Con esto, sin embargo, no me refiero al tipo de felicidad que viene y va como una lata de atún en trozos; hablo de la felicidad perdurable, esa profunda sensación de bienestar que te hace ronronear desde el fondo de tu corazón.

Tan sólo unos días después del banquete indio, hice otro intrigante descubrimiento acerca de la felicidad. A la mitad de una gloriosa mañana del Himalaya —con cielo azul, ondulantes canciones de aves y el vigorizante aroma del pino—, escuché que de mi habitación provenían unos sonidos que no reconocí. Salté desde el alféizar y fui a investigar.

Chogyal estaba supervisando la limpieza de primavera que se llevaba a cabo en ausencia del Dalái Lama. Mi segundo monje favorito estaba parado en el centro de la habitación, viendo cómo un trabajador en una escalera descolgaba las cortinas mientras otro, trepado en un banquito, limpiaba los dispositivos de iluminación.

Mi relación con Chogyal siempre sufría cambios sutiles cuando Su Santidad viajaba. Por las mañanas, cuando llegaba a trabajar, siempre iba hasta la habitación del Dalái Lama sólo para saludarme, cepillar mi pelaje con el peine especial por algunos minutos, y para hablar sobre lo que sucedería durante el día, lo cual yo apreciaba mucho después de haber pasado sola la noche completa.

Asimismo, antes de terminar sus labores por la noche, se aseguraba de que tuviera agua fresca y de que mi plato de croquetas estuviera lleno. Luego se tomaba unos minutos para acariciarme y recordarme lo mucho que me amaban, no solamente Su Santidad, sino todas las personas que vivían ahí. Yo sabía que Chogyal estaba tratando

de compensar la ausencia del Dalái Lama, y por eso, la dulzura de su corazón me hacía quererlo todavía más.

Esa mañana, sin embargo, me alarmé al ver lo que le estaba haciendo a nuestra habitación. Uno de sus subordinados estaba reuniendo la ropa que se llevaría a la lavandería cuando, de repente, Chogyal señaló mi frazada *beige* de vellón que se encontraba en el piso, debajo de una silla.

—Hay que llevarse eso —ordenó—, porque no se ha lavado en meses.

¡Claro que no se había lavado! ¡Era un acto deliberado! Y si Su Santidad hubiera estado ahí, ¡no habría permitido que se lavara jamás!

Maullé quejosamente.

Chogyal volteó y me miró: sentada en la puerta con una expresión de súplica en la mirada, pero por desgracia, a pesar de toda la dulzura de su corazón, el monje no era muy perceptivo en lo que se refería a los gatos. A diferencia del Dalái Lama, que habría identificado de inmediato por qué estaba triste, Chogyal confundió mi maullido con una manifestación de molestia general.

Sólo se agachó, me tomó entre sus brazos y me acarició.

—No te preocupes, GSS —dijo, tratando de imbuirme confianza. Usó la versión corta de mi nombre oficial, la *Gata de Su Santidad*, y en ese preciso momento el trabajador tomó mi frazada y se dirigió a la lavandería—, todo volverá a su lugar, perfectamente limpio, en un abrir y cerrar de ojos.

¿Pero qué no se daba cuenta de cuál era el problema exactamente? Traté de liberarme de su abrazo e incluso usé mis garras para que se diera cuenta de que no estaba jugando. Tras unos segundos de forcejeo, me dejó bajar.

—Gatos —dijo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa de desconcierto, como si yo hubiera despreciado su afecto sin razón alguna.

Volví al alféizar de la ventana con la cola colgando con desánimo, y noté la desagradable intensidad en la luz del día. Afuera, los pájaros trinaban a todo pulmón y el aroma del pino era tan penetrante como el del desinfectante de baño. ¿Cómo era posible que Chogyal no se diera cuenta de lo que estaba haciendo? ¿Cómo podía no notar que acababa de ordenar la obliteración del último vínculo que me quedaba con la gatita más hermosa del universo?, ¿mi querida *cachorrita de las Nieves*?



Cuatro meses antes de mi desencuentro con Chogyal, yo había tenido una camada de cuatro gatitos, resultado de un devaneo con un gato de callejón de facciones duras pero muy guapo, aunque, finalmente, resultó inadecuado para mí. Los primeros tres que vieron la luz salieron iguales a su padre: oscuros, robustos y machos. De hecho, a

todo mundo le causó asombro que unos ejemplares tan vigorosos —en cuyo pelaje más adelante aparecerían las típicas franjas del gato atigrado macarela—, hubieran podido salir de mi pequeño, refinado y esponjadito cuerpo. El cuarto, sin embargo, no pudo ocultar su herencia materna; el último en salir y acostarse en la cobija de yak sobre la cama de Su Santidad en las primeras horas de la madrugada fue en realidad una nena. Nació tan pequeñita que fácilmente habría cabido en una cuchara. Al principio todos temimos que no sobreviviera y, de hecho, hasta la fecha sigo convencida de que fue gracias al Dalái Lama que se salvó de morir.

Los budistas tibetanos consideran que Su Santidad es una emanación de Chenrezig, el Buda de la Compasión, y aunque yo tengo la fortuna de vivir en presencia de su compasión todo el tiempo, jamás percibí ese nivel de concentración antes de aquel momento en que tanto la necesitamos. Durante todo el tiempo que mi pequeñita —una diminuta mancha rosada y arrugada con algunos mechones blancos— luchaba por su vida, Su Santidad nos cuidó y recitó un mantra en voz muy baja, casi solamente alimentado por su aliento. El Dalái Lama puso toda su atención en nosotras hasta que mi gatita se recuperó de todo lo que había sufrido en el proceso de nacimiento, y gracias a eso sentí que nada malo podría pasarnos. Esa madrugada me sentí bañada con el amor y el bienestar de todos los budas. Cuando finalmente mi bebé encontró una de mis tetillas y empezó a succionar, fue como si acabáramos de pasar a través de una tormenta. Gracias a la protección de Su Santidad, todo estaría bien.

Como la noticia de mi embarazo se propagó por todo el lugar, durante varias semanas antes de que nacieran los gatitos, algunos de los monjes que vivían al otro lado del patio en el Monasterio de Namgyal, así como amigos y seguidores de varios lugares en India y los Himalayas, e incluso de Madrid, Los Ángeles y hasta Sydney, enviaron peticiones en tono de súplica para adoptar a mis gatitos. De hecho, de haber dado a luz suficientes bebés, mi progenie habría terminado viviendo en cada uno de los continentes del mundo.

Las primeras semanas los bebés fueron frágiles y dependientes, pero un mes más tarde, mis tres bulliciosos hijos ya estaban listos para alimentarse con comida enlatada para gato. A mi pequeñita, sin embargo, tuve que seguir amamantándola, y era mucho más chiquita que los otros. A las ocho semanas los chicos ya estaban vueltos locos: se precipitaban entre las cortinas, rasgaban todo en el departamento de Su Santidad, y saltaban para atacar los tobillos de quienes, desprevenidos, pasaban cerca.

Antes de que llegara cualquier visitante VIP, era necesario sacar a los gatitos del departamento, y debo decir que aunque Chogyal era sumamente inteligente, no era el más coordinado de los humanos. Cuando tenía que perseguir a uno o varios de mis escurridizos hijos, usualmente daba vueltas en el suelo sobre sus manos y rodillas, y se atoraba con su propia túnica. Tenzin —que era más alto, y tenía más edad y sabiduría—, siempre se quitaba el saco con solemnidad e implementaba una estrategia, como

atraer a los gatitos para hacerlos salir de donde quiera que se estuvieran escondiendo, para luego sujetarlos cuando menos se lo esperaran.

El punto de quiebre llegó el día que tuvimos un visitante muy especial. Debido a mi estatus de *Gata de Su Santidad*, he aprendido a comportarme como todo un modelo de discreción en lo que se refiere a las celebridades que nos visitan. Por eso, jamás me escucharás enunciar el nombre de ningún VIP; sólo puedo decir que este visitante era muy reconocido; era un fisicoculturista nacido en Austria que más adelante se convertiría en estrella de cine —una de las más taquilleras de Hollywood— y, tiempo después, llegaría a ser gobernador de California.

Bueno, lo siento, eso es lo único que te puedo decir, querido lector, y no insistas porque me sería imposible darte más detalles sin comprometer la identidad de nuestro visitante.

La tarde que el invitado llegó en la parte trasera de una deslumbrante camioneta, Chogyal y Tenzin ya habían realizado la rutinaria captura de mis críos, y se habían asegurado de encerrar a los tres gatitos atigrados en el área para los empleados. O bueno, al menos eso creyeron.

Puedes, si lo deseas, imaginarte la siguiente escena: el distinguido huésped llegó —guapo, carismático y altísimo—, y como lo dicta la tradición tibetana, se inclinó y le entregó a Su Santidad una bufanda blanca llamada *kata*. El Dalái Lama, a su vez, la enrolló alrededor del cuello de nuestro visitante VIP, y como suele suceder siempre que el Dalái Lama está involucrado en un acontecimiento, las sonrisas y la serenidad prevalecieron. Luego el invitado VIP se colocó a un lado del anfitrión para tomarse la fotografía oficial.

Tan sólo una fracción de segundo antes de que el fotógrafo oprimiera el clic de la cámara, mis tres hijos realizaron algo que sólo se puede describir como un asalto frontal. Dos de ellos salieron desde atrás de un sillón individual y cargaron directamente contra las piernas del visitante, mientras el tercero le enterraba las garras y los colmillos en el tobillo izquierdo.

El visitante se dobló por el dolor y la sorpresa, y el fotógrafo lanzó un grito de alarma. Durante los minutos de conmoción que siguieron, pareció que el tiempo se había detenido. Luego los dos gatitos bajaron a toda velocidad por las piernas del visitante VIP y el tercero salió disparado del lugar sin siquiera decir «hasta la vista, *baby*».

Su Santidad, que parecía ser el único que no estaba sorprendido por la brecha de seguridad aprovechada por los felinos, se disculpó profusamente. El incidente, sin embargo, no logró que el invitado perdiera el porte y, de hecho, le resultó bastante divertido.

Creo que jamás olvidaré lo que sucedió después: el Dalái Lama hizo gestos señalando el lugar donde se encontraban los facinerosos gatitos mientras uno de los héroes de acción más famosos del mundo se tiraba bocabajo para tratar de sacar a los

pequeños desgraciados de debajo del sofá.

Y efectivamente, poco después todos estuvieron de acuerdo en que sería necesario encontrar hogares más apropiados para los gatitos machos. ¿Pero qué pasaría con la pequeña?, ¿con la delicada y dócil versión en miniatura de la madre del Himalaya? Yo creo que en el fondo nadie quería ni siquiera pensar en que mi gatita pudiera irse, así que, al menos por el momento, estaba a salvo.

Al igual que muchos felinos, yo tengo varios nombres. En el Himalaya Book Café me llamaron *Rinpoche*; en los círculos oficiales de Jokhang, en donde a Su Santidad, el Dalái Lama le llaman SSDL, me otorgaron el título formal de GSS: la *Gata de Su Santidad*. Luego le dieron nombres a mi pequeña; en primer lugar la llamaron CSS por la *Cachorrita de Su Santidad*, pero el nombre que a mí me importó más fue el que le dio Su Santidad. Un día o dos después de que mis gatitos se fueron a otros hogares, el Dalái Lama levantó a mi pequeña entre sus manos y la vio directamente a los ojos con esa mirada suya de amor puro que hace que todo tu ser resplandezca.

—¡Eres tan hermosa como tu madre! —murmuró, acariciándole la carita con un dedo—, ¿no es verdad, pequeña *Cachorrita de las Nieves*?

Durante las siguientes semanas sólo fuimos nosotros tres: Su Santidad; yo, su Leona de las Nieves; y mi hija, la *Cachorrita de las Nieves*. Yo me levantaba muy temprano por la mañana para enroscarme junto a Su Santidad mientras él meditaba, y la *Cachorrita de las Nieves* se despertaba y hacía una especie de nido en la calidez de mi cuerpo. Cuando iba a la oficina de los asistentes ejecutivos, ella me acompañaba y maullaba hasta que alguien la levantaba y la colocaba sobre alguno de los escritorios; y ya estando ahí, le encantaba empujar los bolígrafos hasta el borde del mueble con sus patitas, y luego dejarlos caer. En una ocasión, Tenzin, que se sentaba frente a Chogyal y era un aguerrido defensor del té verde, abandonó su escritorio y dejó en él su taza de té. Cuando regresó, CSS estaba bebiendo con vacilación de la taza a lengüetazos, y no se detuvo cuando él se acercó, ni cuando se sentó en su silla, colocó los codos en el escritorio y la observó con detenimiento.

—Supongo que no tendré ni oportunidad de beber un poquito de té, ¿verdad CSS? —preguntó llanamente.

Entonces CSS levantó la mirada con los ojos bien abiertos y llenos de asombro. ¿Pero qué no todo lo que había en Jokhang tenía el propósito específico de divertirla y complacerla?

Luego llegó el día en que Lobsang, el traductor de Su Santidad, le recordó al Dalái Lama un compromiso que había adquirido tiempo atrás:

—La reina de Bután me ha pedido que le haga llegar un cálido saludo, Su Santidad —le dijo al Dalái Lama una tarde, cuando terminaron de trabajar en una transcripción.

Su Santidad sonrió.

—¡Qué bien! Disfruté mucho su visita, por favor envíele mis mejores deseos.

Lobsang asintió.

—También preguntó por GSS.

—Ah, sí. Recuerdo que la Leona de las Nieves se sentó en su regazo; fue algo poco usual —luego volteó a vernos. La *Cachorrita de las Nieves* y yo estábamos sobre la frazada de vellón *beige* que Su Santidad había colocado en el alféizar de la ventana cuando nacieron los gatitos.

—Su Santidad... tal vez también recuerde que la reina le pidió que le diera en adopción a alguno de los hijos de GSS en caso de que llegara a tener cachorros —dijo Lobsang, en tono de sugerencia.

El Dalái Lama se quedó en silencio un momento antes de mirar a Lobsang.

—Es cierto. Creo que estaba esperando un gatito con... ¿cómo se dice?

—¿Se refiere al pedigrí? —preguntó Lobsang.

Su Santidad asintió.

—Jamás pudimos rastrear de dónde provenía GSS porque la familia de Delhi a la que pertenecía su madre se acababa de mudar. Y en cuanto al padre de los gatitos, pues... —ambos se miraron y sonrieron.

—Sin embargo —Su Santidad siguió la mirada de Lobsang hasta la gatita a mi lado, y en voz baja, agregó—: la pequeña *Cachorrita de las Nieves* se parece mucho a su madre y... una promesa es una promesa.

La *Cachorra de las Nieves* se fue en menos de una semana: Lobsang aprovechó que iría de vacaciones a Bután algunos días para llevarla. Y en cuanto a mí, la tristeza de su partida y la realidad de volver a encontrarme sola en el alféizar, sobrepasaron por mucho la satisfacción que me podía dar el saber que mi gatita iría a vivir a uno de los mejores hogares posibles.

Su Santidad, echando mano de su típica compasión, colocó la frazada *beige* en el piso —debajo de una silla en nuestra habitación—, para que yo no tuviera que recordar mi pérdida cada vez que saltara al alféizar. De esa forma, todavía podría acurrucarme debajo de la silla e inhalar el aroma de la pequeña *Cachorra de las Nieves* y de sus hermanos, y ver algunos de los recuerdos que dejaron, como sus mechoncitos de pelo blanco entrelazado con pelo café. En algunas ocasiones, por la mañana, en lugar de sentarme a meditar junto a Su Santidad, caminaba hasta la frazada de vellón y me instalaba ahí para absorber mis propios sueños del pasado. Y había otras veces en que, como durante el día no surgía nada más interesante en que abstraerme, volvía a la frazada y a mis recuerdos, a pesar de lo agridulces que eran.

Ahora, sin embargo, con la limpieza primaveral en pleno desarrollo, hasta de la frazada me despojaron.



Tan sólo uno o dos días después de que Chogyal llevara a cabo la limpieza de la temporada primaveral de nuestro departamento, decidí seguir a Serena cuando salió del Himalaya Book Café. La joven seguía el mismo patrón todos los días: a las 5:30 p.m. desaparecía en la oficina —que era un cuartito junto a la cocina—, y diez minutos después salía vestida con su ropa para hacer yoga —prendas negras de algodón orgánico con certificación de comercio justo—, y con el cabello atado en una cola de caballo. En lugar de salir por la puerta del frente del restaurante, se escabullía por la cocina y salía por la parte trasera, y luego caminaba por el angosto camino y subía por la zigzagueante calle que yo tan bien conocía.

De vez en cuando, Serena hablaba de sus clases de yoga en un tono tan reverencial que era fácil darse cuenta de lo importante que eran para ella; y por eso todos sabíamos que no había nada que pudiera impedirle asistir a ellas. Desde que regresó a la India, la joven chef se propuso alcanzar un mayor equilibrio en su vida y, como parte de esa búsqueda, se embarcó en un viaje de autodescubrimiento que no solamente incluía banquetes de comida india, sino indagar y responder a preguntas mucho más profundas, como qué era lo que realmente quería hacer con su vida y en dónde quería hacerlo. Y como yo poseía la típica curiosidad felina —sin mencionar la gran cantidad de tiempo libre que tenía por las noches debido a que Su Santidad estaba de viaje—, empecé a preguntarme por qué el yoga tendría un efecto tan poderoso. ¿Acaso yoga no era nada más el nombre que los humanos le habían otorgado a las distintas contorsiones corporales que realizaban con un nivel bastante inferior al que nosotros los gatos mostrábamos al movernos y estirarnos prácticamente sin esfuerzo?

Cuando Serena se aproximó a la cima de la colina, no me fue fácil seguirle el paso porque, como ya sabrás, querido lector, he tenido las patitas torcidas desde pequeña. Sin embargo, la fuerza física de que carezco la compenso con determinación, y gracias a eso, poco después de que la joven se acercó a una cabaña de apariencia modesta con desgastadas banderas tibetanas de oración ondeando debajo de los aleros del tejado, le di alcance y entré.

La puerta del frente estaba entreabierta y conducía a un estrecho pasillo en donde había un gran estante para zapatos casi vacío, y se podía percibir un aroma a zapatos de cuero, sudor e incienso Nag Champa.

Una cortina de cuentitas separaba el pasillo del estudio de yoga. Arriba había un letrero con el nombre del lugar en letras casi desdibujadas: ESCUELA DE YOGA. EL PERRO QUE MIRA HACIA ABAJO. Pasé empujando las hileras de cuentas y me encontré de pronto en una habitación muy amplia. En el otro extremo había un hombre parado en lo que más adelante supe que se llamaba: *Virabhadrasana II*, o postura del guerrero II. El hombre tenía los brazos extendidos a la altura de los hombros en una pose majestuosa, y detrás de él, como enmarcando su silueta, había una vista panorámica de los Himalayas que se podía percibir a través de unas puertas abiertas de piso a techo. Las

cimas cubiertas de hielo reflejaban el sol poniéndose, y éste, a su vez, las coronaba con un resplandor dorado.

—Parece que tenemos un visitante —dijo el hombre en la postura del guerrero, con una apacible voz y un tenue acento alemán. Tenía el cabello canoso y bastante corto, casi al ras de la cabeza; y a pesar de la edad que parecía tener, su agilidad era evidente. Tenía un rostro bronceado y atemporal, y sus ojos eran de un vibrante tono de azul. Me pregunté cómo era que sabía que yo estaba en el estudio, pero luego vi que una de las paredes estaba completamente tapizada de espejos y comprendí que me había visto cuando pasé por la cortina.

Serena, que ya estaba en el balcón, volteó y me vio.

—Ay, *Rinpoche*, ¿me seguiste! —caminó hacia mí y le dijo al hombre en la postura del guerrero—: esta pequeñita pasa mucho tiempo en el café. Supongo que no dejas entrar gatos al estudio, ¿verdad?

Hubo una pausa y luego el hombre contestó:

—Generalmente no, pero tengo el presentimiento de que tu amiguita es muy especial.

No tengo idea de cómo se dio cuenta de ello, pero tomé su halago como el permiso que necesitaba para permanecer en el estudio. Sin mucha más alharaca, salté a un banquito bajo de madera que estaba cerca de un estante con colchonetas en la parte trasera del salón. Era el lugar perfecto para observar sin que me vieran.

Miré alrededor y, colgando de la pared, noté un marco con una pequeña fotografía en blanco y negro de un perro. Era un *lhasa apso*, la misma raza a la que pertenece *Kyi Kyi*. Los *lhasa apso* son muy populares entre los tibetanos y tradicionalmente han fungido como centinelas del monasterio, su misión es alertar a los monjes de la presencia de intrusos. ¿Sería este *lhasa apso* en particular el perro por el que nombraron a la escuela de yoga «El perro que mira hacia abajo»?

De pronto empezaron a llegar más personas a la clase. La mayoría eran expatriados, pero también había algunos indios. Los hombres y mujeres que conformaban el grupo parecían tener de treinta años en adelante. Todos se conducían con cierta conciencia y una elegancia imposible de definir. Extendieron sus colchonetas de yoga, los almohadones y algunas cobijas, y luego se acostaron con los ojos cerrados y las piernas bien juntas como si estuvieran imitando a los pollos con las patas atadas que había visto formados en hileras en el mercado.

Después de un rato, el instructor —a quien la gente llamaba Ludo— se puso de pie al frente y se dirigió a los veintitantos estudiantes con una voz amable pero clara.

—El yoga es *vidya*: palabra en sánscrito que significa estar con la vida tal como es, no como nos gustaría que fuera. No se refiere a pasar la vida pensando: *Si tan sólo* esto fuera distinto, *si tan sólo* pudiera hacer aquello...

»Pero entonces, ¿cómo empezamos a practicar yoga? Poniendo nuestra mente en el momento presente. Porque el único momento que realmente existe es el hoy y el

ahora.

A través de las puertas abiertas del estudio entraron los estridentes gritos de los vencejos que pasaron planeando y precipitándose en picada aquella tarde. También los vagos acordes de música india y el repiqueteo de las cacerolas proveniente de las casas en la base de la colina se elevó hasta llegar al estudio de yoga junto con los aromas de la comida que las mujeres preparaban para la noche.

—Al permanecer en el aquí y el ahora —continuó explicando Ludo— podemos reconocer que todo está completo en cada momento que se presenta. Todo está interconectado, sin embargo, no podemos experimentar esto de manera directa sino hasta que dejamos ir nuestros pensamientos y nos relajamos, hasta que reconocemos que hemos llegado a este momento, aquí y ahora, sólo porque todo lo demás es tal como es.

»Relájense en una conciencia abierta —les dijo Ludo a los estudiantes—. La unificación de la vida: eso es yoga.



Después Ludo guio a la clase a través de una secuencia de *asanas* o posturas: algunas de pie, otras sentados, algunas dinámicas y otras más, en posición de descanso.

Me di cuenta de que el yoga no sólo buscaba desarrollar la flexibilidad del cuerpo, iba mucho más allá de eso.

Además de las instrucciones sobre cómo doblarse y estirarse, Ludo les brindó a los estudiantes varias perlas de sabiduría que tenían un propósito mucho más amplio.

—No podemos trabajar en el cuerpo si no trabajamos en la mente también. Cuando nos encontramos con constricciones, es decir, los obstáculos en nuestra práctica física, descubrimos que la fisiología es un espejo de la psicología. La mente y el cuerpo pueden quedarse atascados en canales que provocan incomodidad, estrés y tensión.

Luego uno de los hombres comentó que no podía doblarse y colocar las palmas en el suelo porque los tendones de sus corvas estaban demasiado tensos, Ludo señaló:

—Los tendones, sí. Ése es el desafío para algunas personas; para otras, es poder girar o, sencillamente, sentarse cómodamente con las piernas cruzadas. Las insatisfacciones de la vida se manifiestan de muchas maneras, pero en cada persona lo hacen de una forma única y distinta. El yoga, sin embargo, provee el espacio adecuado para liberarnos —Ludo caminó entre las filas de estudiantes e hizo sutiles ajustes a sus posturas—. En lugar de andar por ahí dando vueltas y profundizando en los mismos hábitos subconscientes del cuerpo y la mente, utilicen su conciencia. No usen una postura deficiente sólo para tratar de evitar la tensión; mejor, ¡respiren hasta

alcanzar la posición correcta! No lo hagan con fuerza sino con sabiduría. Utilicen su respiración para producir apertura. Los cambios sutiles se pueden realizar respiro a respiro. Recuerden que cada inhalación es un paso más hacia la transformación.

Desde mi banquito en la parte trasera seguí la clase con mucho interés y satisfacción de poder estar ahí sin que nadie me viera. Pero cuando Ludo les dio a los estudiantes la instrucción de realizar un giro sentados, de repente veinte cabezas voltearon y me encontraron de frente, y de inmediato surgieron sonrisas y una que otra risita ahogada.

—¡Ah, sí! Ella es nuestra invitada especial —dijo Ludo.

—¡Miren todo ese pelo blanco! —exclamó alguien.

—Y los ojitos azules —dijo alguien más.

Y luego, con los veinte pares de ojos fijos en mí, un hombre señaló:

—Debe ser *Swami*.

El comentario provocó risas porque muchos recordaron al sabio local cuya imagen aparecía en los carteles que había en todo el pueblo.

Cuando terminó el giro me sentí aliviada, pero de inmediato todos volvieron a observarme porque tuvieron que hacer el mismo ejercicio en la dirección opuesta.

Al final de la clase, cuando los estudiantes se acostaron en sus colchonetas en *Shavasana*, la postura del cadáver, Ludo les dijo:

—De cierta forma, ésta es la postura más desafiante de todas. Calmen su cuerpo y su mente; ahora traten de dejar pasar todos sus pensamientos. Sólo reconózcanlos y luego déjenlos ir. Podemos descubrir mucho más en el espacio que queda entre ellos, que en la abstracción que implica el proceso conceptual. Al permanecer en la inmovilidad descubrimos que, además del intelecto, hay otras maneras a través de las cuales podemos conocer las cosas.



Después de la clase, mientras algunos de los asistentes guardaban sus cobijas, las colchonetas y los almohadones, otros se detuvieron para hablar conmigo. Varios regresaron al pasillo, se pusieron los zapatos y se fueron, pero la mayoría se reunió en el balcón detrás de las puertas deslizables. Ahí había varias sillas con cojines de colores brillantes y algunos pufs junto a un desgastado tapete indio que cubría el balcón a todo lo largo. También había una mesa llena de tazas y vasos; y mientras los estudiantes llevaban a cabo una cómoda rutina que parecía ser lo común después de clase, alguien más se dio a la tarea de servir agua y té verde.

A nosotros los gatos no nos agrada el ruido ni el movimiento en exceso, así que esperé a que todos estuvieran sentados antes de abandonar el banquito y deslizarme en silencio hasta el balcón y encontrarme con Serena. El sol ya empezaba a ponerse, y sus

últimos rayos brillaban sobre las montañas con un resplandeciente color rojo coral.

—Tratar de respirar y dejar atrás la incomodidad cuando hacemos yoga es una cosa, ¿pero qué tal cuando no estamos aquí sino allá afuera y tenemos que lidiar con nuestros problemas? —preguntó una mujer de voz rasposa llamada Merrilee, que llegó a la clase prácticamente al final, como si en realidad hubiera venido a disfrutar del aspecto social de la reunión. ¿Y habrá sido mi imaginación o la vi sacar una anforita y verter algo a escondidas en su vaso?

—Todo es yoga —le explicó Ludo—. Por lo general reaccionamos a los desafíos de una manera habitual: con ira o con evasión. Sin embargo, al respirar a través del proceso, podemos llegar a una respuesta más útil.

—¿Pero la ira y la evasión no son respuestas útiles a veces? —preguntó Ewing, un hombre estadounidense ya mayor que llevaba mucho tiempo viviendo en McLeod Ganj y visitaba ocasionalmente el Himalaya Book Café, en donde se rumoraba que había huido a la India tras haber sufrido algún tipo de tragedia en su hogar. Por muchos años tocó el piano en el vestíbulo del Grand Hotel de Nueva Delhi.

—Una *reacción* es automática, habitual —dijo Ludo—. Una respuesta es algo que se piensa previamente. Esa es la diferencia. Lo que es importante es crear un espacio, abriéndonos a las posibilidades que están más allá de las reacciones habituales que rara vez nos hacen bien. Definitivamente la ira no es una respuesta iluminada. Tal vez nos mostremos furiosos, es decir, podemos hablarle golpeado a un niño que está a punto de tocar el fuego, pero eso es muy diferente a la ira real.

—El problema es que nos quedamos atrapados en nuestra zona de comodidad, incluso cuando ésta deja de ser cómoda del todo —señaló un hombre indio alto que estaba sentado junto a Serena.

—Sí, nos aferramos a lo que ya conocemos —asintió Serena—, a las cosas que nos daban felicidad pero ahora ya no.

Levanté la vista y la miré asombrada cuando la escuché decir eso. Estaba justamente pensando en la cobija *beige* de vellón de mi habitación y en el hecho de que los recuerdos de todos los momentos felices que viví con mi pequeña Cachorrita de las Nieves, ahora estaban entrelazados con mi tristeza.

—Shantideva, el sabio budista indio, lo compara con lamer miel del filo de una navaja —dijo Ludo—: no importa cuán dulce sea, el precio a pagar es demasiado alto.

—Y entonces, ¿cómo saber si algo que alguna vez fue positivo en el pasado ya dejó de ser útil? —preguntó Serena.

Ludo la miró con sus clarísimos ojos como plata.

—Lo sabemos cuando ese algo nos hace sufrir —respondió llanamente—. *Sufrir* proviene de una palabra latina que significa *cargar*. Claro, el dolor a veces es inevitable, pero el sufrimiento no. Por ejemplo, quizá tengamos una relación plena de felicidad con alguien, y de repente perdamos a esa persona. Entonces vamos a sentir

dolor porque es natural, por supuesto. Sin embargo, si seguimos cargando ese dolor y nos sentimos despojados todo el tiempo, entonces ya estamos sufriendo.

Hubo una pausa mientras todos los presentes asimilaban lo anterior en medio de un atardecer cada vez más profundo. Las montañas se veían a lo lejos y proyectaban sombras deslavadas con un color rosado vívido como el del glaseado de los panquecitos de la señora Trinci.

—A veces pienso que el pasado es un lugar peligroso para buscar la felicidad —agregó el hombre indio sentado junto a Serena.

—Tienes razón, Sid —asintió Ludo—. Porque el único momento en que podemos experimentar la felicidad es éste: aquí y ahora.



Poco después los estudiantes empezaron a irse. Serena salió con varios más y yo la seguí hasta el salón.

—Veo que la pequeña *Swami* viene acompañándote —señaló una de las mujeres mientras se ponía los zapatos.

—Así es. Nos conocemos bien; ella pasa mucho tiempo en el café, adonde la voy a llevar ahora mismo —explicó Serena, al mismo tiempo que me levantaba.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó otra mujer.

—Oh, esta gatita tiene muchos apelativos. Es como si adonde quiera que fuera le dieran uno nuevo.

—Entonces hoy no es la excepción —dijo Sid, quien tomó una margarita amarilla del jarrón en el corredor, la redondeó para transformarla en guirnalda y luego la colocó alrededor de mi cuello.

—Me postro ante ti, pequeña *Swami* —dijo, al mismo tiempo que llevaba sus suaves y manicuradas manos a su pecho, a la altura del corazón. Lo miré a los ojos y pude ver una gran ternura.

Luego le abrió la puerta a Serena y todos comenzamos a bajar por la colina.

—Somos muy afortunados de tener un maestro tan maravilloso —exclamó Serena.

—Sí —agregó Sid—. Ludvig, Ludo, es excepcional.

—Mi madre dice que ha vivido en McLeod Ganj desde antes de que yo naciera.

Sid asintió:

—Ajá, desde principios de los sesenta. Vino a petición de Heinrich Harrer.

—¿El de *Siete años en el Tíbet*? —preguntó Serena—. ¿El tutor del Dalái Lama?

—El mismo. Heinrich hizo los arreglos necesarios para presentar al Dalái Lama y a Ludo poco después de que éste llegó a McLeod Ganj. Se dice que son buenos amigos. De hecho, Su Santidad fue quien animó a Ludo a establecer la escuela de yoga.

—No sabía eso —dijo ella, y se quedó mirando a Sid. De pronto se dio cuenta de lo mucho que sabía su compañero de clase acerca de los asuntos locales. Un instante después, trató de ponerlo a prueba aún más—. Detrás de nosotros viene caminando un individuo con saco oscuro y gorro de felpa gris —dijo entre dientes—. Por ahí alguien dijo que era el marajá de Himachal Pradesh. ¿Es cierto?

Serena y Sid continuaron su descenso por la colina unos cuantos metros más, antes de que él echara un discreto vistazo por encima del hombro.

—Pues yo he escuchado lo mismo —dijo.

—Lo he visto por aquí con mucha frecuencia —comentó Serena.

—Yo también —añadió Sid—. ¿Será que siempre da un paseo a la misma hora del día?

—Podría ser —musitó ella.



Al día siguiente, mientras caminaba por el corredor del ala ejecutiva, Lobsang me llamó:

—¡GSS! ¡Ven aquí, pequeña! Quiero que veas algo.

Pero como era de esperarse, lo ignoré porque nosotros los gatos no tenemos la costumbre de atender cualquier solicitud, súplica o humilde petición que nos hagan los humanos. ¿Qué habría de benéfico en ello? Y es que tendrás que disculpar el olorcillo a perro en la metáfora que voy a utilizar, querido lector, pero la verdad es que ustedes muestran mucho más agradecimiento cuando sólo les lanzamos un hueso de vez en cuando.

A pesar de lo anterior, Lobsang no se dio por vencido y, unos minutos después, me levantó, me llevó a su oficina y me colocó en el escritorio.

—Estoy teniendo una conversación por Skype y vi a alguien en Bután a quien me pareció que te gustaría ver.

En la pantalla de su computadora pude ver una habitación suntuosamente amueblada y, a un lado, un asiento cerca de una ventana sobre el que había una gatita Himalaya recostada bocarriba, con los ojos cerrados y las patitas y la frondosa colita extendidas en una postura que Ludo habría podido denominar «estrella de mar». Esta postura es, de todas, en la que los gatos se encuentran más indefensos, satisfechos y confiados.

Me tomó algunos instantes comprenderlo pero... ¿podría ser? ¡Sí, era ella! ¡Pero cómo había crecido!

—Su título oficial es GSAR —me explicó Lobsang—: la *Gatita de Su Alteza Real*. Tiene una letra más que GSS. Y me cuentan que en el palacio la adoran de la misma

manera que te adoran a ti aquí en Namgyal.

Observé la pantalla y pude ver el vientre de la *Cachorra de las Nieves* elevarse y bajar bañado por la luz del sol, y entonces recordé lo infeliz que me había sentido tan sólo unos días antes cuando Chogyal sacó la frazada *beige* de la habitación, despojándome así de los tiernos recuerdos de mi pequeña.

O, al menos, eso fue lo que sentí en ese momento.

Pero después de esa sensación de pérdida, aprendí que mi infelicidad no la había provocado Chogyal, sino yo misma sin quererlo. Al regodearme en mis propios recuerdos imbuidos de nostalgia, y pasar tanto tiempo pensando en una relación que había mutado, terminé cargando un dolor innecesario, es decir, me hice sufrir a mí misma.

Y mientras tanto, la *Cachorra de las Nieves* había crecido en su nueva vida como la adorada gatita del palacio de la reina de Bután. ¿Qué más podría desear una madre?

Giré, me acerqué a donde Lobsang estaba sentado y empecé a darle un masaje en los dedos con mi carita.

—¡GSS! —exclamó— ¡Jamás habías hecho eso!

Lobsang respondió rascándome el cuello, y yo cerré los ojos y comencé a ronronear. Ludo tenía razón: era imposible encontrar felicidad en el pasado, en tratar de revivir los recuerdos, independientemente de lo hermosos que sean.

La felicidad sólo se puede experimentar en este momento, aquí y ahora.

## CAPÍTULO TRES



Querido lector, ¿qué pasaría si alcanzaras tu más grande sueño? ¿Si tuvieras éxito en lo que tanto has anhelado?, ¿si lograras un éxito que sobrepasara tus deseos más salvajes?

En realidad, contemplar esta afortunada posibilidad no causa ningún daño, ¿verdad? Imagina, por ejemplo, que abres la puerta del frente de una hermosa casa y descubres que en el interior está tu familia. Es una imagen de dicha familiar y apariencias agradables, como sacada de cuento, con deliciosos aromas provenientes de la cocina y sin que nadie riña por el control remoto de la televisión.

O, en mi caso, imaginar que bajo a la cocina, me atrevo a entrar al cuarto de refrigeración y descubro 10 000 porciones del hígado de pollo en cubitos de la señora Trinci almacenados en condiciones inmaculadas y esperando que yo las saboree.

¡Oh, qué expectativa tan encantadora! ¡Qué imagen tan atractiva!

Bien, pues en el Himalaya Book Café no teníamos ni idea de que una persona que había logrado algo así de sorprendente estaba a punto de entrar a nuestro medio. De hecho, al principio ni lo notamos, ya que su llegada coincidió con una de mis apariciones a media mañana. Era poco después de las once, y yo iba caminando por el sendero de Jokhang justo en el momento en que él se dirigía al café. Era un hombre de edad mediana y apariencia ruda con cabello castaño rojizo, canas en las sienes, rostro arrugado, cejas tupidas y ojos inquisitivos. Había un marcado contraste entre su cara llena de arrugas y experiencia, y su costoso atuendo: chaqueta con forro color crema, pantalones *beige* y un deslumbrante reloj de oro. El hombre caminaba más rápido que el típico turista que pasea serpenteando, y llevaba consigo varias guías impresas de destinos destacados de viajes del noroeste de la India.

Atravesé el café y me detuve para chocar naricitas con *Marcel* y *Kyi Kyi*, que estaban en su canasta debajo del mostrador. Era como si con la partida de Franc y la llegada de Serena y Sam los moradores no humanos del café nos hubiéramos acercado un poco más, gracias a un hilo invisible. El hecho de haber vivido todos los cambios juntos nos proporcionó una experiencia en común, un vínculo. Pero las cosas no iban

más allá de un toque de narices y algunos amables intercambios porque, supongo, querido lector, que no esperarías que me acurrucara en la canasta con ellos, ¿verdad? Yo no soy ese tipo de felino y, ¡éste no es ese tipo de libro!

Tomé mi posición de costumbre sobre el estante de revistas y observé a nuestro tan bien vestido visitante, mientras él se ponía cómodo en uno de los bancos cercanos. El viajero llamó a un mesero levantando la mano con altanería y, cuando habló, pude escuchar un zumbido escocés:

—¿Ya empezaron a servir la comida?

Sanjay, el joven mesero de fresca actitud y uniforme blanco y limpio, asintió.

—Voy a tomar una copa de su Sémillon Sauvignon Blanc —le dijo el visitante, al mismo tiempo que dispersaba sus guías sobre la mesa y sacaba el celular de su bolsillo. De inmediato puso manos a la obra y empezó a buscar mapas, a revisar detalles entre varias de las guías y a registrar la información en su celular.

Cuando le trajeron la copa de Sémillon Sauvignon Blanc, primero dio un sorbo para probar y esparció el líquido en su boca con una expresión como de búsqueda. Luego realmente no bebió, sólo inhaló el vino. Y unos minutos después ya había vaciado la copa de cuatro sorbos.

Kusali, el mesero principal, notó este detalle de inmediato con su legendaria omnisciencia; y envió a Sanjay con la botella de SSB para que rellenara la copa del visitante varias veces; antes de pedir la cuenta, tomar sus libros y salir del café, bebió una tercera y una cuarta copa más.

Las cosas tomaron un rumbo peculiar media hora después. Estaba yo disfrutando de mi deliciosa comida —una porción de salmón ahumado cortado en delicadas tiritas—, cuando levanté la mirada. ¿A quién vi entrar al café? Al mismo hombre, pero esta vez, acompañado de su esposa.

La mujer, una señora de aspecto maternal con rostro amable y calzado adecuado, miró alrededor con una expresión de aprecio. Estábamos acostumbrados a este tipo de manifestaciones porque muchos occidentales para cuando llegaban a McLeod Ganj desde Delhi ya se encontraban abrumados por el caos, las multitudes, la pobreza, el tráfico y la impactante atmósfera de la India. Y en cuanto atravesaban las puertas del Himalaya Book Café se encontraban frente a una estética completamente distinta. A la derecha del elegante mostrador de recepción se podían ver, bajo la tenue iluminación de carácter clásico, los manteles blancos, las sillas de mimbre y una gran máquina de cobre para preparar café expreso. En las paredes había cortinajes ornamentales bordados con motivos budista-tibetanos, mejor conocidos como *thangkas*. Del lado izquierdo del mostrador, subiendo algunos escalones, se encontraba la sección de la librería. Entre sus bien surtidas repisas había intercalado un tesoro de abundantes tarjetas, artefactos himalayos y otros artículos para regalo. Era una fusión de objetos europeos casuales y misticismo budista.

Al ver todo esto por primera vez, muchos de los visitantes respiraban honda y

abiertamente. Era como si se sintieran aliviados.



La esposa del visitante no fue tan enfática. Miró a su esposo con ansiedad, como con la esperanza de que el café le satisficiera a él, lo cual sucedió, ¡evidentemente!

Kusali caminó a su encuentro para recibirlos y los acompañó hasta una mesa cerca de una ventana, en donde el hombre analizó el menú y la lista de vinos como si lo hiciera por primera vez. Luego pidió exactamente la misma botella que un rato antes. En esta ocasión bebió con más control, pero ya todos lo habíamos visto beber sin esfuerzo casi toda una botella solo, sin ayuda.

Al verlos desde lejos, me pareció que había algo extraño en su manera de estar juntos. En su conversación había pausas largas durante las que miraban a cualquier lugar, excepto al otro, y cuando platicaban, las frases se apagaban pronto.



La mayoría de los visitantes occidentales tenían itinerarios tan apretados que sólo iban al café una o dos veces durante su breve estancia, pero ése no fue el caso de nuestro sofisticado amigo y su esposa. A las once de la mañana del día siguiente —el sagrado momento en que se empezaba a servir bebidas alcohólicas—, el hombre llegó al café, caminó hasta la banquita y ordenó una copa de SSB.

Kusali previó una repetición de los acontecimientos del día anterior, por lo que apareció con toda elegancia y sirvió él mismo el vino del visitante antes de sugerirle:

—¿Le gustaría que traiga una cubeta para el vino a su mesa, señor?

El visitante ponderó la propuesta y decidió aceptarla. Él mismo rellenó su copa las veces necesarias, hojeó un folleto de viajes con un poco menos de interés que el día anterior y, en poco tiempo, vació la botella.

Y una vez más, media hora después de su partida, reapareció en la puerta del café con su esposa. Esta vez le dijo a Kusali, quien se encontraba en el mostrador de recepción, que habían disfrutado tanto de la visita del día anterior, que habían decidido regresar. El siempre diplomático mesero sonrió con amabilidad cuando el visitante dio esta versión oficial, aunque algo editada, de los hechos.

Querido lector, ¿me creerías si te dijera que a la mañana siguiente se repitió la escena exactamente de la misma forma en que sucede en la película *Hechizo del tiempo*? Bueno, quizá no fue exactamente igual porque, el tercer día, el visitante entró por la

puerta y se dirigió a «su» banquita a las once de la mañana en punto, momento en que Kusali envió a un mesero con su vino preferido y una cubeta con hielos. Serena había estado de visita en Delhi los dos días anteriores ordenando equipo nuevo para la cocina, pero en esta ocasión vio la escena y se acercó a Kusali poco después arqueando las cejas. Mientras ellos hablaban, el visitante se quedó mirando su celular apesadumbrado. Entonces Kusali le indicó a Serena que podía mirar a donde estaba el hombre.

Pero en cuanto lo hizo, quedó paralizada. Dio fin rápidamente a su conversación con Kusali, se dirigió a la librería y, unos minutos después, ya estaba de pie junto a Sam, quien se encontraba sentado detrás del mostrador, trabajando en su computadora.

—¿Me permitirías buscar algo en internet? —le preguntó con urgencia—. Sólo tomará un minuto.

—Claro —contestó él, deslizándose del banquito. Serena abrió rápidamente un buscador.

*Gordon Finlay*. Sam leyó el nombre mientras Serena lo ingresaba en el campo de búsqueda.

—¿Sabes quién es? —susurró ella.

Sam negó con la cabeza.

—Creo que es el hombre de ahí —explicó ella, al mismo tiempo que señalaba ligeramente con la cabeza hacia la banca—. *Bagpipe Burgers*.

El rostro de Sam se iluminó.

—¿Es él?

Ambos se quedaron mirando la página *web* de Wikipedia en donde se mostraba una fotografía del fundador de *Bagpipe Burgers*.

—«Comenzó como una barra de hamburguesas con un solo local en Inverness, Escocia —leyó Sam—. Actualmente es una de las franquicias de comida rápida más grandes del mundo.» —Sam continuó revisando la página y leyó los datos más destacados—: «Valorada en quinientos millones de dólares»; «presencia en todos los mercados importantes»; «famosos uniformes de tela escocesa»; «creadores de la hamburguesa *gourmet*»; «comprometidos con la calidad».

—¿Es él? —preguntó Serena.

Sam analizó la fotografía que tenían frente a ellos y luego volteó a ver al cliente del restaurante.

—Nuestro amigo aquí tiene las mejillas... menos caídas.

Serena juntó rápidamente sus dedos índice y medio.

—Dr. Cuchillo.

—¿Estás enterada del asunto de este cliente y su forma de beber en los dos últimos días? —le preguntó Sam a Serena.

—Es un gaje del oficio en este tipo de trabajo.

Sam la miró profundamente a los ojos.

—¿Pero qué estará haciendo en McLeod Ganj?

—Eso es lo que estoy... —Serena se estiró y comenzó a teclear algo más en la computadora, y asintió en cuanto se abrió otra página en la pantalla—. Ajá, esto sucedió cuando yo me estaba yendo de Londres. El hombre vendió por quinientos millones de dólares y se salió del negocio.

—¿Ese tipo sentado ahí? —susurró Sam con los ojos abiertos como platos.

—Precisamente —Serena le dio un apretón en el brazo antes de alejarse de la computadora para ir a observar discretamente otra vez al comensal. Luego asintió—. La gente en Londres no podía dejar de hablar de eso. Es el sueño de todo empresario, y para el ámbito restauranero, es una cantidad impensable de dinero. La gente o lo odia o lo ama.

—¿Y tú de qué lado estás?

—¡Yo lo admiro, por supuesto! Hizo algo asombroso. Se metió a un sector que uno relaciona con muchas referencias de baja calidad y logró crear algo de verdad original. A la gente le gustó y el negocio despegó. El hombre hizo un montón de dinero pero le tomó veinte años de trabajo increíblemente duro.

—De cualquier forma es un tipo raro —dijo Sam, sacudiendo la cabeza.

—¿Te refieres a sus múltiples visitas?

—No sólo a eso. ¿Sabes que pasa horas en el café internet del final de la calle?

Ahora Serena fue la sorprendida.

La clientela del café internet estaba conformada principalmente por lugareños, y el lugar siempre estaba sucio, retacado de gente y mal iluminado.

—Lo he visto ir al café todas las mañanas —Sam vivía en un departamento que estaba arriba del Himalaya Book Café, y sus ventanas daban a la calle—. Llega al café internet a las ocho de la mañana y luego viene aquí.



La siguiente semana, aunque faltó un par de días, Gordon Finlay prácticamente se convirtió en parte del mobiliario del Himalaya Book Café. Y las mañanas que no estuvo ahí, la banca lució extrañamente vacía. La primera vez que faltó, fue visto con su esposa abordando la parte trasera de una camioneta turística que llevaba a los visitantes a excursiones por la zona rural de los alrededores. La segunda, un mesero comentó que lo había visto platicando con Amrit, uno de los vendedores que ejercía su oficio debajo del enmarañado caos de cables telefónicos que recorría toda la calle.

De todos los comerciantes, el harapiento Amrit era el más joven y el menos popular, y se esforzaba por captar la atención de los transeúntes e interesarlos en los

*dumplings* que freía ahogándolos en el aceite de una sartén de apariencia asquerosa. Resultaba difícil imaginar cuál era el interés que tenía Gordon Finlay en el siempre desconsolado Amrit, pero el día que el magnate de las hamburguesas no asistió al café para tomar la botella de vino que acostumbraba como aperitivo ni para comer más tarde, Kusali se asomó por la ventana y notó que Amrit no estaba en su puesto.

El misterio se resolvió al día siguiente cuando Amrit fue visto de vuelta en su lugar de siempre, pero vestido con un overol de colores amarillo y rojo brillantes y una gorra; cocinando en un brillante *wok* plateado para asar carnes en el exterior, y luciendo muy gallardo mientras se movía agitadamente alrededor de un letrero que decía: HAPPY CHICKEN. Mientras Amrit volteaba pechugas de pollo para la cada vez más nutrida fila de clientes, Gordon Finlay lo observaba y le daba instrucciones desde atrás, ataviado con su tradicional saco color crema.

A las once de la mañana en punto, Finlay estaba de nuevo en el café.



De pronto hubo muchas conjeturas respecto a lo que Gordon Finlay estaba haciendo en McLeod Ganj. ¿Sería posible que hubiera elegido este modesto suburbio en las faldas del Himalaya para echar a andar una nueva cadena internacional de comida rápida? ¿Para qué molestarse en venir aquí sólo para pasar tanto tiempo bebiendo? ¿Italia o el sur de Francia no serían destinos más agradables para ese propósito? ¿Y qué había respecto a todo el tiempo que pasaba en el café internet si habría podido navegar en la red desde la comodidad de su hotel?

Querido lector, estoy muy orgullosa de decir que jugué un papel fundamental en el descubrimiento de la respuesta a estas y otras preguntas. Como sucede en algunos de los acontecimientos más intrigantes de la vida, éste no fue producto de una acción deliberada de mi parte. Digamos que mi simple, aunque irresistible presencia, fue lo único que se necesitó para desencadenar el más inesperado flujo de emoción reprimida.

Un día, en mi lugar usual en el café, adopté lo que Ludo habría llamado la postura de Mae West: yacía sobre mi costado con la cabeza apoyada en mi patita derecha del frente. Ya casi era hora de que Gordon Finlay hiciera la primera de sus dos apariciones cotidianas, pero justo cuando acababa de empezar a acicalar el esponjado pelaje blanco de mi pancita, levanté la mirada y a quien vi entrar por la puerta fue a la señora Finlay. Primero echó un vistazo con ansiedad al restaurante, y luego se dirigió a la librería. Jamás había llegado tan lejos; por lo general, ella y su esposo se sentaban en la mesa más cercana a la parte del frente. La señora estaba a punto de llegar al exhibidor de revistas cuando Serena se le acercó.

—Busco a mi esposo —le dijo la señora—. Ya hemos venido varias veces.

Serena asintió con una sonrisa.

—Se ha vuelto su lugar predilecto en Dharamsala, y creí que... —el labio inferior de la señora temblaba. Tuvo que respirar hondo para recobrar la compostura—. Tenía la esperanza de encontrarlo aquí.

—No lo hemos visto hoy —le dijo Serena—, pero si gusta puede esperarlo. Serena le señaló la banca en la parte trasera del restaurante, en donde Gordon Finlay disfrutaba de su botella de vino matutina, y entonces la señora Finlay vio la repisa en donde me estaba acicalando.

Como sentí que me observaba fijamente, la miré directo a los ojos.

—¡Ay, por dios! —la estabilidad de por sí frágil de la señora Finlay parecía verse amenazada de nuevo—. ¡Es igual a nuestra pequeña *Sapphire*!

Dio algunos pasos y se estiró para acariciarme el cuello.

Yo observé sus enrojecidos ojos y ronroneé.

—Ella es *Rinpoche* —le explicó Serena, pero la señora Finlay no la estaba escuchando. Una lágrima recorrió su mejilla, y luego otra. Se mordió el labio para contener el llanto, dejó de acariciarme y sacó un pañuelo de su bolso. Pero era demasiado. En tan sólo unos momentos gimió con gran emoción. Serena la envolvió con un brazo y la llevó hasta la banca.

La señora lloró en voz baja cubriéndose el rostro por un rato. Serena le pidió un vaso de agua a Kusali con un gesto.

—Lo lamento —se disculpó la señora poco después—. Estoy tan... —Serena la apaciguó.

—Teníamos una gatita igual a ésta —dijo la señora Finlay, señalándome—. Me hizo recordarla. *Sapphire* fue muy especial para nosotros todos esos años en Escocia; solía dormir en nuestra cama todas las noches —dijo entre sollozos—. Las cosas eran distintas entonces.

En ese momento llegó un mesero con un vaso de agua. La señora Finlay bebió un poco.

—Los gatitos son *muy* especiales —dijo Serena, mirándome. Pero la señora Finlay no parecía escucharla; bajó el vaso y se quedó contemplando la mesa. Permaneció como transfigurada hasta que, por alguna razón, se sintió obligada a confesar.

—Gordon, es decir, mi esposo, *odia* estar aquí —lo dijo como si se estuviera quitando un terrible peso de encima.

Serena dejó pasar un momento antes de decirle:

—La reacción de su esposo no es rara del todo, ¿sabe? Los visitantes occidentales que llegan aquí no saben realmente qué esperar, y por eso India les resulta impactante.

La señora Finlay sacudió la cabeza.

—No, no es eso. Ambos conocemos bien la India —la señora miró directamente a

Serena por primera vez—. Gordon ya ha estado aquí varias veces en los últimos años, por eso eligió este lugar para pasar nuestro primer mes de retiro. El problema es que... las cosas no están funcionando —la señora parecía estar sacando fuerza de la compasiva presencia de Serena; su voz se volvió más confiada—. Verá, él acaba de tener un gran éxito, vendió su negocio después de pasar veintitantos años construyéndolo. Gordon es un hombre muy trabajador y decidido. No se puede ni imaginar los sacrificios que ha hecho. Pasó años y años con jornadas laborales de dieciocho horas sin vacaciones; siempre se iba temprano de las fiestas de cumpleaños, las cenas y las celebraciones familiares. «Va a valer la pena», decía siempre. «Me voy a retirar pronto y nos la pasaremos muy bien.» Eso fue lo que siempre creyó, y yo también. No importaba a cuánto teníamos que renunciar. Sabíamos que seríamos felices cuando... —la señora se quedó pensando por un rato y luego continuó—: las primeras dos semanas todo estuvo bien. Gordon era un hombre nuevo y tenía la libertad de hacer lo que quisiera, pero eso no duró. De repente ya no hubo llamadas, ni mensajes ni reuniones. No había decisiones que tomar, nadie quería saber lo que él pensaba. Fue como si una liga que había estado estirada al límite, de repente se rompiera.

»Antes, cuando trabajaba a un ritmo frenético —continuó narrando la señora—, la idea de tener todo el tiempo libre del mundo era como el paraíso para Gordon, sin embargo, ahora le parece que es una carga terrible. No trajo su *laptop*, que era parte de su antigua vida, pero estoy segura de que cuando sale en las mañanas, según él para caminar, va a uno de esos cafés internet —la señora Finlay miraba a Serena, cuya llana expresión no delataba ni el más mínimo indicio de que sabía que las sospechas de la señora eran ciertas.

»Y también bebe. Jamás se había comportado así, jamás bebió en el día. Sé que lo hace porque está aburrido y se siente mal, y porque no sabe qué hacer con su tiempo. Fue lo que dijo esta mañana antes de salir del hotel. Nunca lo había visto tan infeliz.

La señora rompió en llanto otra vez, y Serena se inclinó para estrujar su brazo.

—Todo esto va a pasar —murmuró.

La señora no estaba preparada para volver a hablar, por lo que sólo asintió.



La señora Finlay abandonó el café poco después, y ese día la pareja no se apareció a la hora de la comida. Sólo el tiempo diría cómo resolverían ella y su esposo la inesperada decepción; no obstante, el tema del triste millonario volvió a surgir en el café esa noche.

Ya casi daban las once de la noche, y los comensales que aún quedaban en unas

seis mesas estaban comiendo postres acompañados de café. Serena volteó a mirar al banco detrás del mostrador de la librería en donde se encontraba sentado Sam, y lo vio a los ojos con un gesto inquisitivo. Él respondió levantando los dos pulgares. En la librería ya sólo quedaba una persona hojeando libros: debajo de uno de los muros de separación se alcanzaba a ver los tobillos y la parte inferior de la toga roja de un monje.

Serena se dirigió a la librería para realizar el ritual del fin del día. Debajo del mostrador del restaurante, dos cabecitas se levantaron en la canasta de mimbre; *Marcel* y *Kyi Kyi* se enfocaron en el promisorio trayecto de los pasos de la chef.

Serena llegó a la parte superior de la corta escalera que llevaba a la librería justo cuando el último cliente se retiraba.

—¡Lobsang! —Serena saludó con calidez al monje y se acercó para darle un abrazo. Lobsang se había convertido en un visitante frecuente de la librería porque en los estantes solía encontrar una gama de libros budistas y otros títulos recientes de no ficción que, comparados con los que anteriormente había disponibles en Dharamsala, resultaban deslumbrantes. Y cómo él y Serena se conocían de antaño, ella había insistido en que le hicieran el descuento más generoso disponible en la librería.

Desde la época en que eran adolescentes y se conocieron trabajando como asistentes de la señora Trinci hasta ahora, la vida los había llevado por caminos muy distintos. Mientras Serena estuvo en Europa, Lobsang —cuyo incisivo intelecto y sobresalientes habilidades con el lenguaje se hicieron evidentes desde muy pronto—, obtuvo una beca para estudiar Semiótica en Yale. Luego, cuando regresó a la India para trabajar como el traductor del Dalái Lama, también evolucionó en otros aspectos, como la cualidad tranquilizadora de su presencia, a la que las personas invariablemente respondían. A veces, incluso, era posible ver a la gente recargarse en el respaldo de sus asientos y relajar los hombros o sonreír.

—Sam y yo estamos a punto de beber chocolate caliente, ¿te gustaría acompañarnos? —le preguntó Serena.

A pesar de toda la tranquilidad de Lobsang, noté que Serena lo conmovía de una manera muy especial. El monje parecía disfrutar muchísimo de su compañía.

—Sería grandioso —respondió con entusiasmo y la siguió hasta los sofás.

Poco después llegó Kusali con chocolate caliente para los humanos y un platito con galletas para perro, el cual mantuvo suspendido sobre la mesa ratonera durante un momento para instigar la expectación de los perros. Luego colocó el plato en el suelo y éste produjo un *tintineo* pavloviano que detonó la frenética carrera de los caninos hasta la librería.

Yo, por mi parte, salté de la repisa, estiré mis patitas traseras, saqué una garra y luego la otra; después crucé el salón, salté ágilmente al sofá y aterricé justo entre Serena y Lobsang, que estaba sentado frente a Sam.

—GSS es muy afortunada de tenerte —señaló Lobsang mientras Serena se

inclinaba para servir leche en mi cuenco—, especialmente ahora que Su Santidad está de viaje.

—Nosotros nos sentimos afortunados de tenerla —respondió Serena, acariciándome—, ¿no es verdad, *Rinpoche*?

Como Serena aún no colocaba mi cuenco en el suelo, me subí a la mesa ratonera y empecé a beber la leche a lengüetadas.

—¿Aquí se permite que los gatos se suban a la mesa? —preguntó Lobsang, divertido por mi audacia.

—En general no —respondió Serena, mirándome con una sonrisa indulgente.

Durante un rato los tres humanos me observaron en silencio beber a lengüetadas la leche con un sano ronroneo. No sé si sería telepatía o sólo mi imaginación, pero me pareció que a Sam no le había agradado que Lobsang se uniera a nuestra típica reunión del final de la jornada.

Serena le preguntó a Lobsang respecto al proyecto en que estaba trabajando en ese momento, y él habló de un comentario en un texto esotérico de Pabongka Rinpoche que estaba ayudando a traducir. Luego la conversación se trasladó a lo que había pasado durante el día. Serena les contó acerca de su encuentro con la señora Finlay, y les explicó que la visión que su esposo tenía de trabajar con ahínco para retirarse pronto, había resultado una gran decepción.

Lobsang escuchó la historia con la simpatía que prevalecía en su inconmensurable calma, y luego dijo:

—Creo que somos muy pocos los que no cometemos el mismo error más de una vez; como pensar: *cuando me retire seré feliz, cuando tenga tal o cual cantidad de dinero, cuando alcance este objetivo en particular* —Lobsang hizo una pausa y sonrió al pensar en lo absurdo de este comportamiento—. Nosotros mismos creamos nuestras supersticiones y luego nos convencemos de creer en ellas.

—¿Supersticiones? —preguntó Sam en tono desafiante.

Lobsang asintió.

—Sí, lo mismo que inventar una relación entre dos cosas que no están vinculadas, como un gato negro y la mala suerte, o como un trébol de cuatro hojas y la buena suerte.

En ese momento dejé de beber, levanté la cabeza y me quedé viéndolo, y los tres se rieron.

—O como un gato himalayo y la buena suerte en *extremo* —sugirió Serena.

Yo volví a beber leche y Lobsang continuó hablando.

—En general, empezamos creyendo que nuestra felicidad depende de cierto resultado, de una persona o de cierto estilo de vida, y eso es una superstición.

Sam señaló detrás de sí y exclamó:

—Pero yo tengo aquí repisas y más repisas llenas de libros que hablan de fijarse objetivos, de mantener un pensamiento positivo y manifestar la abundancia. ¿Acaso

quieres decir que todos ellos están equivocados?

Lobsang rio sutilmente.

—¡Oh, no! Eso no es lo que quise decir. Tener objetivos o un propósito es útil. Sin embargo, jamás debemos creer que nuestra *felicidad* depende de alcanzarlos. Son dos cosas distintas.

Entonces hubo un silencio mientras Sam y Serena asimilaban lo que acababa de decir Lobsang, y lo único que se escuchó fue mi lengüeteo y los perros husmeando en busca de moronas debajo de la mesa.

—Si cualquier objeto, logro o relación fuera la verdadera causa de la felicidad, entonces la persona que los consiguiera sería feliz, pero nunca se ha hallado algo así —explicó Lobsang—. Lo más triste de todo es que si creemos que nuestra felicidad depende de algo que no tenemos ahora, entonces no podemos ser felices aquí y ahora. Sin embargo, el aquí y el ahora son el único momento en que *podemos* ser felices de verdad. Es imposible ser felices en el futuro porque no existe todavía.

—Y cuando el futuro llega —reflexionó Serena—, descubrimos que cualquier cosa que hayamos creído que nos daría felicidad, no nos hace tan felices como esperábamos. Vean el caso de Gordon Finlay.

—Exactamente —exclamó Lobsang.

Sam no dejaba de moverse incómodamente en su asiento.

—Hace poco se realizó un estudio de neurociencia respecto a este tema. Me parece que se llama «La decepción del éxito». En él se observó la obtención previa al objetivo, en oposición a la obtención posterior al objetivo. En términos de la actividad cerebral, la obtención previa, es decir, esa sensación positiva que la gente tiene cuando se esfuerza por alcanzar un objetivo, es más intensa y perdurable que la obtención posterior al objetivo, la cual produce un breve sentimiento de liberación.

—Y a eso le sigue la pregunta, *¿es eso todo lo que hay?* —sugirió Serena.

—En realidad, el viaje es más importante que el destino —confirmó Lobsang.

—Lo que me hace preguntarme todavía más si debería volver a Europa —interpuso Serena.

—¿Es posible que te quedes? —preguntó Lobsang con voz llena de esperanza, y cuando ella lo miró, él le sostuvo la mirada, y no lo hizo por tan sólo uno o dos segundos, sino hasta que ella volteó a otro lado.

—La noche del banquete de comida india fue el comienzo —explicó Serena—. Me hizo darme cuenta de que trabajar para personas que realmente aprecian lo que hago es mucho más gratificante que hacerlo para quienes sólo van a un restaurante para ser vistos. ¿Por qué someterme a todo ese estrés? Vean lo que le sucedió a Gordon Finlay. La suya es una de las más grandes historias de éxito de la década en el mundo de los restaurantes; hay decenas de miles de personas que aspiran a alcanzar su éxito, pero éste lo hizo tan adicto al trabajo que ahora ya no puede detenerse. ¿Qué caso tiene alcanzar un éxito inconmensurable si no logras la paz interior?

Entre las palabras que Serena enunció, detecté otras preocupaciones tácitas. A lo largo de las últimas semanas la había visto recibir a sus antiguas amigas de la escuela, quienes vinieron a visitarla con sus esposos y sus hijos, y me pareció que cada vez que esto sucedía, ella se sentía atraída a tomar una dirección muy distinta a la que tenía proyectada originalmente.



Gordon Finlay llegó a la mañana siguiente a las 10:30 en punto. Desde que entró al café noté que lucía como un hombre sin preocupaciones. Se dirigió a la banca, ordenó un expreso y tomó una copia de *The Times of India* del estante de periódicos.

Después de hojear el diario y tomar su café, se levantó y se acercó al mostrador, donde estaba Serena.

—Mi esposa me dijo que vino ayer y que usted fue muy amable con ella —le dijo entre las enfatizadas erres de su escocés—. Sólo quería decirle que le agradezco mucho la forma en que trató a mi mujer, así como... su discreción.

—¡Oh! No tiene nada que agradecer.

—Este lugar ha sido como un oasis para mí —continuó explicando al mismo tiempo que les echaba un vistazo a los *thangkas* budistas que colgaban de las paredes—. Hemos decidido volver a casa. No tengo idea de lo que voy a hacer pero no puedo quedarme aquí sentando bebiendo dos botellas de vino al día. Mi hígado no va a durar mucho así.

—Lamento que las cosas no hayan salido como usted esperaba —dijo Serena. Y luego, casi como una ocurrencia tardía, añadió—: espero que haya disfrutado algo de la India.

Gordon Finlay se quedó pensando por un instante y después asintió.

—Es curioso pero lo primero que me viene a la mente es haber ayudado a ese chico que vende comida aquí en la calle a organizarse.

Serena se rio.

—¿Happy Chicken?

—Ese muchacho está haciendo un negocio descomunal —dijo Finlay.

—¿Y usted es accionista?

—No, pero me dio mucho gusto ayudarlo a establecerse en forma. El chico me recuerda mucho a mí cuando empezaba: me hacía falta capital, estaba rodeado de competidores y no tenía nada que diferenciara mi producto. Lo único que él necesitó fue unas doscientas libras y un poco de entrenamiento, ¡y ahora la está armando en grande!

Mientras hablaba, Gordon Finlay empezó a lucir más alto, también se irguió más,

y por primera vez pudimos atisbar la imagen del imponente director ejecutivo que había sido hasta hace poco.

—Tal vez acaba usted de describir lo que hará ahora.

—¡No podría rescatar a toda la gente del mundo que vende comida en la calle!  
—exclamó en tono de queja.

—No, pero podría cambiarle la vida a los que pudiera ayudar. Es obvio que ayudar nada más a uno ya le causó mucha satisfacción, ¡imagínese lo que sentiría si ayudara a muchos!

Gordon Finlay se le quedó viendo durante un largo rato. En sus oscuros e inquisitivos ojos había un destello.

—¿Sabe? Creo que me acaba de dar usted una idea.

## CAPÍTULO CUATRO



El aburrimiento es una aflicción terrible, ¿no te parece, querido lector? Y por lo que sé, es casi universal. En la cotidianidad, existe ese aburrimiento de estar en donde quiera que te encuentres y de realizar cualquiera que sea la tarea que tengas por delante, sin importar si eres un ejecutivo que debe redactar una docena de deprimentes reportes antes de que termine el mes o un gato sobre un archivero con toda una mañana vacía por delante para dormir antes de tener acceso a los deliciosos y crujientes *goujons* de trucha europea —tal vez seguidos de un poco de nata— que sirven a la hora de la comida en el café.

Cuántas veces he escuchado a los turistas decir: «Me urge volver a la civilización», y me parece que son precisamente los mismos visitantes que, según creo, pasaron varios meses marcando con emoción los días que faltaban antes de ese viaje único en la vida que harían a la India. «Ojalá ya fuera viernes» es otra variación sobre el mismo tema, como si, por alguna razón, tuviéramos que soportar cinco días de tedio opresivo antes de llegar a esos valiosísimos dos en que realmente podríamos divertirnos.

Pero el problema va todavía más allá. Al levantar la cabeza después de trabajar en este lote específico de reportes mensuales o en la organización del archivo durante una mañana vacía, cuando pensamos en todos esos días iguales que todavía están por venir, el aburrimiento se transforma en una desesperación existencial aún más profunda. Y entonces nos encontramos preguntándonos: *¿cuál es el objetivo de todo esto? ¿Para qué me tomo la molestia? ¿A quién le importa?* En esos momentos, la vida puede parecernos un interminable y desalentador ejercicio de futilidad.

Para aquellos seres del planeta Tierra que poseen una perspectiva más amplia, al aburrimiento a veces lo acompaña un sentimiento todavía más oscuro: la culpa. Sabemos que si las comparáramos con las de muchos otros, nuestras vidas resultarían bastante cómodas en realidad porque no vivimos en una zona de guerra ni en la pobreza abyecta; no tenemos que permanecer entre las sombras debido a nuestras opiniones religiosas o sobre género. Tenemos la libertad de comer, vestir, vivir y

caminar como se nos dé la gana, y doy gracias por eso; pero aun así, estamos aburridísimos.

En mi caso, por ejemplo, si puedo hablar de circunstancias mitigantes, diría que el Dalái Lama, *efectivamente*, se había ido unos días. Eso significaba que la actividad no era tanta como de costumbre, y que la señora Trinci no nos había visitado con los brazos repletos de alimentos y afecto. Pero principalmente, que tampoco estaba ahí la reconfortante energía y el amor que yo sentía cada vez que estaba en presencia de Su Santidad.

Y por lo tanto, una mañana en que mi corazón estaba apesadumbrado y mis pasos eran sosegados, me dirigí al café. Mi típico paso aletargado era más lento que de costumbre, es decir, apenas si alcanzaba a mover mis patitas traseras haciendo un esfuerzo monumental. Porque, *¿para qué ir al café siquiera?*, me pregunté. Aunque el almuerzo sería delicioso, comerlo sólo me tomaría cinco minutos, y luego tendría que esperar bastante hasta la hora de la cena.

En ese momento no me daba cuenta de que varios acontecimientos estaban a punto de darme una sacudida y sacarme de mi letargo.

Todo comenzó cuando Sam empezó a comportarse de una manera inusual, como con urgencia. De repente saltaba del banco en el que se sentaba en la librería y bajaba apurado los escalones que llevaban al café.

—¡Serena! —susurró exagerando sus gestos para captar la atención de la chef—. ¡Es Franc! —Sam señaló su computadora, que se encontraba detrás de él. Franc acostumbraba comunicarse a través de Skype para llevar a cabo reuniones de negocios, pero en general, hacía las llamadas los lunes a las diez de la mañana porque a esa hora el café estaba tranquilo. Ya a media tarde la actividad alcanzaba su punto máximo.

Serena se apresuró a llegar al mostrador de la librería. Sam subió el volumen de las bocinas y desplegó una ventana en la que se podía ver a Franc en una sala. Detrás de él había varias personas sentadas en un sofá y en sillones individuales. Se veía fatigado.

—Mi padre falleció anoche —anunció el dueño del café sin preámbulo—. Quería informarles el acontecimiento antes de que se enteraran por alguien más.

Serena y Sam le ofrecieron sus condolencias.

—A pesar de que era inevitable, no deja de ser una conmoción —explicó Franc.

Una mujer se levantó del sofá que estaba detrás de Franc y se acercó a la pantalla.

—¡No sé qué vamos a hacer sin él! —gimió.

—Ella es Beryle, mi hermana —señaló.

—Todos lo amábamos mucho —dijo Beryle entre sollozos—. ¡Es una gran pérdida!

Detrás de Franc y Beryle, la gente expresó entre murmullos que estaba de acuerdo.

—Me da gusto haber podido estar aquí con él al final —dijo Franc, tratando de retomar el control de la conversación. A pesar de que la relación con su padre había sido difícil, Franc había regresado a casa porque el enérgico lama Geshe Wangpo

insistió en que lo hiciera. Geshe Wangpo era uno de los lamas mayores del Monasterio de Namgyal, y tenía una filosofía incorruptible en lo que se refería a la noción de que las acciones tenían mayor importancia que las palabras, y los otros seres, más valor que uno mismo.

—Me da gusto que Geshe Wangpo me haya persuadido —continuó Franc—. Mi padre y yo pudimos resolver...

—Vamos a hacer un funeral pomposo —dijo una voz como de hombre mayor que provenía de atrás de Franc, pero era difícil saber a quién pertenecía.

—*Muy* pomposo —interpuso alguien más, evidentemente impresionado con la dimensión del acontecimiento.

—Van a venir más de doscientas personas a despedirse de él —añadió Beryle, que apareció de nuevo en la pantalla—. Eso es lo más importante ahora, ¿no? Necesitamos darle cierre a este asunto, todos lo necesitamos.

—Darle cierre, sí —dijeron a coro las personas que se encontraban detrás de ella.

—Papá quería que fuera sólo algo sencillo en el crematorio —explicó Franc.

Pero Beryle no aceptaría algo así.

—Los funerales son para quienes nos quedamos atrás —exclamó—. Somos una familia católica. Bueno —dijo, mirando enfáticamente a Franc—, al menos la mayoría lo somos.

—No vamos a hacer nada de eso del entierro celestial tibetano —sentenció la misma rasposa voz masculina desde atrás.

Franc sólo sacudía la cabeza.

—Yo nunca sugerí que... —dijo.

—Eso es en lo que creen ustedes los budistas, ¿no es verdad? —dijo una figura marchita de cabello canoso, ojos rojos, y sin dientes, que se dirigió a la computadora—. En cortar a la gente en trocitos y dársela a los buitres para que se la coman, ¿verdad? No, señor, nada de eso.

—Éste es el tío Mick —dijo Franc.

El tío Mick escudriñó la pantalla de la computadora por un largo rato antes de reprender a Franc.

—¡No son indios!

—Jamás dije que lo fueran —dijo Franc, protestando ligeramente. Sin embargo, Mick ya le había dado la espalda y se alejaba arrastrando los pies.

Franc levantó las cejas enfáticamente antes de decir:

—Tengo la esperanza de salir a alimentar a los pájaros en el parque mañana.

Los budistas creen que los actos de generosidad realizados por personas que tienen un estrecho vínculo kármico con los fallecidos benefician a estos últimos.

—¿A los pájaros? —Beryle no podía creerlo—. ¿Y qué hay de *nosotros*? ¿De los de tu propia sangre? Ya habrá tiempo de sobra para ese tipo de tonterías después del funeral.

—Será mejor que me vaya —dijo Franc rápidamente—. Les llamaré de nuevo cuando esté solo.

Serena y Sam comenzaron a despedirse, y en ese momento se escuchó la voz del tío Mick.

—¿Pájaros? ¡Lo sabía! ¡No habrá ningún entierro celestial tibetano mientras yo esté aquí!



Serena y Sam voltearon a verse cuando terminó la llamada.

—Parece que está pasándolo mal —dijo Serena.

Sam asintió.

—Pero al menos ahora sabe que hizo lo correcto al regresar a casa. Aunque esto significa que podría volver aquí mucho antes de lo que todo mundo esperaba —añadió Sam con expresión pensativa.

—Quién sabe —Serena se pasó los dedos entre el cabello—. Si tiene que lidiar con los asuntos de la herencia, podría quedarse un buen tiempo en San Francisco todavía.

Serena percibió movimiento y miró hacia abajo; *Marcel*, el *bulldog* francés de Franc, estaba a sus pies.

—¿Cómo *supo*? —se preguntó, sonriéndole a Sam.

—¿Tal vez escuchó su voz?

—¿Desde abajo del mostrador? —Serena miró la canasta de los perritos. Parecía improbable que la voz de Franc hubiera viajado tan lejos.

—No —dijo ella, al mismo tiempo que se arrodillaba para acariciarlo—. Yo creo que los perros pueden sentir estas cosas. ¿No es así, amiguito?



Poco después de la llamada de Franc, llegaron noticias alarmantes mucho más cercanas al hogar, noticias que golpearon el corazón de Namgyal. Para ser más específicos, sacudieron la oficina desde donde yo supervisaba las actividades de los asistentes ejecutivos del Dalái Lama. En general, siempre sucedía algo ahí, y yo lo observaba desde la parte superior del archivero detrás de Tenzin —posición que me ofrecía una vista panorámica no sólo del lugar, sino también de toda la gente que iba y venía de las oficinas de Su Santidad—; por esa razón, cuando el Dalái Lama estaba

fuera de la ciudad, yo me pasaba los días en la oficina, observando cómo se desarrollaban los negocios oficiales en Jokhang.

Chogyal y Tenzin trataban de tomar sus vacaciones durante las ausencias más prolongadas de Su Santidad, y esta vez Chogyal se había ido a visitar a su familia en Ladakh. Dos días atrás, Chogyal se había puesto en contacto con Tenzin para pedirle que hiciera llegar un mensaje urgente a Geshe Wangpo. Tenzin, con su eficiencia de costumbre, llamó a dos monjes novicios que estaban llevando a cabo tareas de limpieza en el corredor.

Yo conocía a Tashi y Sashi desde los primeros días que pasé en el mundo, una época en la que ambos me trataron con mezquindad, por decir lo menos. Pero desde entonces se habían esforzado por redimirse, y ahora mostraban una ferviente preocupación por mi bienestar.

—Tengo un mensaje urgente que necesito que entreguen —les dijo Tenzin en cuanto entraron a la oficina.

—¡Sí, señor! —contestaron al unísono.

—Es importantísimo que le entreguen esto a Geshe Wangpo en persona —señaló Tenzin, al mismo tiempo que le daba un sobre sellado a Tashi, el hermano mayor que sólo tenía diez años.

—¡Sí, señor! —repitió Tashi.

—Se debe entregar sin retraso y sin desviarse —dijo Tenzin en tono estricto—, ni siquiera si llegara a llamarlos un monje mayor. Este es un asunto de la oficina de Su Santidad.

—Sí, señor —corearon los chicos. Sus rostros resplandecieron ante la importancia de su inesperada misión.

—Ahora, vayan —ordenó Tenzin.

Ambos chicos voltearon a mirarse brevemente antes de que Tashi dijera con voz atiplada:

—Sólo una pregunta, señor.

Tenzin arqueó las cejas.

—¿Cómo está GSS, señor?

Tenzin volteó al lugar en donde yo estaba extendida, sobre el archivero, y yo parpadeé y abrí los ojos, pero sólo una vez.

—Como podrán ver, sigue viva —les informó en tono divertido—. ¡Ahora apresúrense!



Esa tarde, al regresar del café, no bien había subido al archivero y empezaba a darles a

mis orejitas color carbón una rápida acicalada, cuando, de repente, vi al mismísimo Geshe Wangpo aparecer al otro lado de la oficina. Geshe Wangpo no era solamente uno de los lamas más venerados del Monasterio de Namgyal, sino uno de los más intimidantes también. Era un Geshe de la vieja escuela —el título se refiere al grado académico más alto para los monjes budistas—, tenía casi ochenta años y estudió en el Tíbet antes de la invasión China. Tenía la complexión redonda y musculosa de un tibetano típico; intelecto penetrante y muy poca tolerancia con la holgazanería del cuerpo o de la mente. También era un monje increíblemente compasivo cuyo amor por sus estudiantes jamás podría ponerse en duda.

La presencia física de Geshe Wangpo era tan imponente, que en cuanto cruzó la puerta, Tenzin se levantó disparado de su asiento para recibirlo.

—¡Geshe-la!

El lama le indicó que se sentara con un gesto.

—Gracias por enviarme el mensaje hace dos días —dijo Geshe Wangpo con gravedad—. Chogyal estaba muy enfermo.

—Eso fue lo que escuché —dijo Tenzin—. Estaba bien cuando se fue de aquí pero, ¿se habrá contagiado de algo en el autobús?

Geshe Wangpo sacudió la cabeza.

—Era su corazón —no dio más detalles—. Se deterioró de la noche a la mañana, se debilitó muchísimo más, pero siguió consciente. No obstante, esta mañana, cuando lo volví a llamar, no podía ni hablar; estaba agonizando. Por desgracia para nosotros, su momento llegó. No podía moverse pero sí escuchar mi voz. La muerte física fue a las nueve en punto pero permaneció en la claridad de la luz más de cinco horas.

A Tenzin y a mí nos tomó una eternidad asimilar la noticia. Chogyal, nuestro Chogyal, ¿muerto? Si tan sólo tres días antes había estado moviéndose afanosamente en esa misma oficina. Y además, era tan joven todavía: no podía tener más de treinta y cinco años.

—Tuvo una muerte muy buena —dijo Geshe Wangpo—. Podemos quedarnos con la tranquilidad de que su continuidad ha avanzado en una dirección positiva. No obstante, esta noche se dirán oraciones especiales en el templo, y creo que usted querrá hacer ofrendas.

Tenzin asintió.

—Naturalmente —dijo.

Geshe Wangpo nos vio a Tenzin y a mí alternadamente, y su apariencia se suavizó hasta transformarse en una expresión de infinita ternura.

—Es natural sentir tristeza y dolor cuando perdemos a alguien que nos importa, y Chogyal era un hombre muy, muy cariñoso, pero no tienen que sentir pena por él, ya que tuvo una buena vida. A pesar de que la muerte le llegó inesperadamente, no tenía nada que temer. Además, también murió bien y dejó un buen ejemplo para todos.

Cuando terminó de hablar, Geshe Wangpo dio media vuelta y salió de la oficina.

Tenzin continuó sentado y se inclinó. Cerró los ojos un rato y luego se levantó y se acercó al archivero. Se estiró hasta donde estaba y me acarició.

—Es difícil de creer, ¿no es cierto, GSS? —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Nuestro querido y dulce Chogyal.

Poco después apareció Lobsang, cruzó la oficina y se acercó al lugar en donde Tenzin continuaba acariciándome.

—Geshe-la me acaba de dar la noticia —dijo—. Lo lamento mucho.

Ambos se abrazaron, Lobsang llevaba sus hábitos de monje y Tenzin un traje oscuro. Cuando se separaron, Lobsang dijo:

—¡Cinco horas en la luz!

—Sí, eso fue lo que dijo Geshe-la.

En el budismo tibetano, el proceso de morir es un asunto que se prepara minuciosamente. Con frecuencia llegué a escuchar a Su Santidad decir que la luz era el estado natural de nuestra mente cuando se encuentra libre de pensamientos. Como es una situación que está más allá de los conceptos, lo único que se puede hacer con las palabras es señalar la experiencia, ya que es imposible que éstas expliquen lo indescriptible. Sin embargo, a veces se utilizan palabras como *infinito*, *radiante* y *gozoso* para sugerir este estado. Es un estado imbuido de amor y compasión.

La gente que tiene mucha experiencia en la meditación puede experimentar la luz estando viva aún, y lo hace para que cuando llegue la muerte, en lugar de temer la pérdida de la identidad personal, sean capaces de permanecer en ese estado de gozosa carencia de dualidad. Esto se hace con un nivel de control tal, que es posible dirigir la mente a lo que sucederá después; en lugar de la fuerza de la actividad mental de costumbre, lo que impulsa al ser es el karma.

A pesar de que una persona haya sido declarada muerta desde el punto de vista médico, mientras se mantenga en un estado de luz, el cuerpo permanece flexible y conserva un color saludable. El cuerpo no sufre putrefacción ni pierde fluidos. A la vista de otros, parece que el fallecido está nada más dormido. Se sabe que los grandes yoguis han podido permanecer en la luz durante días e incluso semanas.

Por todo lo anterior, el hecho de que Geshe Wangpo haya asegurado que Chogyal fue capaz de permanecer en la luz era de gran importancia. Tal vez su vida fue corta, pero lo que hizo con ella resultaba inconmensurable: ahora sería capaz de asumir algo de control respecto a su destino.

Tenzin abrió su cajón, sacó un celular y lo puso en su bolsillo. Era lo que hacía siempre que iba a salir de la oficina.

—Voy a alimentar pájaros —le dijo a Lobsang.

—Buena idea —contestó el monje—. Te acompaño, si no tienes inconveniente.

Ambos caminaron hacia la puerta.

—Eso es lo más importante en este momento, ¿no es así? —señaló Lobsang—. Hacer lo que podamos para ayudar al que nos dejó.

Tenzin asintió.

—E incluso si no necesita tanto nuestra ayuda, es bueno tener algo positivo en qué enfocarse.

—Precisamente —asintió Lobsang—. Algo que no sea uno mismo.

El sonido de sus voces se alejó conforme caminaron por el corredor, y yo me quedé sola encima del archivero, pensando en que nunca volvería a ver a Chogyal. Él jamás volvería a cruzar la puerta, sentarse frente a Tenzin y sacar el resaltador amarillo que creía que era un marcatextos, pero que yo reconocía perfectamente como un juguete que podía ser lanzado de una patadita desde el escritorio hasta la alfombra.

También pensé en la última vez que Chogyal me sostuvo y yo clavé mis garras en su brazo. Estaba muy enojada porque se había llevado la frazada café y, con ella, la última evidencia que quedaba de mi hija. Fui grosera y miserable con él. Ése no era el último recuerdo que quería que tuviera de mí pero ya era demasiado tarde para cambiarlo, ahora sólo podía consolarme con la idea de que la mayor parte del tiempo que pasamos juntos compartimos momentos de felicidad. Cuando el karma nos volviera a reunir en una vida futura, como lo hizo en ésta, la energía entre nosotros sería positiva.



Esa noche observé desde el alféizar de la ventana a los monjes de Namgyal atravesar el patio junto a la gente del pueblo que entró por las puertas del monasterio. No sabía que las oraciones para Chogyal serían abiertas al público, ni cuán conocido y amado era en la comunidad.

Vi llegar más y más gente, y decidí que yo también iría. Entonces bajé y crucé el patio. No pasó mucho tiempo antes de que me encontrara paseando en las escaleras del templo con un grupo de monjas ancianas.

Por la noche el templo tiene algo particularmente mágico, y en esa ocasión, a las grandes estatuas de Buda que estaban al frente, con sus hermosos rostros pintados de dorado, las iluminaba un mar de parpadeantes lámparas de mantequilla tibetanas dedicadas a Chogyal y a todos los seres vivos. También hubo otras ofrendas tradicionales, como alimentos, incienso, perfume y flores, formando parte de aquella misma celebración de los sentidos que hicieron a mis bigotes estremecerse con deleite.

Miré alrededor y vi los grandes *thangkas* sobre los muros con sus vívidas representaciones de deidades como Maitreya, el Buda del futuro; Manjushri, el Buda de la sabiduría; Tara Verde; Mahakhala, el protector Dharma; el Buda de la Medicina, y el venerado maestro Lama Tsongkhapa. Bajo la tenue luz de la noche, las figuras se veían más cerca que durante el día; eran como presencias que flotaban en el

aire y miraban hacia abajo desde sus tronos de loto sagrado.

Muy pocas veces había visto tanta gente en el templo como esa noche. Los ancianos lamas y rinpoches sentados al frente, los otros monjes y monjas y la gente del pueblo sentados en la parte trasera ocuparon absolutamente todo el espacio disponible. Una de las monjas con las que llegué me encontró un lugar en una repisa baja en la parte trasera del templo, y desde ahí pude observar todo lo que sucedió. La gente encendió lámparas de mantequilla, unió sus manos para orar y murmuraron entre sí, y todo esto le otorgó a la velada una fuerte sensación de ser un gran acontecimiento. Sí, había un sentimiento de pérdida, de búsqueda y de profunda tristeza, pero también era posible percibir una corriente subterránea muy distinta. Era evidente que ya se había corrido el rumor de que Chogyal había permanecido en la luz, y por lo tanto, en medio del dolor también había una especie de orgullo apacible, incluso de celebración porque había tenido una muerte así de buena.

A la llegada de Geshe Wangpo hubo un silencio reverencial de inmediato. Luego él tomó su lugar en el trono de la enseñanza —el trono elevado al frente del templo—, e instó a los asistentes a cantar antes de dirigirnos en una breve meditación. Había silencio en el templo pero no inmovilidad; más bien, parecía que una energía peculiar prevalecía en todo el lugar. ¿Habría sido mi sensibilidad felina la única en percibir los cientos de mentes enfocadas en el bienestar de Chogyal?

Geshe Wangpo terminó la meditación tañendo suavemente una campana, y después de leer un breve mensaje del Dalái Lama, quien había enviado sus condolencias y una bendición especial desde Estados Unidos, habló sobre Chogyal en el estilo tradicional tibetano, es decir, habló de su familia en Kham —una provincia hacia el este del Tíbet—, y de los estudios monásticos que comenzó a temprana edad; luego recitó algunas de las enseñanzas clave que Chogyal recibió.

Geshe Wangpo siempre era muy escrupuloso en lo que se refería a seguir la tradición, pero también sabía cómo conectarse con el público, entre el que había muchas personas que no eran monjes, sino simplemente moradores comunes.

—Chogyal sólo tenía treinta y cinco años —dijo en voz baja—. Si tenemos algo que aprender de su partida, y estoy seguro de que eso es lo que él querría que hiciéramos, es que la muerte nos puede llegar en cualquier momento. En general, nunca queremos pensar en esto; claro, aceptamos que la muerte sucederá, pero siempre la vemos como un acontecimiento en un futuro lejano. Esta forma de pensar es muy desafortunada —Geshe Wangpo hizo una pausa para darle más énfasis a sus palabras—. El mismo Buda dijo que la meditación más importante de todas era la que se hace respecto a la muerte. Recordemos que contemplar el fallecimiento de uno mismo no tiene por qué ser algo mórbido o deprimente, ¡al contrario! Sólo cuando enfrentamos la realidad de nuestra propia muerte, aprendemos a vivir.

»Vivir como si fuéramos a durar para siempre, es un desperdicio trágico —continuó—. El año pasado, una de mis estudiantes, una dama que sufría de cáncer

nivel cuatro, estuvo muy cerca de la muerte. Cuando la fui a ver al hospital, era sólo una frágil sombra en una cama, conectada a todo tipo de tubos y equipo. No obstante, tuvo éxito en su batalla contra la enfermedad, y hace poco me dijo algo muy interesante: que la enfermedad había sido el regalo más importante que había recibido porque la obligó a enfrentar de verdad su propia muerte, y sólo entonces comprendió lo maravilloso que era simplemente estar vivo.

Geshe Wangpo guardó silencio para que la gente asimilara su mensaje.

—Ahora esta dama se levanta todos los días con un sentido profundo de gratitud por estar aquí ahora, libre de la enfermedad. Cada día es un premio para ella; ahora está más contenta y en paz consigo misma. No se preocupa tanto por las cosas materiales porque sabe que su valor es limitado y breve. Se ha vuelto una entusiasta practicante de la meditación porque sabe de primera mano que, pase lo que le pase a su cuerpo, la conciencia permanece.

»Las prácticas que nos dan en el Dharma nos ayudan a hacernos cargo de nuestra conciencia. En lugar de ser víctimas de la agitación mental y de los típicos patrones del pensamiento, la meditación nos brinda una valiosa oportunidad de liberarnos y comprender la verdadera naturaleza de nuestra mente. *Esto* es lo único que podemos llevarnos. No es posible llevarnos a nuestros amigos, nuestros seres amados ni nuestros bienes materiales, pero despertar a la realidad de la conciencia como seres radiantes, sin fronteras, y más allá de la muerte, es un logro perdurable. Y con esa conciencia nos damos cuenta de que no hay nada en la muerte que debamos temer —una sonrisa traviesa apareció en el rostro de Geshe Wangpo—. Descubrimos que la muerte, como todo en la vida misma, es tan sólo un concepto.

Geshe Wangpo se llevó la mano al corazón.

—Me gustaría que todos mis estudiantes pudieran experimentar el estar al borde de la muerte porque no hay mejor manera de despertar y aprender a vivir. Quizás algunos, como Chogyal, no necesitan un llamado así. Él practicaba diligentemente, poseía un corazón cálido y también tuvo el increíble buen karma de trabajar algunos años cerca de Su Santidad. Quienes tenemos la fortuna de estar en contacto con el Dalái Lama, no debemos subestimarla.

Me pregunté si Geshe-la estaría dirigiéndome este último comentario. A veces cuando lo escuchaba en el *gompa* —el monasterio—, me parecía que mucho de lo que decía lo dirigía específicamente a mí. Yo era el ser que más tiempo pasaba con el Dalái Lama, ¿pero qué querría decir eso respecto a *mi* karma?

—Seguiremos recordando a Chogyal en nuestras oraciones y meditaciones, particularmente las siguientes siete semanas —continuó Geshe Wangpo, refiriéndose al máximo periodo que se cree que la conciencia permanece en el *bardo*, es decir, en el estado entre el final de una existencia y el inicio de otra—. Asimismo, en nuestro corazón deberemos agradecerle por habernos recordado que la vida es tenue y puede terminar en cualquier momento —enfaticó—. En el Dharma tenemos el término

*realización.* Una realización es cuando nuestra comprensión de algo es más profunda, al punto que modifica nuestro comportamiento. Espero que la muerte de Chogyal nos ayude a alcanzar la realización de que nosotros también moriremos. Esta realización nos ayuda a dejar ir un poco, a experimentar un aprecio profundo, incluso asombro, por estar vivos. No debemos procrastinar nuestra práctica del Dharma: el tiempo es valioso y debemos utilizarlo con sabiduría.

»Quienes estamos aquí esta noche, somos de las personas más afortunadas del mundo porque conocemos las prácticas que nos pueden ayudar a transformar la conciencia y nuestra experiencia de la muerte misma. Si somos tan dedicados como Chogyal, no tendremos nada que temer cuando la muerte llegue. Y mientras sigamos vivos... ¡pues qué maravilla!



A la mañana siguiente, sentada sobre el alféizar de la ventana, vi a Tenzin cruzar el patio media hora antes de lo normal. En lugar de dirigirse directamente a la oficina, como siempre lo hacía, fue al templo, en donde comenzó el día con una sesión de meditación.

Pronto hubo otros cambios. Un día llegó al trabajo cargando un estuche de forma peculiar, el cual apoyó en el muro detrás del lugar en donde Chogyal se sentaba. Lo husmeé con curiosidad y me pregunté qué podría contener. Era más grande que un estuche de *laptop*, pero más angosto que un portafolios, y tenía una protuberancia peculiar en un costado.

A la hora de la comida, Tenzin se retiró a la enfermería, en donde normalmente comía un sándwich mientras escuchaba BBC World Service. Esta vez, sin embargo, desde el otro lado de la puerta cerrada de la enfermería se empezaron a escuchar unos balbuceos y chirridos rarísimos, además de muchos resuellos y soplidos atiplados. Más tarde lo escuché contarle algo al curioso Lobsang:

—He tenido este saxofón guardado en la casa durante veinte años. Siempre había querido aprender a tocarlo. Una de las cosas que aprendí de Chogyal es que...  
—señaló la silla del monje.

—Que no hay mejor momento que el presente —dijo Lobsang, asintiendo—.  
*¡Carpe diem!*



¿Y yo, querido lector? Como no tenía la aspiración de aprender a tocar el saxofón —ni siquiera el flautín—, no planeé renunciar a mis visitas al Himalaya Book Café a la hora del almuerzo.

No obstante, la muerte de Chogyal fue un recordatorio urgente: la vida es finita y cada día es valioso. Simplemente despertar con salud es ya una verdadera bendición, porque la enfermedad y la muerte pueden llegar en cualquier momento.

A pesar de que ya sabía lo anterior —era un tema del que Su Santidad hablaba con frecuencia—, debo decir que hay una gran diferencia entre aceptar una idea y cambiar de comportamiento. Antes había sido complaciente, pero ahora me había dado cuenta de que cada día que gozaba de buena salud y libertad era una oportunidad más para provocar las causas y condiciones adecuadas para un futuro más feliz.

¿Aburrido? ¿Aletargado? Parece tan irrelevante cuando uno recuerda lo rápido que pasa el tiempo. De pronto entendí con una claridad asombrosa que para tener una vida verdaderamente feliz y significativa primero es necesario confrontar a la muerte. Pero hay que hacerlo de forma auténtica, no sólo como una idea porque, después de hacerlo, los cielos crepusculares son más resplandecientes, los rizados de incienso se vuelven más hipnóticos, los bocadillos de salmón ahumado con crema de mostaza del Himalaya Book Café se vuelven tan deliciosos que provocan que los labios me truenen, mis bigotes se estremezcan y mi colita latiguee como nunca.

## CAPÍTULO CINCO



De acuerdo con la agenda, ya habían pasado aproximadamente treinta y cinco de las cuarenta y nueve noches que Su Santidad pasaría fuera y, de repente, comprendí que algo que formaba parte de mi vida se había ido. Se había escabullido tan gradualmente que no me di cuenta de su ausencia sino hasta que ya había desaparecido casi por completo. Sí, mi ronroneo había desaparecido.



A veces, cuando Tenzin dejaba de prestarle toda su atención a la correspondencia de marginal importancia que sostenía con los líderes del mundo y que guardaba en el interior del archivero, y se enfocaba en el ser fundamental recostado sobre este mismo mueble, entonces todavía ronroneaba. De la misma forma seguía demostrando mi aprecio por las deliciosas comidas que me servían en el Himalaya Book Café.

Pero fuera del esporádico ronroneo incidental, había permanecido muda la mayor parte de la semana anterior y, francamente, no me estaba haciendo nada bien. Todo esto me hace volver a la pregunta central de mi indagación: *¿por qué ronronean los gatos?*

La respuesta podría parecer perfectamente obvia, pero como sucede con la mayoría de las actividades felinas, es más compleja de lo que parece. Sí, ronroneamos porque estamos contentos. La calidez del corazón, la intimidad de un regazo, la promesa de un cuenco con leche... todas estas cosas pueden instar a nuestros músculos de la laringe a vibrar con una velocidad impresionante.

Sin embargo, la alegría no es lo único que desencadena el ronroneo. Los gatos ronroneamos de la misma forma que un humano puede sonreír cuando se siente nervioso o quiere apelar a tu bonhomía. Una visita al veterinario o un paseo en coche

también pueden hacernos ronronear para reconfortarnos a nosotros mismos. Y si tus pasos en la cocina te dirigen a una parte de la alacena que no es la de mayor interés para los felinos, entonces es posible que también escuches un ronco ronroneo y nos veas enroscar la colita sugerentemente alrededor de tu pierna o suplicar con un latiguo más imperioso alrededor de tus tobillos.

Los investigadores de bioacústica te dirán algo todavía más fascinante: que la frecuencia del ronroneo de un gato es una terapia ideal para aliviar el dolor, sanar heridas y promover el crecimiento de los huesos. Como ya sabes, querido lector, la estimulación eléctrica se utiliza con cada vez más frecuencia en la medicina; y nosotros, los gatos, generamos ondas sonoras curativas que se pueden aprovechar de la misma manera, sólo que emitimos esta energía de manera natural y espontánea para beneficiarnos a nosotros mismos. (Nota para los amantes de los gatos: si te parece que tu amado felino está ronroneando más de lo normal, quizá debas llevarlo al veterinario porque tal vez te está queriendo decir algo respecto a su salud que tú no has notado.)

Pero además de las anteriores, hay otra razón más para ronronear, y quizá sea la más importante de todas, pero yo no me percaté de ello sino hasta una ocasión en que Sam Goldberg dejó abierta su puerta por error.



Pocas cosas le resultan tan intrigantes a un gato como encontrar entreabierta una puerta que hasta ahora siempre había estado cerrada. A los gatos nos resulta impensable desaprovechar la oportunidad de explorar un territorio desconocido e incluso prohibido, y ésta es la razón por la que resulté afectada aquella tarde en que estaba a punto de volver a Jokhang.

Un día salté del estante de revistas y noté que la puerta detrás del mostrador de la librería estaba abierta, así que me puse a diseñar una estrategia. Yo sabía que la puerta conducía al piso de arriba, y que ahí estaba el departamento de Sam. Lo sabía porque cuando Franc lo contrató para que montara y administrara la librería, el trato que le ofreció incluía la posibilidad de que viviera en el departamento que, hasta ese momento, había servido solamente como bodega.

Sin dudarle, me deslicé a través de la apertura de la puerta y me encontré frente a una escalera con escalones empinados y angostos que estaban cubiertos con una alfombra que tenía olor a moho. Supe que me tomaría un buen rato subir por ahí pero ignoré la rigidez de mi cadera y subí con pasos rotundos hacia la luz que provenía de una segunda puerta en la parte superior de las escaleras. Esta puerta también estaba entreabierta y conducía directamente al departamento de Sam.

A menudo me preguntaba cómo sería el lugar adonde Sam subía porque, desde mi

punto de vista, su vida laboral era bastante aburrida. Aunque a veces hablaba con los clientes, abría cajas recién llegadas de las casas editoriales, y arreglaba los libros en exhibición, la mayor parte del tiempo la pasaba detrás del mostrador, pegado a su computadora, trabajando en algo que continuaba siendo un misterio para mí. Cuando hablaba con Serena a veces usaba términos como *programa para hacer inventarios*, *catálogos editoriales* y *paquete de contabilidad*; y a menudo bromeaba respecto a que, en cuanto se sentaba frente al teclado y la pantalla, se convertía en un *geek* fuera de control.

¿Pero era un *geek* todas esas horas? ¿Todos los días? El tiempo que pasaba frente a la computadora estimuló mi deseo de averiguar qué había en la parte superior de las escaleras.

Sam tenía una mente interesante, de eso no había duda. A veces, después de sostener con él una conversación sobre temas como la manifestación espontánea de símbolos tibetanos en las paredes de algunas cavernas; o las similitudes entre las biografías y las enseñanzas de Jesús y Buda, la gente decía que era un pensador asombroso. Por eso me preguntaba si su departamento sería igual de interesante.

Para cuando llegué a la cima de las escaleras, todavía seguía dándole vuelta a las posibilidades. Como comprendí que mi aparición sería inesperada, avancé sólo unos centímetros con extremo cuidado y pasé apretujada entre la puerta y el marco; entonces me encontré en una habitación amplia, amueblada exiguamente. Las blanquísimas paredes estaban desnudas, libres de cualquier imagen. Al lado izquierdo de la habitación había una cama matrimonial cubierta con un deslavado edredón azul. En la pared de la derecha había dos ventanas con persianas de madera, y contra el muro al otro lado de la entrada se apoyaba un escritorio con tres grandes monitores de computadora. Sam estaba sentado frente al escritorio, dándome la espalda, y alrededor de él, el piso estaba cubierto con una maraña de cables y equipo de cómputo.

¿Entonces *así* pasaba las noches Sam? ¿Sólo cambiaba su asiento frente a la computadora de la librería por otro frente a la de su departamento? En una esquina había un puf, pero por lo que pude ver, el hombre pasaba la mayor parte del tiempo mirando la pantalla. De hecho, en ese momento estaba participando en una videoconferencia; en las pantallas pude ver las imágenes en miniatura de las otras personas. Yo ya lo había escuchado explicarle a Serena que ésa era la manera en que se mantenía en contacto con los autores, y que a veces le servía para convencer a los que casualmente paseaban por la India de que visitaran la tienda para dar una conferencia o para llevar a cabo una firma de libros.

Como Sam estaba absorto en la videoconferencia, yo pude echar un vistazo a su habitación. Un grupo de pequeños objetos redondos de color amarillo brillante, captó mi atención, y de inmediato los reconocí porque los había visto en un segmento deportivo en televisión: ¡eran bolas de golf! Además de las bolas, también había un

palo recargado contra el marco de la puerta.

Me arrastré sigilosamente hacia las pelotas, y cuando estuve cerca me agache, adopté la actitud de una bestia selvática y salté sobre ellas. Una salió disparada y patinó sobre el piso hasta que chocó con el zoclo de la pared de enfrente y produjo un intenso porrazo.

Sam giró y me sorprendió envolviendo otra pelota con las patas, y con la boca abierta, a punto de dar una mordida.

—*¡Rinpoche!* —exclamó, mientras nos miraba alternadamente a mí y a la puerta abierta. Le di un zarpazo a la pelota y corrí precipitadamente alrededor del cuarto en un ataque frenético hasta que salté a su cama.

Sam sonrió.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz proveniente de las bocinas.

Sam enfocó la cámara en mí por un instante.

—Es una visitante inesperada.

Y entonces escuche un coro de «¡Ohhh!» y «¡Ahhh!» proveniente de varias partes del mundo.

—No sabía que te gustaban los gatos —dijo un hombre con acento estadounidense.

Sam sacudió la cabeza.

—En general no, pero ella es muy especial porque, verán, se trata de la gatita del Dalái Lama.

—¿Y te va a visitar a tu *casa*? ¿*A ti*? —preguntó alguien con incredulidad.

—¡Qué maravilla! —exclamó alguien más.

—Es adorable —murmuró admirada una tercera persona.

Durante el tiempo que les tomó a todos asimilar esta noticia de impacto global hubo gran emoción, pero cuando la conversación volvió a la normalidad, yo regresé a las bolas de golf. No me había dado cuenta de lo reconfortantemente sólidas que eran. ¡Y qué poco peso tenían! Ahora sabía por qué los golfistas podían hacerlas volar a tanta distancia.

Luego golpeé otra pelota que se deslizó hasta llegar a un vaso negro de plástico; pero se pasó de largo, golpeó el zoclo y regresó como de rayo hasta mí. Me asusté y di un salto, haciéndome a un lado justo a tiempo. Entonces noté que el golf podía ser impredecible y peligroso de una manera que jamás me habría imaginado.

Cuando me aburrí de las pelotas, deambulé por un corredor hasta que encontré la cocina. A diferencia de las cocinas de Jokhang que estaban en uso constante, y en las que siempre se podía detectar una atractiva mezcla de aromas, la de Sam resultaba estéril y desangelada, posiblemente porque él comía la mayoría de las veces en el café. En el bote de basura vi algunas latas de cerveza y un bote de helado vacío. No había nada intrigante en ese lugar.

Deambulé en busca de otras habitaciones pero no había más. De repente, uno de

los conferenciantes dijo:

—La psicología sigue siendo una ciencia en pañales. Freud acuñó el término «psicoanálisis» apenas hace cien años, y desde entonces los especialistas se han enfocado en ayudar a personas con desórdenes mentales graves. Hasta hace muy poco no habíamos visto tendencias como la de la Psicología Positiva, que no se concentra en ir del menos diez al cero, sino del cero al más diez.

—En maximizar nuestro potencial —comentó alguien, interrumpiendo.

—Y alcanzar un nivel de mayor prosperidad —agregó otra persona.

—Lo que no comprendo —continuó diciendo Sam— es por qué, a pesar de toda la investigación que se ha realizado en las últimas décadas, todavía no parece haber una fórmula para la felicidad.

Abandoné lo que estaba haciendo. ¿Fórmula para la felicidad? Eso era *tan* Sam, con sus programas, códigos y algoritmos. Como si la felicidad pudiera reducirse a una serie de datos científicos.

—Bueno, *existe* una ecuación —dijo el hombre al centro de la pantalla de Sam—, pero como sucede con la mayoría de las fórmulas, necesita ser explicada.

¿En serio? No estaba segura de que el Dalái Lama conociera esa fórmula, pero la simple idea de que existiera tal cosa me hizo aguzar las orejas.

—La fórmula es  $F$  igual a  $B$  más  $C$  más  $V$  —dijo el hombre al mismo tiempo que tecleaba. La fórmula apareció en la pantalla—. La felicidad ( $F$ ) es igual a lo que se conoce como *punto de ajuste biológico* ( $B$ ), más las condiciones de tu vida ( $C$ ), más tus actividades voluntarias ( $V$ ). De acuerdo con esta teoría, todo individuo tiene un punto de ajuste biológico o nivel promedio de felicidad. Algunas personas son más animadas y alegres por naturaleza, lo que las coloca en un extremo de la curva gaussiana que tiene forma de campana. Otros tienen un temperamento melancólico y se encuentran en el extremo opuesto. La gran mayoría de las personas, sin embargo, nos encontramos en algún lugar a la mitad de la curva. Este punto de ajuste es nuestra norma personal, es decir, el nivel base de bienestar subjetivo al que solemos regresar después de experimentar los triunfos, tragedias y altibajos de nuestra vida cotidiana. Es posible que ganar la lotería te haga feliz por algún tiempo, pero las investigaciones demuestran que tarde o temprano volverás a tu punto de ajuste.

—¿Existe alguna manera de cambiar el punto de ajuste? —preguntó una joven con acento británico—, ¿o debemos conformarnos con el que tenemos?

Para poder seguir mejor la discusión, salté del piso a la cama, y de ahí al escritorio.

—La meditación —dijo un hombre de brillante calva y piel resplandeciente—. La meditación tiene un impacto muy fuerte. Los estudios han demostrado que los puntos de ajuste de la gente con amplia experiencia en la meditación, exceden los estándares de manera positiva.

*Sí, pensé, ¡Su Santidad sabe mucho al respecto!*

—En cuanto a las condiciones,  $C$  —continuó el hombre que había explicado la

teoría del punto de ajuste—, podemos decir que hay elementos que no podemos controlar como, por ejemplo, género, edad y orientación sexual. Dependiendo de en qué parte del mundo naciste, estos factores pueden tener, o no, un impacto importante en tu nivel de felicidad probable.

»Las variables voluntarias o V —agregó—, incluyen actividades que cada quien elige realizar, como ejercicio, meditación, aprender a tocar el piano o involucrarse en alguna causa. Estas actividades exigen atención constante, lo que significa que no te acostumbras a ellas de la misma manera que lo haces a un coche nuevo o a una novia, es decir, la novedad no se acabará de repente.

Los participantes de la conversación global se rieron.

El hombre continuó.

—Si tomamos la fórmula de la felicidad someramente, podemos ver que, aunque hay ciertos elementos que no se pueden modificar, hay otros que sí. Lo importante es enfocarse en aquello que podemos cambiar y que tiene un impacto positivo en nuestros sentimientos de bienestar.

De pronto, el explosivo sonido de platillos y de un corno tibetano me recordó la ceremonia que se llevaba a cabo en el Monasterio de Namgyal ese día. Todos los monjes asistirían a una comida para celebrar a los Geshes graduados recientemente tras catorce años de estudios. Para ese momento ya sabía por experiencia que rondar por las cocinas del monasterio en ocasiones como ésta podía resultar muy provechoso, por lo que decidí saltar del escritorio de Sam hasta el suelo y dirigirme a las escaleras. No obstante, continué reflexionando sobre la fórmula de la felicidad. Era una perspectiva interesante, no muy distinta a lo que solía decir Su Santidad. Al parecer, las investigaciones contemporáneas de Occidente y la sabiduría antigua del Este estaban llegando al mismo lugar.



Varios días después, Bronnie Wellensky llegó al café con un nuevo volante para pedir que se colocara en el pizarrón de anuncios. Bronnie era una chica canadiense de veintitantos años que coordinaba un programa caritativo de educación y utilizaba el pizarrón del café para colocar información para los turistas y anunciar actividades como visitas a los centros artesanales o conciertos de artistas locales. Era una joven bulliciosa, jovial y energética con despeinado cabello que le llegaba a los hombros. Aunque sólo llevaba seis meses en Dharamsala, ya estaba increíblemente bien conectada.

—Esto es perfecto para ti —le gritó a Sam desde el pizarrón, donde estaba pegando un volante.

Sam dejó de mirar la pantalla para ver a la chica.

—¿De qué se trata?

—Necesitamos maestros voluntarios que den clases de computación básica a los adolescentes locales porque queremos que los chicos aumenten su probabilidad de conseguir empleo.

—Pero yo ya tengo un trabajo aquí —contestó Sam.

—Es sólo un medio tiempcito —explicó Bronnie—. Son como dos tardes a la semana. Incluso una tarde ya sería genial.

En cuanto la chica pegó bien el volante en el centro del pizarrón, caminó por el café hasta llegar al mostrador de la librería.

—Yo nu... nunca le he dado clases a nadie —le dijo Sam—. Es decir, no estoy preparado para ello. No sabría ni por dónde empezar.

—Pues por el principio —respondió ella velozmente con una deslumbrante sonrisa que contrastaba con la expresión de incertidumbre de Sam—. No importa que no hayas dado clases antes porque estos chicos no saben nada; sus familias ni siquiera tienen computadoras en casa, así que *cualquier* cosa con la que puedas ayudarles sería como... guau. Disculpa, no sé cómo te llamas —dijo, extendiendo la mano por encima del mostrador—. Yo soy Bronnie.

—Sam.

Sam pareció notar a la chica por primera vez hasta que estrechó su mano.

—Te he visto trabajar en la computadora —dijo ella.

Él levantó las manos en un gesto de redención.

—Lo admito, soy un *geek*, un obsesivo de la informática.

—No quise decir eso —explicó ella, alegremente.

—Pero es la verdad —repuso él encogiéndose de hombros.

Bronnie le sostuvo la mirada y agregó:

—No tienes idea de cuánto podrías ayudar a estos chicos. Incluso los conocimientos que te resultan triviales serían una revelación para ellos.

Yo sabía bien cuál podía ser la causa por la que Sam se estaba negando. Alguna vez les dijo a Franc y a Geshe Wangpo que él sencillamente no era el tipo de persona que podía «llevarse con la gente». Y aquí de pronto llega Bronnie a pedirle que se pare frente a un grupo y dé clases.

La chica no había despegado su vista de él y continuaba con esa cálida sonrisa en el rostro.

—De todas las actividades voluntarias que podrías realizar, ésta sería en la que mejor estarían aprovechadas tus habilidades.

Fue esa palabra que empezaba con *V* lo que cambió la perspectiva. *Voluntarias*. Bronnie no tenía idea de que acababa de darle al clavo al mencionar una de las variables fundamentales de la fórmula de la felicidad.

—Y yo te ayudaría, por supuesto —continuó.

¿Habría notado la chica que la resistencia de Sam comenzaba a resquebrajarse?

—La gente del café internet al otro lado de la calle va a colaborar prestando las instalaciones —explicó Bronnie—. Sólo sería una hora por la tarde, casi al anochecer. Tendrías que enseñar a usar el procesador de palabras y tal vez las hojas de cálculo. Este tipo de cosas.

Sam asentía pero no había dicho una palabra.

—Ay, *porfa*, ¡dime que sí! —insistió con entusiasmo.

Entonces se formó una sonrisa en las comisuras de la boca de Sam.

—De acuerdo —dijo, mirando hacia abajo, al mostrador—, lo haré.



Sam se tomó muy en serio sus responsabilidades como maestro. Poco después de la visita de Bronnie ya había descargado algunos tutoriales para principiantes, había visto videos de YouTube sobre los rudimentos de la enseñanza, y también había empezado a hacer anotaciones. Varias veces, en los momentos de menos trabajo en el café, lo escuché preguntándoles a los meseros sobre alguna palabra o concepto porque quería saber si estaba utilizando términos comprensibles para los jóvenes indios.

No sé cuándo tuvo lugar la primera clase de computación de Sam, pero creo que debe haber sido una tarde poco después de que yo ya había regresado a casa, en Jokhang. Las clases, sin embargo, tuvieron un impacto notable en él. Comenzó a pasar menos tiempo detrás del mostrador de la librería y a hablar más con los clientes. También su postura cambió: por alguna razón se veía más alto.

Las primeras clases salieron suficientemente bien para mantenerlo involucrado. Lo supe por un comentario que hizo Bronnie una mañana en la que fue a visitarlo al café.

—¡Estuviste *asombroso* anoche! —le dijo, con ojos titilantes.

—Ay, no, yo sólo...

—¡Dos horas de preguntas! —dijo ella entre risas—. Nunca se había visto algo así.

—Todos parecían estarse divirtiendo.

—¿Incluso el *geek* que no sabe dar clases?

—Incluso el *geek*.

—*Particularmente* él, diría yo.

Bronnie se inclinó sobre el mostrador, tomó su mano y le dijo algo que lo hizo estallar de risa. ¡Sí, Sam estaba riéndose a carcajadas! No lo habría creído si no lo hubiera escuchado yo misma con mis aguzadas orejitas color carbón.

Algo estaba sucediendo, querido lector, algo que comenzaba con *V* pero no terminaría ahí. Al menos, no si mi intuición felina era suficientemente confiable.



Mis sospechas se confirmaron en la sesión de chocolate caliente al final del día. Sucede que Lobsang también estaba en la librería ese día y Serena le pidió que los acompañara. Él aceptó. Cuando Sam vio a Lobsang y a Serena sentados uno junto al otro en el sofá, abrió la puerta que llevaba a su departamento, y luego se oyó un estruendo sobre la escalera mientras él subía. Primero se escucharon voces apagadas en la parte superior de la librería, y luego el sonido de los pasos de Sam al bajar. Venía acompañado de alguien.

Me quedé fascinada al ver a Bronnie. Era la primera vez que la veía con el cabello brillante y bien peinado; además, su rostro lucía transformado por el maquillaje. Estaba vestida con *jeans* entallados y una linda blusa.

—Ella es Bronnie —dijo Sam al presentársela a Lobsang. No fue necesario que se la presentara a Serena porque ellas ya se habían visto anteriormente—. Es mi novia —añadió.

Bronnie lo miró con una expresión adorable.

Sam resplandecía.

Lobsang juntó sus palmas justo a la altura del corazón y se inclinó.

Serena rio sutilmente.

—¡Me alegro por ambos! —exclamó.

Luego se sentaron todos y Kusali ejecutó el ritual del final del día con el tradicional chocolate, las galletas para perro y mi cuenco de leche.

Lobsang miró alternadamente a Bronnie y a Sam con una sonrisa apacible.

—Bueno, ¿y en dónde se conocieron?

—Yo necesitaba voluntarios para mi programa de enseñanza de computación —explicó Bronnie—. Estamos tratando de lograr que algunos de los chicos del lugar se preparen para conseguir trabajo, y Sam aceptó el reto.

Sam sonrió.

—Decir que buscaba «voluntarios» es sólo una manera de explicarlo: Bronnie no estaba dispuesta a aceptar un «no» como respuesta.

—Puedes dejar la actividad en cuanto quieras —dijo ella en tono de broma. Luego miró a Serena y a Lobsang y agregó—: pero no lo hará porque es un maestro increíble y los chicos lo adoran.

Sam miró al suelo.

—Incluso ya le pusieron un apodo.

—¡Eh, detente! —dijo Sam.

—La segunda o tercera tarde que estuvo ahí...

—¡Bronnie!

—...decidieron que lo llamarían *Supergeek*. Lo dicen con mucho cariño, claro. Serena se rio.

—Por supuesto.

Bronnie era implacable.

—Sam tiene una forma genial de explicar los conceptos. Incluso es posible ver los focos encenderse en un santiamén —dijo la chica, chasqueando los dedos.

—Sólo estoy siguiendo las notas de algunos cursos que encontré en internet —dijo Sam en tono de protesta porque sintió la necesidad de calmar el entusiasmo de su novia aunque cuando se apoyó sobre el respaldo del sofá era evidente que disfrutaba de la atención.

—Pero lo más importante que les estás dando a los chicos, más allá de la información técnica —continuó Bronnie—, es la confianza en sí mismos, esa sensación de que, independientemente de que hay muchas cosas que no saben, pueden llegar a dominarlas con facilidad. Y eso es invaluable.

—Entonces descubriste una vocación genuina —señaló Lobsang.

Sam asintió.

—Así es. Es decir, amo los libros pero me he dado cuenta de que también disfruto de enseñar. Es como si se me hubiera abierto toda una nueva dimensión gracias a Bronnie.

—Querrás decir gracias a la Fórmula —dijo Bronnie en tono irónico.

—¿La Fórmula? —preguntó Serena.

—Sam dijo que sólo quiso participar porque fui demasiado insistente —explicó Bronnie—, pero después admitió que realizar actividades voluntarias formaba parte de la fórmula de la felicidad.

—Eso suena muy interesante —dijo Lobsang—. Explícanos por favor, Sam.

Entonces Sam les contó todo sobre los puntos de ajuste, las condiciones y las variables voluntarias. Yo terminé de beber mi leche, me lavé la cara y salté al regazo de Serena, el cual amasé un poco antes de sentarme a mis anchas.

Sam les explicó la fórmula con mucha más autoridad que antes cuando solía explicar cualquier cosa, y cuando terminó, Lobsang dijo:

—Entonces, ¿ayudar a los estudiantes a conseguir empleo sería la actividad voluntaria en tu caso? O sea, ¿la variable V?

—Exactamente —asintió Sam.

—De hecho ya hay una empresa que nos dijo que contrataría a nuestros tres mejores estudiantes —dijo Bronnie.

—¡Es un ejemplo maravilloso! —exclamó emocionado Lobsang, aplaudiendo con deleite—. Lo que más me gusta es que, al beneficiar a otros, ¡ustedes se han beneficiado también! —agregó, señalando a Sam y Bronnie como pareja—. Conozco unos versos que me parece que vienen al caso; son acerca de la forma en que el trabajo se convierte en amor visible.

Lobsang recitó el verso:

*—Es tejer la tela con los hilos que has tomado del corazón,  
como si tus seres amados fueran a vestirla.*

*Es construir una casa con afecto,  
como si tus seres amados fueran a morar en ella.*

*Es sembrar las semillas con ternura y levantar la cosecha  
con gozo,*

*como si tus seres amados fueran a comer los frutos.*

—Qué hermosos versos, Lobsang —dijo Serena, mirándolo con afecto—. ¿Milarepa? —preguntó. Se refería al sabio budista conocido por sus versos.

Lobsang sacudió la cabeza.

—No. Son versos de Gibran Jalil Gibran. Amo su poesía —Lobsang miró a la lejanía mientras reflexionaba sobre las trascendentales palabras que acababa de citar.

—A mí también me gusta mucho —dijo Sam—. Jalil Gibran es un gusto peculiar para un monje budista —y cuando notó las miradas inquisitivas alrededor de la mesa, añadió—: buena parte de la obra de Gibran es romántica. Sensual.

—Así es —musitó Lobsang. Hizo una pausa y agregó—: a veces me pierdo en su poesía y olvido que soy esto o aquello. Al final, me descubro pensando que quizá no es necesario ser monje.

Nadie esperaba que Lobsang hiciera una confesión. Por primera vez, me pareció que lucía peculiarmente vulnerable.

Serena se estiró y estrujó su mano.

Yo miré a Lobsang desde el regazo de ella y empecé a ronronear.



Así es, querido lector, ésta es otra de las razones por las que los gatos ronroneamos. De hecho, tal vez sea la razón más importante: ronroneamos para hacerte feliz. El ronroneo es la actividad voluntaria con que te recordamos que te amamos y que eres especial, que no debes olvidar lo que sentimos por ti, particularmente cuando te sientes vulnerable.

Al ronronear, incluso nos aseguramos de que tengas buena salud. Varios estudios demuestran que tener compañía felina reduce el estrés y disminuye la presión sanguínea de los humanos. Los dueños de gatos tienen mucho menos probabilidades de sufrir ataques cardíacos que la gente que vive sin nuestra compañía. Podrías llamarle, si gustas, la *ciencia* del ronroneo. Aunque la ciencia y el arte no siempre parecen tener mucho que ver entre sí, en este caso convergen de una forma que mejora muchísimo la vida.

Mientras estaba sentada en el regazo de Serena y ronroneando cada vez con más ahínco, recordé las palabras de Jalil Gibran. Me pregunté si el gran poeta habría tenido compañía felina. De ser así, ¿qué habría escrito respecto a la razón más importante que tienen los gatos para ronronear? ¿Habría sido algo así?:

*Es para sanar el cuerpo, apaciguar la mente y brindar gozo al corazón, porque el regazo en el que estás recostado, es el de tu ser amado.*

## CAPÍTULO SEIS



Desperté de la siesta que siempre tomaba después de la comida al escuchar una voz conocida y el acompañamiento de costumbre: los tintineos de unos doce brazaletes chocando entre sí. La señora Trinci visitó el café y traía noticias muy emocionantes:

—¡Ya salió de su retiro!

Serena y su madre estaban paradas muy cerca de mí, junto al estante de revistas.

—¿Después de diez años? —la expresión de Serena era una mezcla de asombro y deleite.

—*Doce* —la corrigió su madre.

—La última vez que lo vi fue... —Serena miró arriba, tratando de calcular el tiempo—. Antes de irme a Europa.

—*Sí* —asintió su madre.

—¿Quién te dijo? —preguntó la joven chef.

—Dorothy Cartwright. Pasé a verla esta mañana. Está ocupadísima con los preparativos.

—¿Entonces se va a quedar con...?

—*Sí*, ¡con los Cartwright! —dijo la señora Trinci con un intenso brillo en los ojos.

—¿Y cuándo va a...?

—¡Hoy! —las mejillas de la señora enrojecieron—. ¡Ahora mismo viene en camino de Manali!

Más adelante me enteré de que el causante de todo ese alboroto era Yogui Tarchin. *Yogui* era un término informal que había adquirido con el paso de los años, conforme sus habilidades como maestro de meditación fueron reconocidas y, posteriormente, veneradas cada vez más. La inclinación del yogui a practicar la meditación se hizo evidente desde que era un niño de cinco o seis años y vivía en la provincia Amdo del Tíbet. En lugar de correr por el campo con los otros chicos de su edad, o de jugar con los juguetitos de madera que su padre tallaba, el yogui se iba a una pequeña cueva al lado de la montaña que se encontraba detrás de su casa, y se

sentaba sobre una roca a cantar mantras.

A los veintitantos años llevó a cabo su primer retiro prolongado, el cual implicó que se aislara del mundo durante el típico periodo de tres años, tres meses y tres días. Después de ese retiro, realizó muchos más. El yogui también sufrió una tragedia personal muy fuerte, ya que perdió a su esposa y sus dos pequeños hijos antes de cumplir los treinta años: el autobús en que viajaban se desbarrancó, y todos los tripulantes fallecieron.

La familia Cartwright, de McLeod Ganj, patrocinaba los retiros del yogui Tarchin. Helen, la hija de la familia, era amiga de Serena, quien conoció al yogui a los diez años, en una ocasión que tomaron té con la familia. Serena se sintió atraída inmediatamente por aquel hombre delgado y modesto casi al punto de la vergüenza. A pesar de que en aquel tiempo el inglés del yogui era muy limitado, Serena, al igual que mucha gente más, respondía a su presencia. Su atractivo no radicaba solamente en la calidez de sus ojos color café, sino también en la sensación de atemporalidad que transmitía: un sentimiento muy difícil de describir con palabras. Al encontrarse cerca de él, se tenía la impresión de que el mundo que uno conocía era tan ilusorio como las nubes que pasaban por el cielo, y que detrás de la apariencia había una realidad con una brillantez tan expansiva que le quitaba a uno el aliento. Yogui Tarchin ofrecía un puente a esta realidad. Como los Cartwright y los Trinci eran amigos, estos últimos habían tenido la oportunidad de recibir al yogui en su casa. Cada vez que regresaba de los prolongados periodos que pasaba en Ladakh, Bután o Mongolia, se daba tiempo para ver a los Trinci a pesar de que su estatus como una autoridad en la meditación crecía cada vez más, y de que al otro lado de su puerta se formaban largas filas de gente —monjes y practicantes legos de todo el mundo— que venía en busca de sus enseñanzas o bendiciones.

Las historias acerca de Yogui Tarchin eran legendarias. En una ocasión se le apareció a uno de sus estudiantes en un sueño, e insistió tanto en que el monje visitara a su avejentada madre de inmediato, que éste comenzó el viaje de dos días a Assam a la mañana siguiente. Pero cuando llegó no encontró nada fuera de lugar: su madre estaba bien de salud y se sentía cómoda con su rutina. En el segundo día de su visita, sin embargo, una fuerte tormenta azotó a toda la región y provocó inundaciones inesperadas que condujeron a un deslizamiento de tierra. De pronto, la casa de su madre —que llevaba medio siglo fija a la colina— se tambaleó peligrosamente hacia la catástrofe. Si el monje no hubiera estado ahí para proteger a su madre, ella habría terminado muerta con toda seguridad.

También había otra historia sobre un estudiante que realizó un retiro solitario de tres meses en una cueva en Ladakh. Cuando regresó a su monasterio y los otros monjes le preguntaron quién le había proveído la comida en ese tiempo, él respondió que Yogui Tarchin lo había alimentado cada vez que había ido a darle sus enseñanzas de costumbre. Lo anterior no parecía tener nada de peculiar, excepto por el hecho de

que los monjes le dijeron que Yogui Tarchin no había faltado a una sola de las sesiones de meditación que tuvo con ellos los últimos tres meses en el *gompa*, a ochenta kilómetros de distancia. La única manera en que el yogui habría podido cubrir esa distancia sin carreteras ni transporte era por medio del *lung-gom-pa*, una técnica con la que los practicantes más adeptos pueden transportarse a velocidades súper humanas sin esfuerzo.

Luego también estaba la anécdota del filántropo norteamericano que había recolectado donaciones para una escuela en Tíbet que Yogui Tarchin le estaba ayudando a restaurar. El benefactor quería ofrecerle la donación en persona al yogui cuatro meses después, cuando visitara la India; Yogui Tarchin le dijo que cambiara el dinero a dólares australianos, y aunque el benefactor se sorprendió por la petición, sabía que lo mejor era obedecer sin cuestionar, y por eso siguió las instrucciones al pie de la letra. Durante los siguientes tres meses el valor de la divisa australiana se revalorizó en 15 por ciento, y al final del periodo Yogui Tarchin envió un mensaje diciendo que ya se podía cambiar el dinero a rupias indias. El yogui era bien conocido por su habilidad en el intercambio de divisas, pero también en los idiomas, el comercio y cualquier otra actividad mundana en que decidiera involucrarse. Quizá no había pasado mucho tiempo en el mundo normal, pero lo entendía a la perfección.

Como Yogui Tarchin era lego —a los legos también se les llama *cabeza de familia*, en el budismo tibetano—, necesitaba mantenerse, y por ello, en el pasado había tenido ocasionales empleos de oficina entre un retiro y otro. No obstante, su enfoque principal se mantenía en la meditación, y más recientemente, en cuatro retiros consecutivos de tres años cada uno, durante los cuales sus modestas necesidades fueron satisfechas por los Cartwright. Nadie había visto a Yogui Tarchin en más de doce años. Si ya había sido capaz de los logros más asombrosos antes de este periodo, ¿qué más podría lograr al final?

Al regresar a Jokhang descubrí que Serena no era, para nada, la única en hacerse estas preguntas: en la oficina de los asistentes ejecutivos, Tenzin y Lobsang también hablaban acerca de Yogui Tarchin. Nadie sabía cuánto tiempo pensaba quedarse en McLeod Ganj, pero le enviarían una carta para pedirle que se quedara por lo menos hasta el regreso del Dalái Lama. Su Santidad seguramente querría volver a verlo.

A la mañana siguiente me senté a tomar el sol en el templo mientras los monjes iban llegando a la sesión de meditación del mediodía. En varias ocasiones escuché el nombre de Yogui Tarchin, junto con las historias sobre sus asombrosos poderes. Fue entonces que decidí conocerlo en persona. Los rumores y reportes de segunda mano son bastante confiables, pero no hay nada como la experiencia directa de sentarse en el regazo de una persona para sentir cómo es en realidad. Serena ya había apartado una reunión con el místico personaje. Siendo niña fue practicante del budismo y amiga cercana de Yogui Tarchin, pero el tiempo que pasó en Europa la llenó de dudas que se convirtieron en obstáculos para su práctica, y ni mencionar que ahora

había otros asuntos más personales sobre los que quería que el yogui le aconsejara.

Así pues, dos días después me encontré en el hogar de los Cartwright, no muy lejos del Monasterio de Namgyal. Su hogar era una antigua villa llena de recovecos, con techos de lámina planchada y pulidos pisos de duela cubiertos con alfombras indias de intrincados tejidos. Dorothy Cartwright y yo nos habíamos visto en numerosas ocasiones debido a las visitas que ella hacía al Himalaya Book Café, y aunque tal vez le sorprendió descubrirme siguiéndole la pista de cerca a Serena, mantuvo la puerta abierta para que yo pasara, de la misma manera que lo habría hecho con Su Santidad.

Minutos después, Serena ya estaba quitándose los zapatos frente a una puerta de madera en el interior de la casa de los Cartwright, la cual tocó con manos ligeramente temblorosas.

Yogui Tarchin la invitó a pasar y ella giró la perilla y entró en una habitación que parecía sacada de otra época. Era un lugar grande y espacioso, iluminado solamente por tres angostos paneles de ventanas que resplandecían como barras de oro y proyectaban un brillo etéreo sobre el sofá cama casi al ras del suelo en donde el yogui estaba sentado con las piernas cruzadas. Yogui Tarchin llevaba una deslavada camisa color carmesí cuyo alto cuello tipo Nehru de color neutro hacía que la atención se concentrara en un rostro tan ecuánime como atemporal. Cuando sus oscuros ojos cafés se encontraron con los de Serena, su rostro se iluminó con tanta calidez que el aire en la habitación pareció bailar lleno de gozo.

Serena se arrodilló sobre la alfombra frente a Yogui Tarchin, se llevó las manos al corazón y se inclinó con vehemencia. El yogui se estiró y tomó las manos de la chica entre las suyas al mismo tiempo que sus frentes se tocaron. El yogui y Serena permanecieron así durante un prolongado periodo, mientras los hombros de ella no dejaron de sacudirse y las lágrimas no pararon de rodar por sus mejillas.

Finalmente, Serena se enderezó y contempló la mirada infinitamente compasiva del yogui. Estando ahí los dos sentados, las palabras fueron innecesarias; una conversación ordinaria resultaba superflua ante la profundidad con que sus almas se abrazaron.

Después de un rato, Yogui Tarchin habló:

—Mi querida Serena, trajiste a alguien contigo.

Ella volteó y me vio sentada junto a la puerta.

—Creo que quería conocerte.

Él asintió.

—Es muy especial —agregó Serena.

—Ya veo.

—Es la gatita de Su Santidad —explicó la joven—, pero cuando él está de viaje, ella pasa bastante tiempo con nosotros —Serena hizo una pausa—. ¿Está permitido que...?

—No necesariamente —dijo él—, pero como veo que es tu hermanita...

¿*Hermanita*? Por ahí se decía que Yogui Tarchin, al igual que otros maestros que habían alcanzado la iluminación, era clarividente. ¿O estaría hablando con una metáfora? Cualquiera que fuera el caso, no necesité mayor invitación, así que me lancé hacia él, salté a su sofá y olfateé su camisa. Olía a cedro con, tal vez, un toque de cuero, como si hubiera estado colgada en una alacena durante mucho tiempo.

El mero hecho de estar físicamente cerca de Yogui Tarchin, era ya una experiencia extraordinaria. Parecía manar una energía particular, de la misma forma que sucedía con Su Santidad. Además de una sensación de paz marina, también transmitía un sentimiento de atemporalidad, como si ese exaltado estado de sabiduría hubiera existido por siempre de la forma que existía ahora, y que seguiría existiendo hasta la eternidad.

Cuando le preguntó a Serena por su madre, confirmé mi sospecha de que, en donde realmente quería sentarme, era su regazo, por lo que me acomodé sobre la frazada que tenía extendida sobre las piernas, y él me acarició suavemente. La sensación de su mano contra mi pelaje provocó un escalofrío de alegría que recorrió todo mi cuerpo.

—Doce años es muchísimo tiempo —dijo Serena—. Son cuatro retiros consecutivos. ¿Puedo preguntar por qué decidió continuar?

En el aire de la tarde se escuchó el trinar de un cuclillo.

—Porque podía hacerlo —dijo Yogui Tarchin con sencillez. Luego, al ver el rostro perplejo de Serena, añadió—: era una oportunidad valiosísima. Quién sabe cuándo vuelva a encontrarme en circunstancias similares.

Ella asintió. Estaba pensando en las implicaciones de pasar doce años sin contacto humano, sin televisión, radio, periódicos o internet; doce años sin salir a cenar a un restaurante o ver un espectáculo; doce años sin cumpleaños, navidades, días de Acción de Gracias u otras festividades. La mayoría de la gente pensaría que una privación sensorial como esa es una forma de tortura, pero Yogui Tarchin se había sometido a ella voluntariamente, y el efecto trascendental que tuvo en él, era palpable.

No obstante, había un velado tema negativo que molestaba a Serena.

—Supongo que para un practicante avanzado de la meditación como usted —dijo, al mismo tiempo que le hacía una reverencia al yogui—, este tipo de entrenamiento resulta muy útil, pero para alguien como yo... —era como si la joven no pudiera expresar sus dudas.

Yogui Tarchin sonrió, se inclinó al frente y tocó su mano.

—¿Quién es más importante —preguntó—, el doctor o el asistente de primeros auxilios?

Ella pareció sorprenderse por la pregunta.

—El doctor —respondió de inmediato, pero después dudó—. Aunque, si alguien

sólo necesitara atención menor...

—Ambos son útiles —confirmó él.

Ella asintió.

—El entrenamiento para brindar primeros auxilios dura, no sé, ¿algunos días? ¿Pero cuánto toma estudiar medicina?

—Siete años. Más si se estudia una especialización —respondió Serena.

—¿Y no es eso una pérdida de tiempo? ¿Pasar siete años estudiando, cuando se podría comenzar a ayudar a la gente en tan sólo unos días?

Pasó un rato durante el que Serena absorbió el verdadero significado de lo que estaba diciendo el yogui.

—¿Por qué todos estos practicantes de la meditación... —dijo él, con un gesto que abarcaba la región del Himalaya y todavía más allá—, ¿por qué no están trabajando para una caridad?—. Eso es justo lo que piensan algunas personas: que ayudar a distribuir comida y construir albergues para quienes no tienen hogar es mucho mejor que tener pegado el trasero al suelo todo el día.

Serena rio al recordar cuán franco siempre había sido Yogui Tarchin.

—Es muy bueno ayudar a los humanos y los animales a través de la caridad. Es algo tan útil como los primeros auxilios. Sin embargo, encontrar una solución permanente al sufrimiento, exige algo muy distinto: una transformación de la mente. Para ayudar a otros a lograr eso, primero tenemos que deshacernos de lo que oscurece nuestra propia mente. Por lo tanto, al igual que sucede con el doctor, nuestra capacidad para ayudar es mucho mayor.

—Algunas personas dirían que todo esto es parloteo nada más —dijo Serena. Parecía feliz de poder discutir sus dudas con franqueza—. Dirían que la conciencia no es nada más que el cerebro trabajando, por lo que la idea de la transformación a través de muchas vidas...

Yogui Tarchin asintió con un brillo en sus ojos.

—Sí, sí. La superstición del materialismo. ¿Pero cómo puede algo producir algo más que no posee?

Serena frunció el ceño.

—No comprendo.

—¿La piedra puede crear música? ¿La computadora puede sentir tristeza?

—No —reconoció la joven.

Él asintió una sola vez.

—¿La carne y la sangre pueden producir conciencia?

Serena reflexionó por un rato.

—Si el cerebro no crea conciencia —dijo—, entonces ¿por qué si se daña también afecta a la mente?

Yogui Tarchin mostró una gran sonrisa y se meció hacia atrás sobre su colchón.

—¡Muy bien! ¡Qué bueno que estás haciendo cuestionamientos! Dime, si tu

televisión se daña y tú no puedes ver nada más que una pantalla en negro, ¿eso significa que ya no hay televisión?

Serena sonrió pero el yogui no esperó su respuesta.

—¡Claro que no! Naturalmente, si tu cerebro está dañado, la experiencia de la conciencia resulta afectada. De hecho, tal vez no pueda experimentarse en absoluto. Sin embargo, el cerebro es sólo una especie de receptor, como la televisión. Resulta muy desafortunado que... la gente los confunda.

»Si alguna vez alguien te dice, “Ah, la mente es sólo cerebro”, entonces pregúntale: “Por favor dime dónde se almacenan los recuerdos”, y esa persona tendrá que admitir: “No lo sé”. A pesar de tantos años de investigación y de todo el dinero invertido, los científicos no han podido descubrir en qué parte del cerebro se almacenan los recuerdos, y jamás podrán hacerlo, ¡porque no los guardamos físicamente! Los científicos han experimentado con animales. Les han destruido las partes del cerebro que, según ellos, contenían la memoria; sin embargo, los animales todavía pudieron recordar. Todos: los neurocientíficos, los psicólogos y los filósofos tienen sus propias ideas respecto a la mente, pero una idea es sólo eso, un concepto, no es la cosa en sí misma. Si queremos descubrir lo que es la mente en realidad, tenemos que experimentarla de primera mano, es decir, directamente.

—¿Con la meditación?

—Por supuesto. A algunas personas les espanta hacer esto, les preocupa que, de llegar a experimentar una mente libre de pensamientos, puedan dejar de existir. ¡Creen que pueden desaparecer en una nube de humo! —el yogui sonrió—. Pero los pensamientos son nada más pensamientos: surgen, permanecen y luego pasan. Cuando logramos posarnos en una conciencia impoluta, libre del pensamiento que acaba de pasar y del que está a punto de surgir, entonces podemos ver nuestra mente nosotros mismos, y experimentar sus cualidades. El hecho de que describir dichas cualidades sea difícil, no quiere decir que la mente no las tenga.

Serena parecía azorada.

—¿A qué se refiere?

—¿De verdad puedes describir las cualidades del chocolate? Puedes decir que es dulce, que se derrite en la boca y que existe en distintos sabores, pero esas son solamente ideas, conceptos que señalan algo que no es conceptual por naturaleza. Nosotros podemos describir a la mente de esta misma manera; podemos decir que carece de límites, que es radiante, serena y amorosa, que lo sabe todo y que es compasiva por naturaleza. Pero, una vez más —explicó, encogiéndose de hombros—, estas son sólo palabras, ficción verbal.

—Supongo que la mayoría de la gente piensa de esta manera respecto al cuerpo y la mente —dijo Serena, señalando su forma física.

Yogui Tarchin asintió.

—Sí. Y resulta trágico que tengamos creencias tan limitantes, que pensemos que

no somos más que un saco de huesos en lugar de una conciencia sin fronteras; que creamos que la muerte es un fin y no una transición. Lo peor de todo es no comprender que todas las acciones del cuerpo, el discurso y la mente, afectan tu experiencia futura de la realidad, incluso más allá de este tiempo y esta vida. Las creencias como ésta provocan que la gente desaproveche la oportunidad de gozar de su preciosa vida humana. ¡Nuestras mentes son infinitamente más grandes que esto!

—¿Son omniscientes? —preguntó Serena.

—Claro que tenemos el potencial para algo así.

—¿Clarividentes?

El Yogui se encogió de hombros.

—Algunas personas le dan mucha importancia a ese asunto, pero la clarividencia en realidad surge de manera natural en la mente que está libre de obstáculos.

—¿Y qué hay respecto a los sueños?

—En una mente agitada y sin entrenamiento, un sueño es solamente un sueño, *a menos* de que tengas la buena suerte de contar con un maestro que pueda ir más allá de tu agitación —el yogui dejó de acariciarme por un momento, entonces volteé la cabeza y lo miré hasta que continuó hablando—. Si tienes el entrenamiento necesario, el sueño te puede ofrecer una oportunidad maravillosa. Saber que estás soñando cuando estás soñando, te permite controlar el sueño. De hecho, los humanos somos capaces de proyectar nuestra conciencia a distintos campos de experiencia.

Yogui Tarchin reflexionó sobre el tema central detrás de las preguntas de Serena, y luego le preguntó:

—¿Por qué me haces estas preguntas sobre la clarividencia y los estados del sueño?

Serena bajó la mirada y vio sus manos plegadas sobre su regazo.

—¿Será posible que haya algo más en tus cuestionamientos? —insistió el yogui. Entonces ella se sonrojó y lo miró brevemente.

—Supongo que sí —dijo la joven.

Yogui Tarchin se mantuvo en silencio y perfectamente inmóvil. El único movimiento en la habitación era el de un listón plateado de humo que se elevaba perezosamente en círculos desde una vara de incienso que ardía junto a la ventana.

—Regresé de Europa apenas hace unos cuantos meses —comenzó a explicar Serena.

—Sí, sí —confirmó el yogui como haciéndole saber que estaba al tanto de ello y que quería que continuara.

—Mi plan era venir a casa sólo para tomarme unas breves vacaciones, pero ya estando aquí empecé a cuestionar mis razones para querer regresar a Europa. Creo que sería mejor, que sería más feliz si me quedara aquí —Serena lo miró a los ojos.

—Muy bien —dijo él, como afirmando la decisión.

—Pero no estoy segura. Verá, yo, soy soltera y no sé si Dharamsala es un buen lugar para vivir porque aquí uno no conoce al tipo de gente que...

—Ya veo —dijo él con amabilidad cuando ella comenzó a quedarse callada. De pronto apareció un travieso destello en el rostro del yogui—. ¿Quieres que sea como un adivino?

Serena sonrió con remordimiento y luego juntó sus palmas y las llevó a la altura de su corazón.

—Usted tiene cualidades...

—Este tipo de postración es innecesario —dijo el yogui agitando su dedo índice—. Lo que surge para ti depende de tus acciones, del karma y de las condiciones que tú crees.

—Oh —Serena se quedó boquiabierta—. Pensé que usted podía ver las vidas de otros.

Yogui Tarchin respondió a la desilusión de la joven.

—No tienes por qué preocuparte —le dijo.

Ella lo miró suplicante.

—¿Usted ve niños en mi futuro? Estoy empezando a pensar en un tipo de vida muy distinto...

Las palabras de Serena se quedaron suspendidas en la calidez de la tarde hasta que Yogui Tarchin sólo le dijo:

—Has creado causas que brindarán mucha felicidad.

Sin usar palabras, el yogui le comunicó un profundo sentimiento de que todo estaría bien.

Serena se enderezó y relajó los hombros.

Por un rato hablaron sobre cómo iba todo en el Himalaya Book Café y los planes de Yogui Tarchin de quedarse varios meses en McLeod Ganj y compartir sus enseñanzas. Luego la conversación llegó a su fin. Serena le agradeció por el tiempo que pasaron juntos, él tomó las manos de ella y, a su vez, le agradeció por restablecer el vínculo.

Cuando Serena se puso de pie, yo salté del regazo del yogui y caminé sobre la alfombra detrás de ella. Para ese momento, la luz de la habitación se había atenuado bastante más, y los tres paneles de oro se veían plateados, sin embargo, la habitación continuaba llena de energía. Serena salió de ahí sintiendo, a un nivel muy profundo, que todo estaba bien y así seguiría.

Yogui Tarchin la siguió hasta la puerta, y luego me vio recorrer el pasillo lentamente detrás de Serena, con mi frondosa cola gris en alto. Serena estaba a punto de dar vuelta en la esquina al final del pasillo cuando el Yogui le dijo:

—Tal vez ya lo conociste.

Ella se detuvo y volteó.

—¿Habla de alguien aquí en Dharamsala?

Él asintió.

—Eso creo.



Más tarde, durante la reunión para beber chocolate al final del día, Serena habló con Sam.

—Desearía que todos pudieran conocer a Yogui Tarchin, o al menos, a alguien parecido a él.

Bronnie se encontraba tomando una clase, por lo que sólo estábamos Sam, Serena, los perros y yo.

Serena habló sobre su visita a Yogui Tarchin y la conversación que tuvieron; sin embargo, se enfocó en lo que él dijo sobre la mente, sin mencionar nada respecto a los prospectos románticos de ella.

—No son sólo las explicaciones, sino las palabras —dijo la joven—, esa sensación que tienes cuando él está presente; esa vibración. No puedo realmente describirlo, pero cuando estás con él te sientes distinto, más sano.

Sam asintió.

—Él es la prueba viviente de lo que sucede cuando comprendemos el potencial de nuestra mente —continuó Serena, con un destello en los ojos—. Yogui Tarchin dice que *Todo* es posible. Va más allá de, incluso, fenómenos como la clarividencia y la telepatía, que se presentan de forma natural en la mente libre de obstáculos.

—Las mentes ordinarias son más capaces de ese tipo de fenómenos de lo que la gente cree —explicó Sam.

Serena arqueó las cejas.

—La mayoría de la gente experimenta la telepatía o la precognición en algún momento de su vida, pero cree que sólo se trata de sucesos aleatorios —continuó—. Muchos creen que es coincidencia. La mayoría de los científicos ni siquiera le echan un vistazo a la evidencia que hay de percepción extrasensorial porque creen que es basura. Lo irónico es que esa es una actitud muy poco científica porque la mayoría condena el tema sin siquiera ver la evidencia —Sam rio discretamente—. Es interesante notar que, cada vez que una persona ha llegado a mostrar poderes místicos en una u otra época, se le ha reverenciado o denigrado, a pesar de que la reacción más lógica habría sido preguntarse: ¿qué puedo hacer yo para desarrollar esos poderes también?

—Exactamente.

—Tenemos un cableado interno para esas cosas —Sam lo aseguró con tanta confianza que Serena arqueó una ceja. Luego él dejó su taza sobre la mesa, se levantó y caminó hasta una de las repisas, de donde sacó un libro que llevó de vuelta a los sillones.

—Aquí hay toneladas de investigaciones, pruebas clínicas oficiales realizadas por

científicos que están *perfectamente* preparados para investigar estos asuntos objetivamente; y estas investigaciones demuestran que lo mal llamado «paranormal» es, de hecho, normal. Hay un experimento que me gusta y que ha sido repetido varias veces. Consiste en conectar a la gente a un detector de mentiras, y mostrarle al mismo tiempo una secuencia de imágenes en una computadora. Las imágenes pueden ser apacibles, como paisajes; o impactantes, como cuerpos abiertos para realizarles la autopsia. La computadora selecciona las imágenes al azar, por lo que nadie —ni siquiera los investigadores— sabe si la siguiente imagen será apacible o impactante. ¿Y qué crees que sucede?

—¿La aguja se vuelve loca cada vez que la gente ve una imagen impactante?

Sam asintió con la cabeza.

—Pero sucede tres segundos *antes* de que se les muestre la imagen, antes de que la computadora la seleccione siquiera. Eso es precognición, y estamos hablando de pruebas con gente común y corriente.

Serena se recargó en el respaldo con una sonrisa, y como yo ya me había terminado mi leche, di por hecho que su regazo vacío era una invitación.

—La mente no es una computadora de carne y nada más —dijo Sam.

—Y nosotros no sólo somos seres humanos capaces de experiencias espirituales —asintió Serena—: también somos seres espirituales capaces de tener experiencias humanas.

Amasé las piernas de la joven y luego extendí mis garras a lo largo de su ropa por un instante.

Ella hizo un gesto de dolor antes de añadir:

—O experiencias felinas.

—Naturalmente —agregó Sam con un gesto sarcástico.



Esa noche, mientras me enrollaba en la cama que por lo general compartía con el Dalái Lama, pensé en las extraordinarias reflexiones sobre la mente que Yogui Tarchin le había revelado a Serena, y comprendí que la verdadera felicidad sólo es posible si se cuenta con un entendimiento panorámico de la mente. La visión limitada de que somos un saco de huesos y órganos, como él lo mencionó, sólo podía producir una felicidad restringida: placeres sensoriales pasajeros, gozo temporal, experiencias que deslumbran durante algunos minutos gloriosos antes de desvanecerse... La sensación de bienestar de gente como Yogui Tarchin y Su Santidad, sin embargo, era tan fuerte que uno realmente podía percibirla; y no tenía nada que ver con los placeres temporales: ¡Yogui Tarchin no había disfrutado de

ninguno de ellos en doce años! No, esto era una felicidad del tamaño del mar; perdurable, profunda. Una felicidad a otro nivel.



*Cuando Su Santidad vuelve a su habitación, en el aire se percibe un peligro latente. Es joven, tiene veintitantos años. Lo acompañan una dama mayor tibetana con rostro amable pero valiente. Lleva un mantón brocado recogido en el cuello con un broche color turquesa, y se conduce como una reina.*

*Los siguen varios monjes asistentes que se mueven con presteza por toda la habitación. Reúnen papeles, empaican artículos personales en estuches y enrollan las alfombras de intrincados tejidos. Reconozco a uno de ellos, es un Geshe Wangpo muy joven. Todos tienen mucha prisa.*

*Desde el alféizar de la ventana he estado mirando al exterior del Palacio Potala. He visto todo a lo largo de Lhasa, hasta el otro lado del valle, en donde se levantan las montañas. Cuando el Dalái Lama entra a la habitación, levanto la cabeza para observar.*

*Siento un poco de comezón, por lo que levanto mi pata derecha trasera por reflejo, y me rasco varias veces. Luego miro hacia abajo y veo que mi pata es corta y está cubierta con un enmarañado y burdo pelaje. También mi colita es corta, y tiene un mechón de pelo lanudo. En lugar de garras retráctiles, tengo uñas anchas y romas. Su Santidad se acerca y me recoge. «Éste es el día al que todos le hemos temido —me susurra al oído—. El Ejército Rojo está invadiendo Tibet. La decisión ya fue tomada, y debo abandonar Lhasa lo antes posible. Mi grupo de avance no te puede llevar en el viaje a través de las montañas, no sería justo para nadie. Pero Khandrola te cuidará lo mejor posible aquí en Tibet. Ella se hará cargo de ti como si fuera yo.»*

*Ahora entiendo por qué vino la dama del broche de turquesa. Por un momento, el corazón duele intensamente, ¿pero el dolor mana del Dalái Lama o de mí?*

*Su Santidad voltea, por lo que ahora sólo él y yo miramos por la ventana hacia abajo, al valle. Entonces él susurra: «No sé cuánto tiempo estaré lejos, pero te prometo que te volveré a encontrar, pequeña criatura» —hace una pausa antes de continuar—. «Si no es en esta vida, entonces, definitivamente será en una próxima».*



Y mientras esto sucede, sé que mi sueño es un sueño.

Pero no. También se me ha permitido un breve y libre atisbo a mi pasado.  
Cuando fui perro...



## CAPÍTULO SIETE



¡¡¡YO?!?!



Querido lector, no voy a fingir que el sueño no me dejó estupefacta. Sin embargo, después de reunirme con Yogui Tarchin, me quedó claro que lo que vi había sido cierto. Durante algunos momentos extraordinarios pude sintonizarme con una experiencia previa de conciencia.

Y luego terminó.

A la mañana siguiente me levanté temprano y recordé que Yogui Tarchin había hablado sobre «la buena suerte de contar con un maestro que pueda ir más allá de tu agitación». Y entonces supe que, en cualquier lugar del mundo que estuviera el Dalái Lama, mi sueño había sido un obsequio, una confirmación del vínculo que tenía con él: un vínculo que, azorada, descubrí que venía desde una vida anterior.

Pero tal vez no debía estar tan sorprendida porque las enseñanzas budistas convencionales dicen que la ley causa y efecto —o karma—, abarca muchas vidas, ¿no es verdad? La razón por la que a la gente mala le pasan cosas buenas y a la gente buena a veces le suceden desgracias, no necesariamente surge de causas creadas en esta vida en particular. Lo que yo acababa de experimentar demostraba que lo único que nos impide volver a vivir con toda claridad momentos previos de conciencia es un velo delgadísimo. Y por eso, en el contexto del tiempo sin principio, el paso de algunas décadas no es más que un salto momentáneo de un lugar a otro, ¿no es cierto? El sueño, sin embargo, me abrió la puerta a posibilidades que nunca había tomado en cuenta, como quién fui en mis vidas anteriores.

¡Ni *qué forma* tuve!

Al parecer, en 1959, cuando el Dalái Lama se vio forzado a vivir en exilio, fui un *lhasa apso*.

La idea de haber sido perro me desconcertaba mucho. Naturalmente, puso en perspectiva la aflicción que sentía por el hecho de que mi impecable pedigrí himalayo no estuviera documentado. De repente, las líneas de sangre, el pedigrí y todas esas cosas palidieron al compararlas con la importantísima pregunta de en dónde había estado mi conciencia antes, qué había experimentado, qué había hecho, ya que los efectos yo los estaba viviendo en el aquí y el ahora. Aunque, al igual que otros felinos, veo a nuestra especie superior a los caninos en todo sentido, no puedo negar que los perros tienen conciencia. Los perros, como los gatos y los humanos, entran en la categoría de *sem chens*, que en tibetano significa *poseedores de mente*.

Así como suele suceder cuando, curiosamente, varios sucesos que parecen no estar relacionados entre sí se presentan más o menos por la misma época en tu vida —para señalarte una verdad específica e inconfundible—, algunos días después del sueño me encontré escuchando a escondidas una conversación sumamente intrigante en el Himalaya Book Café. Aunque se trataba de un orador bien conocido, no era ninguno de los que Sam había invitado a hablar en el café. Me refiero a un biólogo de una de las universidades británicas más importantes, miembro de un equipo de investigación. Sus estudios sobre la memoria y la conciencia ya habían sido publicados en libros que ahora eran *best-sellers* mundiales. El investigador estaba de visita en McLeod Ganj y entró al café por casualidad. Eran las diez de la mañana y le dieron ganas de beber algo. Al entrar, no pudo evitar ver un enorme póster de sí mismo encima de una pila todavía más grande de ejemplares de su libro más reciente. El investigador iba vestido con un saco de *tweed*, camisa color verde selva y pantalones de pana: justamente la misma ropa que llevaba en la fotografía del póster. Se detuvo a observarlo y luego notó que, desde atrás del mostrador, Sam no dejaba de verlo a él y al póster alternadamente.

Cuando por fin ambos se miraron, comenzaron a reír.

Luego Sam bajó las escaleras de la librería al café con la mano extendida.

—Es un tremendo honor tenerlo aquí —dijo—. De haber sabido que...

—En realidad sólo iba pasando —le dijo el biólogo con su entrecortado acento británico—, no conocía el lugar.

—Estoy seguro de que le dicen esto todo el tiempo, pero... ¡admiro mucho su trabajo! —exclamó Sam—. Lo he seguido por años. Tenemos todos sus libros —dijo, señalando las repisas detrás de él—. ¿Le molestaría firmar algunos ejemplares?

—Encantado —respondió el visitante.

Sam lo llevó hasta el mostrador, tomó varios libros en el camino y le ofreció una pluma.

—De haber sabido que vendría a Dharamsala, lo habría invitado a dar una

conferencia en nuestro club literario.

—Es sólo una visita breve —dijo el científico.

Sam siguió insistiendo.

—Hay mucha gente aquí que estaría fascinada de conocerlo —mientras el investigador firmaba una pila de libros, Sam tuvo una idea—. ¿Ya tiene planes para hoy a la hora de la comida? Podría invitar a algunas personas.

—Tengo una reunión a las once, pero no creo que vaya a durar más de una hora. Aproximadamente —dijo el biólogo—. Después de eso, pues sí, tengo un ratito libre.



Para cuando el científico regresó, ya había diez personas sentadas en una mesa cerca de la librería. Estaban esperándolo para comer con él. Además de Serena y Bronnie, al grupo se habían unido Ludo y algunos de sus estudiantes de yoga; Lobsang de Jokhang; y un par de personas más que yo ya había visto en el club literario. Como de costumbre, el ambiente en el café era vivaz y animado; y cuando llegó el invitado, lo recibieron como un amigo muy distinguido. Entonces se ordenaron las comidas, se sirvieron las bebidas, y mientras todos esperaban los alimentos, Sam volteó a ver al biólogo y le preguntó:

—¿Podría contarnos en qué está trabajando ahora?

—Por supuesto —dijo él—. Es un camino de investigación que he explorado durante muchos años; se trata de la sensibilidad en los animales; lo que la conciencia significa en los seres no humanos, y cómo difiere de la nuestra.

—¿Se refiere a que los perros pueden escuchar frecuencias que nosotros no? —preguntó uno de los miembros del club.

—Bueno, las diferencias en percepción forman parte del estudio —explicó el invitado—, y resulta interesante cómo las habilidades de percepción de los animales se aprovechan cada vez más. Estamos muy acostumbrados a los perros guía para los ciegos, pero ahora estamos viendo muchas más aplicaciones como, por ejemplo, los perros de servicio para diabéticos que alertan a la gente de la hipoglicemia cuando detectan cambios de olor en el aliento de sus amos.

»Y luego —continuó—, tenemos la marcada mejoría que se ha reportado en pacientes con parálisis cerebral, autismo y síndrome de Down tras el encuentro directo con delfines. ¿Qué tienen estas peculiares criaturas que pueden provocar cambios tan dramáticos? Se ha establecido que la conciencia perceptual de los delfines es, de alguna manera, muy superior a la de los humanos. Es más, los cetáceos son los únicos mamíferos aparte de nosotros que han demostrado un aprendizaje vocal claro. ¿Será que, al entender mejor los poderes perceptuales y de comunicación de los

delfines, podremos desarrollar distintas modalidades de tratamientos para pacientes con parálisis cerebral?

Sukie, una chica del estudio de yoga, no pudo contenerse.

—Yo escuché la historia de una mujer que tuvo una experiencia nadando con delfines. Uno de los delfines no dejaba de darle empujones en el abdomen, y luego, sin advertencia alguna, la volteó, y ella terminó sobre su espalda en la superficie del agua. Se encontraba bien, pero de todas formas la llevaron a la sala de emergencias de un hospital, y cuando la revisaron y le hicieron estudios, le encontraron un tumor en el estómago, exactamente en el lugar donde el delfín la había estado empujando. Por suerte, era tratable.

El biólogo asintió.

—Hay muchas historias, y parte de mi trabajo es recolectarlas en una base de datos e investigarlas adecuadamente. Tal como tú sugieres, hay muchos aspectos de la sensibilidad no humana que van más allá de nuestro presente entendimiento, pero podrían resultar extraordinariamente útiles.

—La precognición animal es algo bien sabido —señaló el científico—. Desde la antigüedad, la gente ha registrado comportamientos animales poco usuales antes de los temblores. Tanto los animales salvajes como los domesticados se ponen temerosos o ansiosos: los perros aúllan y las aves vuelan. Un biólogo que estaba estudiando el comportamiento de apareo de los sapos en el lago San Ruffino, en el centro de Italia, registró un ejemplo fascinante. Descubrió que el número de sapos machos de un grupo de reproducción había caído de más de noventa a casi ninguno en tan sólo unos días. Luego hubo un temblor de 6.4 grados, seguido de sus respectivas réplicas. Pasaron diez días y los sapos no regresaron. Todo parece indicar que detectaron días antes lo que estaba a punto de pasar.

—¿Será que los sapos tienen extremidades particularmente sensibles? —sugirió alguien.

—Si ése fuera el caso, sería lógico pensar que los sismólogos tendrían la capacidad necesaria para detectar esos mismos temblores —dijo el científico—, pero quizá hubo un cambio sutil en el campo eléctrico que percibieron los sapos. Pero bueno, como saben, no sólo los sapos tienen esta habilidad. Varias especies distintas anticiparon el tsunami que golpeó a Asia en diciembre de 2004. Hubo reportes de elefantes de Sri Lanka y Sumatra que se mudaron a tierras más altas mucho antes de que las olas llegaran a tierra. Los búfalos hicieron algo similar. Los dueños de perros notaron que sus mascotas no querían acercarse a la playa para tomar su paseo matinal de costumbre.

—Se podría usar a los animales para crear un sistema de alerta de tsunami —propuso Ludo.

—Sí, yo ya he sugerido eso —dijo el biólogo.

—¿Y qué tal si la habilidad para anticipar los terremotos no tiene que ver ni con la

sismología ni con los campos eléctricos? —preguntó Bronnie—. ¿Qué tal si se trata de algún tipo de conciencia que tienen los animales?

—¿Cómo una herramienta de supervivencia? —dijo Ludo.

El biólogo volteó a verlos a ambos.

—Puede ser que tengan razón —dijo—. Hay evidencia de que los animales tienen la capacidad de percibir los estímulos de maneras que algunas personas describirían como «paranormal». Como el fenómeno de los perros que ya saben cuándo sus dueños vienen de vuelta a casa.

—Usted escribió respecto a eso —señaló Sam.

—Así es. Prácticamente no hay duda de que algunos animales pueden detectar de forma intuitiva este tipo de cosas; como cuando sus dueños salen de la oficina para regresar a casa. Existen grabaciones de circuito cerrado de televisión en las que se puede ver a perros levantándose y sentándose junto a la puerta del frente o una ventana, en el momento preciso en que sus dueños salen de la oficina, sin importar la hora. En algunos casos, los perros se emocionan por la inminente llegada de alguien que ha estado días o incluso semanas lejos de casa. Había un marino mercante que nunca le decía a su esposa cuándo iba a regresar a casa porque no quería desilusionarla si se retrasaba. Sin embargo, ella siempre sabía cuándo llegaría porque su perro se lo hacía saber.

—Pienso que los perros son muy especiales en ese aspecto —comentó uno de los miembros del club literario.

Yo estaba sobre la repisa. Al oír hablar de los perros, me ericé. Luego recordé mi sueño y ya no me ericé tanto.

—Bueno, también hay reportes de gatos que han hecho lo mismo —dijo el científico—. Hay una anécdota maravillosa de una pareja que realizó un viaje de varios meses en un velero, y dejaron a su gato con el vecino para que lo alimentara. Ni siquiera ellos sabían con exactitud cuándo regresarían, pero cuando volvieron a casa encontraron una hogaza de pan fresco y medio litro de leche esperándolos en el refrigerador. Los vecinos ya los esperaban de vuelta porque, por primera vez desde que se fueron, el gato salió al estacionamiento frente al edificio y se quedó ahí todo el día mirando la calle.

Varias personas sonrieron alrededor de la mesa.

—Se podría argumentar que saber de dónde vendrá tu siguiente comida es un elemento importante de supervivencia —dijo el investigador, mirando a Ludo—. Y de la misma manera, hay mucha información que demuestra que los animales, particularmente los que están más a merced de sus depredadores, pueden percibir cuando los observan, lo cual puede resultar crucial para sobrevivir.

—Nuestro invitado también escribió un libro al respecto —señaló Sam.

El autor rio.

—Hay otros elementos de la sensibilidad animal que van incluso más allá. Como

los que surgen del trabajo de la doctora Irene Pepperberg con un perico gris africano llamado *Alex*, descrito en un libro que... yo no escribí —dijo, sonriéndole a Sam—, pero que inspiró a otros investigadores. Es bien sabido que además de aprender palabras, los pericos tienen la capacidad de imbuirles significado. Estas aves saben la diferencia entre rojo y verde, cuadrado y redondo, etcétera. También entienden y pueden comunicar la diferencia entre presente y ausente.

»Otra investigadora que también tenía un perico gris africano descubrió que su ave parecía captar sus pensamientos. Una vez, levantó el teléfono para marcarle a su amigo Rob, y el perico dijo espontáneamente: «Hola, Rob». En otra ocasión, estaba viendo una fotografía de un automóvil morado, y el perico, que estaba en el piso de arriba, gritó: «miren el moradito». Lo más intrigante fue la vez que la investigadora tuvo un sueño en que estaba utilizando un *deck* para cintas de audio, y el perico, que dormía cerca de ella, dijo: «Tienes que apretar el botón», justo cuando estaba haciéndolo en su sueño. Naturalmente, ¡eso la despertó!

—¿Le leía la mente? —preguntó Bronnie.

—Se le aplicaron rigurosos exámenes al perico para averiguarlo. Ahora estoy simplificando mucho la anécdota pero, en resumen, se grabaron las respuestas que daba mientras trataba de identificar las imágenes que su dueña estaba viendo en otra habitación. Eran imágenes de objetos como una botella, una flor, un libro e incluso un cuerpo desnudo. Por cierto, el perico adivinó esta última y, en promedio, tuvo veintitrés aciertos en setenta y un pruebas: mucho más de lo que se podría atribuir solamente al azar.

»Todo esto nos indica —dijo el biólogo— que los seres no humanos no sólo comparten con nosotros muchos elementos de conciencia, sino que también tienen habilidades de percepción distintas que, en algunos casos, pueden ser más sutiles que las nuestras.

—Más sofisticadas —sugirió alguien.

—Ese es un juicio de valor —dijo el biólogo, sonriendo—. Pero algunos estarían de acuerdo. No debemos olvidar, sin embargo, que hay muchas cosas que no sabemos sobre la conciencia humana.

Durante todo el tiempo que el biólogo habló, Lobsang escuchó cuidadosamente. Era una presencia ataviada con túnica roja. Al final, preguntó:

—¿La conciencia humana fue lo que lo trajo a McLeod Ganj?

El científico asintió.

—El budismo tiene mucho que enseñarle al mundo respecto a la naturaleza de la mente: lo que es, lo que no es, y la forma en que las teorías provocan divisiones que realmente no existen en nuestro entendimiento de la conciencia.

—La mente trasciende el mundo del pensamiento —dijo Lobsang.

El biólogo lo miró con intenso reconocimiento.

—Sí, bastante; y a los humanos les cuesta mucho comprender esa simple pero

profunda verdad.



Esa noche fui a la clase de yoga con Serena. En las últimas dos semanas me había vuelto una visitante asidua porque, en lugar de quedarme sola en un departamento vacío, prefería acomodarme en la banca de madera del estudio, escuchar a Ludo y observar a sus alumnos trabajar a lo largo de toda la secuencia de *asanas* que cada vez me parecía más familiar. Me agradaban particularmente las conversaciones que tenían los alumnos en el balcón después de la clase; la calidez de la compañía que percibía estando sentada en la alfombra mientras Serena y los otros bebían su té verde; y la ejecución que hacían las montañas de su propio ritual nocturno mientras el sol realizaba su saludo: las cimas congeladas lentamente pasaban del color blanco a un dorado bruñido y, finalmente, a un tono cereza.



La clase de esta noche se desarrollaba de la manera acostumbrada. Después de que los estudiantes trabajaron las *asanas* de pie, tomaron sus colchonetas para hacer las posturas sentados. Ludo vestía pantalones holgados y una camiseta, y caminaba descalzo por el estudio haciendo ajustes y sugerencias por aquí y por allá mientras escudriñaba la postura de cada estudiante.

Ludo estaba de pie, dando la espalda al balcón, y dirigiendo al grupo para realizar *Marichyasana III* —la postura del sabio—, cuando capté el repentino movimiento. Detrás de él, en el barandal del balcón, apareció una enorme rata que parecía haber salido de la nada. Se detuvo sobre la bufanda de Serena que, como de costumbre, la había colgado sobre el barandal antes de entrar a clase.

No voy a decir que lo que me hizo reaccionar de la manera en que lo hice fue la ubicación precisa de la rata, aunque sabía lo mucho que la prenda significaba para Serena. Si bien estaba desgastada, la bufanda amarilla con flores bordadas color jamaica tenía un gran valor sentimental porque era el único regalo de su padre que todavía conservaba la joven. Yo ya la había escuchado contar la historia de cómo se la dio una noche, en el balcón de su casa, cuando ella tenía doce años.

La desagradable visión del roedor me hizo emitir un sonido del que ni siquiera yo estaba consciente que era capaz. Fue un sonido grave y chillón, la advertencia de un presentimiento tan terrible, que incluso pude ver el escalofrío en los ojos de Ludo

cuando me miró, antes de voltear al balcón. Para cuando lo hizo, la rata ya se había ido, pero de todas formas salió e hizo una pausa breve antes de regresar al salón.

—Por favor, levántense con calma, tomen sus zapatos y salgan del estudio. ¡Hay un incendio en la casa de junto!

Ludo miró al alto hombre indio de apariencia juvenil en la segunda fila, y le preguntó:

—Sid, ¿podrías usar el extintor del balcón?

Sid asintió.

—Voy a traer otro de la cocina y entraré por la parte de atrás.

Todos los demás se apresuraron a ponerse los zapatos y salir por la puerta. Serena me tomó cuando pasó junto a mí, y un instante después ya estábamos aglomerados al otro lado de la calle que pasaba por la casa de Ludo, asombrados de ver lo que estaba sucediendo en la casa de junto.

Las flamas provenían de una ventana del frente de la casa. Salía humo oscuro, junto con un olor a petróleo. Los aleros ya estaban incendiándose, y la distancia entre ellos y la casa de Ludo era muy poca. Serena me sujetó fuertemente con una mano, y con la otra llamó al teléfono del Departamento de Bomberos de Dharamsala. Varios estudiantes más entraron a la casa de junto para ver qué podían hacer desde adentro, y otros se dispersaron en busca de mangueras y cubetas de agua.

Desde la esquina del balcón, Sid les disparó a los aleros con el extintor antes de dirigir el chorro a las flamas que salían de la ventana de la cocina de la casa contigua. Ludo corrió a la puerta del frente del estudio con un segundo extintor, justo cuando una bola de fuego explotó en la casa de junto y atravesó el techo de la cocina. Ludo dirigió la manguera del extintor al techo y liberó un poderoso disparo de espuma que hizo que las flamas se retiraran por completo, pero luego estallaron a poca distancia.

En ese momento aparecieron Sukie y Merrilee cargando el extremo de una manguera del jardín de una casa cercana.

—¡No acerquen eso a la cocina! —gritó Ludo por encima del hombro—. Es probable que sea un fuego provocado por aceite. ¡Sólo usen la manguera para humedecer los muros de la casa! —La mujer y los tres niños que vivían junto estaban apiñados a un lado de la calle sin poder hacer nada. La mujer le dio permiso a Ludo para que entrara a su casa y buscara la fuente del fuego. Las ventanas tenían un humeante resplandor anaranjado, pero después de dos disparos del extintor, el resplandor se volvió negro.

Afuera, en el balcón, se encontraba Sid lleno de hollín y luchando contra el fuego de los aleros. Las llamas resplandecían; estaban demasiado cerca del techo de Ludo, y cada vez que les disparaba con el atomizador para contenerlas, volvían a avivarse. Entre más luchaba, menos potente era la atomización del extintor. De pronto, se acabó por completo. Las llamas atacaron de nuevo, ganaron terreno en los aleros vecinos y luego saltaron con facilidad a la casa de Ludo.

Se escuchó un grito de alarma por parte de toda la gente que se había reunido afuera. A Serena le dijeron que en veinte minutos llegaría un camión de bomberos, pero para entonces las llamas habrían rodeado por completo la casa de Ludo y el estudio de yoga.

Sid desapareció del balcón y salió por la puerta del frente.

—¡Necesitamos más extintores! —gritó, mirando a lo largo de la calle.

—Los demás ya se los están solicitando a los vecinos —dijo Serena—. Y otras dos personas fueron a comprar más.

De pronto se escuchó una fuerte explosión en la casa de la vecina y, unos instantes después se oyó otro estallido que salió por la ventana de la cocina y subió por un costado de la casa de Ludo. Al parecer, nada de lo que hacía desde el interior funcionaba. Salió por la puerta del frente agitando su extintor.

—¡Está vacío! —gritó, al mismo tiempo que cruzaba la calle rápidamente.

Ludo y Sid se quedaron un rato contemplando el fuego, que se había apoderado de los aleros y el techo de la casa contigua hasta cruzar al balcón de Ludo. Los estudiantes continuaron lanzando agua a los muros de las dos casas y luchando en vano. El techo de la vecina estaría completamente incendiado en cuestión de segundos, y luego seguiría el de Ludo.

Para ese momento ya se había formado un grupo de espectadores; vecinos y transeúntes que se encontraban asombrados, agitados e hipnotizados por el gran incendio. Parecían siglos, pero quizá sólo pasaron dos minutos antes de que apareciera un antiguo Mercedes blanco y subiera por la calle hacia nosotros hasta detenerse frente a la casa en llamas. Antes de hacer alto total, de ambas puertas traseras del vehículo saltaron varios hombres vestidos con immaculados uniformes blancos y gorros color bermellón. Traían extintores mucho más grandes de los que usaron Ludo y Sid.

Luego se abrió la puerta del conductor y salió un hombre conocido, vestido con saco oscuro y gorro de felpa gris. Era el mismísimo marajá. Sido y Ludo se apresuraron hasta llegar a él, que ya estaba abriendo la cajuela del coche, de donde sacaron otros dos extintores grandes. Ludo tomó el nuevo tanque y condujo al personal del marajá al interior de la casa de la vecina, mientras Sid y el marajá entraron a la de Ludo. Dos estudiantes tomaron los extintores que restaban y los siguieron.

En menos de un minuto, lo único que quedaba del fuego eran riachuelos de un líquido oscuro y espumoso que caía a chorros por los costados de ambas casas hasta llegar a la calle, y el agrio olor a humo y gases tóxicos. A lo lejos escuchamos la sirena del camión de bomberos acercándose.



Después de que se fueron el marajá y sus dos asistentes, el Departamento de Bomberos evaluó el daño. Varios postes de soporte resultaron muy afectados, por lo que el balcón no sería seguro sino hasta que los reemplazaran. Los muebles se deslizaron a un lado, a una parte donde el piso se veía como si fuera a colapsar en cualquier momento. Ludo parecía aliviado al ver que la construcción que había sido su hogar y estudio de yoga durante varios años no había quedado destruida por completo. Dijo que, a pesar del estado general, los daños pudieron ser mucho, mucho mayores.

—De no ser por el marajá —señaló Serena mientras se ajustaba la bufanda sobre los hombros—, quién sabe cómo habrían terminado las cosas.

La gente asintió entre murmullos. Ludo y Sid intercambiaron una mirada que decía mucho más de lo que parecía.

Los estudiantes entraron de nuevo a la construcción y se reunieron como las noches anteriores, sólo que sin pasar al balcón. Serena había ordenado comida para llevar del Himalaya Book Café. Las grandes cajas de cartón con pizza comenzaron a pasar de mano en mano, junto con una garrafa de vino tinto para calmar los nervios.

—Lo que estoy tratando de entender —musitó Sukie— es cómo se enteró el marajá del incendio.

—Tal vez alguien le llamó por teléfono —sugirió Ewing.

—Se dice que le interesa mucho la comunidad —añadió alguien más.

—Sí, yo también he escuchado eso —dijo Serena—. Y con frecuencia camina por esta calle en las noches. Tal vez vio el fuego durante su paseo.

—Sea como sea, no estoy seguro de poder agradecerle adecuadamente el haberme ayudado a salvar mi casa —dijo Ludo.

—¿No se quiso quedar a beber una copa de vino? —preguntó Merrilee con su voz de fumadora, al mismo tiempo que rellenaba su propia copa.

—Es probable que no beba —dijo Sid—. Además es muy discreto, no le gustan los líos.

—Tendré que solicitar una reunión con él para agradecerle personalmente —dijo Ludo.

—Sería lo mejor —dijo Sid, asintiendo—, pero creo que estás olvidando a la *verdadera* heroína de la noche. Sin su ayuda, el fuego habría causado mucho más daño antes de que alguien se hubiera dado cuenta siquiera.

Hubo una pausa antes de que todos voltearan a verme.

—¡*Swami!*

—Tienes razón —dijo Ludo, quien se levantó de su silla y se acercó adonde yo estaba sentada junto a Serena. Cuando se arrodilló en la alfombra frente a mí, parecía que se postraba.

—Creo que jamás olvidaré el sonido que hiciste —dijo, mientras me acariciaba agradecido.

—Me dio escalofríos —señaló Merrilee estremeciéndose.

—A mí me puso la piel de gallina —agregó Sukie.

—Uno se pregunta cómo se dan cuenta —musitó Carlos, al mismo tiempo que se acomodaba su ya conocida banda para el cabello.

—Oh, yo creo que los gatos saben más de lo que creemos —dijo Ludo—. Mucho más de lo que reconocemos.

Pasó un momento antes de que Serena dijera:

—Justamente como lo discutíamos en el café, a la hora de la comida.

Ludo, Sid y otros asintieron.

Para actualizar a quienes no estuvieron en la comida, Serena repitió lo que el eminente biólogo dijo acerca de la conciencia de los animales.

—Nos dijo que los animales tienen la habilidad de sentir ciertas cosas que resultan imperceptibles para los humanos.

Al parecer, los animales sentimos de ciertas maneras que la gente ni siquiera se atreve a considerar.

—Una vez escuché sobre un cerdito —dijo Ewing— que, una noche, despertó a sus dueños jalando las cobijas. La casa se estaba incendiando y ellos seguían dormidos sin darse cuenta. Creen que el cerdito les salvó la vida.

—Así como *Swami* me ayudó a salvar el estudio y mi hogar —señaló Ludo.

—¿Crees que notó el olor del fuego? —preguntó un yogui llamado Jordan.

—¿El olor?

—O tal vez vio humo —sugirió alguien.

—Es un sexto sentido —dijo Carlos, ofreciendo una explicación más halagadora.

Entonces recordé a la enorme rata que salió de la nada, mi conmoción al verla, y el subsecuente alarido involuntario que provocó.

—¡Vaya que supo advertirnos! —exclamó Merrilee.

Ludo me miró con una expresión de profunda gratitud.

—Por todo esto, *Swami* siempre será invitada de honor en nuestro estudio.



Poco después, cuando ya nos íbamos y la gente estaba en el pasillo poniéndose los zapatos, Merrilee notó la bufanda de Serena.

—Tuviste suerte —dijo la estudiante, tomando la bufanda de un borde con el pulgar y el dedo índice—. Normalmente la dejas en...

—... en el balcón —completó Serena—. Habría desaparecido en medio del humo.

—Pero no sucedió esta noche.

—Eso es lo más raro —dijo Serena—. Juraría que la dejé afuera pero, al parecer, se quedó todo el tiempo aquí junto a mi bolsa.

—¿No creerás que...? —comenzó a preguntar Merrilee.

—¡Aquí está! —interrumpió Sid, acariciándome la carita con sus suaves dedos mientras Serena me abrazaba—. Es un ser muy especial.

¿Qué era lo que me hacía sentir tanta cercanía con este alto hombre indio de ojos destellantes?

—Aquella que —continuó— sabe mucho pero dice poco.

Miré a Sid y recordé a la rata sobre la bufanda. Si *yo* sabía mucho pero decía poco, ¿qué podría decirse de él?



Más tarde, esa misma noche, me enrollé en la cobija de yak que Su Santidad mantenía en su cama para que yo la utilizara exclusivamente. Mientras rondaba ese suave y somnoliento estado entre el sueño y el insomnio, pasaron rápidamente por mi mente imágenes del sueño de la noche anterior y del incendio de horas atrás. Entonces pensé que uno de los hechos de la felicidad más obvios, pero también más ignorados, era que todos los *sem chen* —humanos, felinos e incluso las ratas—, somos iguales en el sentido de que todos deseamos alcanzar la felicidad. Si todos fuimos otro tipo de *sem chen* en una vida anterior, y tal vez volvamos a serlo, entonces nuestro único objetivo digno es la felicidad de todos los seres vivos sin importar la especie.

## CAPÍTULO OCHO



Mi exploración del arte del ronroneo había tomado caminos más intrigantes de lo que jamás habría podido imaginar. Pero a pesar de la sabiduría que había adquirido en las semanas pasadas, todavía me perturbaba una pregunta muy básica sobre la felicidad, querido lector: ¿por qué a veces podía andar por ahí caminando con mis mullidas patitas, ocupada en mis asuntos, y de repente, sin razón alguna, me embargaba una sensación de insatisfacción? En ocasiones, una productiva mañana de meditación, acicalamiento, y de tocar el violonchelo —así es como los gatos le llamamos a esa delicadísima parte de nuestra rutina de arreglo personal en que nos enfocamos a nuestras regiones privadas inferiores— podía tornarse gris y lúgubre inexplicablemente. Una tarde en el Himalaya Book Café que había comenzado con la maravillosamente prometedor llegada de un plato de trucha escalfada podía arrastrarse hacia un vago y quejumbroso final. Era un cambio de sentimiento que no parecía tener una causa particular; un enfado que sólo habría sido perfectamente comprensible si me hubieran ahuyentado del alféizar, si un niño malicioso me hubiera jalado la cola, o si me hubieran despertado de una siestecita para tomarme una fotografía a la fuerza porque, sí, ése es el precio de la fama, querido lector.

Pero como no sucedía ninguna de esas cosas, mi enfado resultaba un enigma.

La sabiduría que había recibido al sentarme en el regazo del Dalái Lama me había vuelto mucho más consciente de lo que pasaba en mi mente, y menos proclive a los altibajos invisibles, pero a pesar de ello era innegable que los sentimientos de calidez y bienestar podían darle paso sutilmente a un estado de ánimo mucho más oscuro. Y así sucedió una mañana en la que, sin esfuerzo alguno de mi parte, la verdad se reveló con toda la perfección de su obviedad.

Todo comenzó cuando Tenzin se acercó al archivero sobre el que me encontraba totalmente extendida.

—GSS, creo que te interesará saber que tu persona favorita del mundo vendrá esta mañana.

¿El Dalái Lama? Según mis cálculos, todavía faltaban nueve sueños para su llegada. Sin contar las siestecitas gatunas.

—Su Santidad volverá a estar entre nosotros en un par de semanas —continuó Tenzin—, y desde el instante que llegue a casa, tendrá una agenda *muy* apretada. Habrá muchos invitados para los que se tendrá que cocinar, por lo que nuestra chef VIP vendrá y se hará cargo de la situación: quiere que todo esté en orden antes de la llegada de Su Santidad.

¡La señora Trinci estaría de vuelta! ¡La reina de la cocina de Jokhang! ¡Mi generosa benefactora!

Tenzin acarició mi mejilla y yo apreté su dedo índice entre mis dientes. Lo sujeté por unos instantes antes de lamer los restos de jabón carbólico.

Él rio discretamente.

—Ay, pequeña Leona de las Nieves, eres muy graciosa cuando te emocionas, pero lamento decirte que la señora Trinci no va a preparar nada hoy, así que no vayas a la cocina con la esperanza de que te dé un premio.

Recibí su advertencia con mis arrogantes ojos azules. Para ser diplomático, Tenzin podía ser demasiado obtuso a veces. ¿De verdad creía que la señora Trinci podría resistirse a mis encantos? Y sobre todo, ¿después de una ausencia tan prolongada? Bastaría con una sola tierna mirada color azul. Tal vez también una incitante caricia de mi cola enrollada alrededor de su pierna. Como máximo, un miao suplicante. Y luego, la chef VIP de Jokhang entibiaría un bocado para mi deleite, más rápido de lo que toma decir «hígado de pollo en cubitos».

Con mis típicos pasos erráticos a una velocidad mayor que de la de costumbre, llegué al piso de abajo en un santiamén.

Entré a la cocina y encontré a la señora Trinci ataviada con su ya conocido mandil, su tabla sujetapapeles y una pluma. Mientras ella decía en voz alta la lista de artículos, Lobsang y Serena le respondían desde la cámara de refrigeración y la alacena, respectivamente.

—¿Cinco litros de yogur griego natural?

—Sí —respondió Lobsang.

—¿Cuándo caducan?

—A finales del próximo mes.

—¿Todos?

Hubo una pausa.

—Sí.

—¿Ciruelas pasa con semilla? Debe haber cuatro latas grandes.

—Sólo hay tres —contestó Serena.

—¡Oh, porca miseria! ¡Maldita sea! Ya me acordé, una de las latas se oxidó y tuvimos que desecharla.

En cuanto percibió un movimiento por el rabillo del ojo, volteó y me vio caminar

tambaleante hacia ella.

—*¡Dolce Mio!* —su tono se volvió una efusiva adoración con tanta rapidez, que incluso a mí me costó trabajo creer que yo fuera la causa.

—¿Cómo está mi pequeña *bella*? ¿Mi belleza chiquita? —la señora me levantó, me cubrió de besos y me colocó sobre la barra—. ¡Te he extrañado tanto! ¿Tú también me extrañaste?

Ronroneé agradecida mientras ella deslizaba sus enjorjados dedos por mi grueso pelambre. Fue un maravilloso prelude para lo que, estaba segura, sería una experiencia todavía más gratificante.

—¿Ya terminamos? —gritó Lobsang desde la cámara de refrigeración.

—Por el momento, sí —contestó distraídamente la señora Trinci—. ¡Es hora de un descanso para tomar el té!

La señora Trinci se precipitó sobre su bolso, sacó un recipiente de plástico y le quitó la tapa.

—Guardé un poquitito del *goulash* de anoche para ti —me dijo—. Lo calenté antes de venir. Espero que satisfaga las exigencias de tu delicado paladar.

El estofado húngaro de la señora Trinci era la cosa más suculenta que había comido en mucho tiempo, y su sublime salsa me provocó un hormigueo en los bigotes.

—¡Ay, *tesorino!* Mi dulce tesoro —exclamó, al mismo tiempo que me miraba detenidamente con sus ojos color ámbar rodeados por esas gruesas pestañas con rímel, y yo me limité a seguir devorando el *goulash* con ruidoso deleite. —Eres, de verdad, la criatura más hermosa jamás vista —exclamó, quedándose sin aliento.



Poco después, la señora Trinci, Serena y Lobsang ya estaban sentados en los banquitos de la barra de la cocina, bebiendo té y degustando las barritas de coco que la señora había traído consigo.

—Gracias, señora Trinci —dijo Lobsang, levantando su barrita con una enorme sonrisa—. Fue muy lindo de su parte acordarse —las barritas de coco eran el postre favorito de Lobsang desde que era niño.

Todos rieron.

—Como en los viejos tiempos —dijo Serena.

—Ah, sí —dijo la señora con un suspiro de felicidad—. ¿Cuándo fue la última vez que trabajamos los tres juntos aquí? ¿Hace doce años?

—Creo que catorce —dijo Lobsang tras una pausa.

—¿Quién habría pensado que mis dos ayudantes de cocina tendrían tantos logros

propios, eh? Traductor del Dalái Lama y chef de alto nivel en Europa. Sin duda, todo cambia.

—Es la impermanencia —comentó Lobsang.

—Bueno, pero no *todo* ha cambiado —dijo Serena—. Somos un poco mayores y hemos visto parte del mundo, pero seguimos siendo la misma gente. Y en particular, seguimos sintiendo lo mismo respecto a las cosas importantes —la joven volteó a ver a Lobsang—. Eso no ha cambiado.

Lobsang se quedó mirando al espacio con aire contemplativo por un rato, y luego contestó:

—Es cierto. Todavía creo que las barritas de coco de tu madre son un ejemplo de la mejor confitería del mundo.

Todos rieron y Lobsang respondió a la mirada de Serena con un guiño.

—Por ejemplo.

—Por ejemplo —repitió ella.

—Supongo que por eso es tan difícil cambiar de camino una vez que uno se ha definido una senda en particular —reflexionó Lobsang con un repentino aire serio. De pronto, el aura de tranquilidad que generalmente manaba del traductor se transformó en incertidumbre.

La señora Trinci le lanzó a Serena una mirada inquisitiva. Era obvio que ambas estaban analizando lo que refería Lobsang, fuera lo que fuera. El traductor parecía no poder superar el lúgubre sentimiento que se apoderó de él, por lo que la señora Trinci se levantó de su asiento, se le acercó y con un intenso tintineo de sus brazaletes lo envolvió entre sus brazos.

—Por supuesto, mi querido Lobsang, es un tiempo difícil para ti —le dijo—; pero debes saber que, ¡tendrás todo mi apoyo sin importar la decisión que tomes!



Pocos minutos después se escuchó un discreto golpeteo en la puerta de la cocina, y acto seguido entró Lama Tsering, un monje alto, delgado, y con el rostro más ascético posible, quien era el encargado de la disciplina en el Monasterio de Namgyal. Él se encargaba de supervisar el comportamiento de los monjes durante los servicios del templo y cuando realizaban otras prácticas. Lobsang se levantó de su banquito en cuanto lo vio. Dejó la taza en la barra y juntó las palmas de las manos, colocándolas a la altura del corazón.

Lama Tsering se inclinó con vehemencia.

—Buenos días a todos.

—Buenos días, Lama —la señora Trinci se puso nerviosa ante su presencia.

—Tenzin me dijo que estaría usted aquí hoy —le dijo, mirándola con una expresión honesta—. He venido a solicitar, con toda sinceridad, sus consejos.

—¿Mis consejos? —preguntó la señora chirriando y con una sonrisa nerviosa.

—Respecto a temas de nutrición —agregó él.

—¡*Mama mia!* ¡Pensé que había yo hecho algo malo!

Lama Tsering ladeó la cabeza y con un casi imperceptible toque de humor en las comisuras de sus labios, preguntó:

—¿Y por qué pensó eso?

La señora Trinci sacudió la cabeza vigorosamente antes de pasarle la charola con barritas de coco.

—Por favor, tome una —le ofreció—. ¿Gusta una taza de té?

Lama Tsering estudió la charola con interés.

—Todo se ve muy tentador —señaló—, pero primero necesito saber algo.

El lama sacó una libretita del bolsillo de su bata y la abrió en una página en la que había estado haciendo anotaciones.

—Esto tiene... —revisó sus notas—, ¿un índice glicémico bajo? ¿Bajo IG?

—Bastante bajo —le aseguró la señora.

—¡Mamá! —exclamó Serena en tono de reprimenda, mientras Lama Tsering se servía una barrita.

La señora Trinci se encogió de hombros.

—Bueno, todo es relativo —murmuró.

Lama Tsering mordió la barrita para degustarla antes de comentar cualquier cosa.

—¿Entonces tal vez tiene un índice moderadamente bajo?

—...a uno extremadamente alto —dijo Serena, y luego todos, incluso Lama Tsering, se carcajearon.

—¿Por qué está interesado en el índice glicémico? —le preguntó la señora Trinci al lama poco después.

—Como encargado de la disciplina en el monasterio —contestó—, tengo la responsabilidad de asegurarme de que todos los monjes practiquen bien, ejerciten el autocontrol y, sobre todo, que estén contentos —Lama Tsering se dio unas palmaditas en el pecho a la altura del corazón—. Pero apenas hace poco descubrí lo importante que es la nutrición.

—Llevar una dieta balanceada —sugirió Serena.

—Cuidado con la glucosa en particular —añadió Lama Tsering con tanta autoridad, que fue evidente que había estado estudiando mucho. Tan evidente como fue para él el hecho de que nosotros no habíamos pensado en el asunto jamás—. Nuestros monjes necesitan dos cosas para disfrutar la plenitud y el éxito: inteligencia y autocontrol. No hay un método conocido para incrementar la inteligencia, pero el autocontrol o control de la voluntad, es algo distinto. Incluso en Occidente los científicos ya están descubriendo la importancia de la inteligencia emocional.

Lobsang asintió. Estaba muy familiarizado con el trabajo de Daniel Goleman, quien había pasado bastante tiempo con Su Santidad, y cuyos libros sobre la inteligencia emocional y social eran conocidos en todo el mundo.

—Como en el experimento del malvavisco en la Universidad de Stanford —dijo el traductor.

—Un indicador de éxito altamente eficaz —confirmó Lama Tsering y, ante las miradas de asombro de la señora y de Serena, agregó—: en la década de los sesenta, los investigadores llevaron a un grupo de niños hasta un salón, y luego los hicieron pasar, uno a la vez. Adentro, le dieron un malvavisco a cada niño. Les dijeron a todos que podían comerlo de inmediato si querían, pero que si esperaban a que ellos regresaran, obtendrían un malvavisco más. Luego los investigadores salían del salón por quince minutos. Algunos niños se comieron el malvavisco de inmediato, pero otros pudieron contenerse y obtuvieron dos al final.

—Los niños que tenían más autocontrol siendo pequeños, llegaron a sacar mejores calificaciones, tuvieron menos problemas con la bebida y las drogas, y también ganaron más dinero. Los científicos pudieron demostrar que el autocontrol es mejor indicador del éxito en el futuro que, incluso, la inteligencia.

—Ay, por dios —murmuró la señora Trinci—, ¡yo me habría comido el malvavisco de inmediato!

Lama Tsering ignoró la exclamación de la señora.

—Nosotros hemos observado este mismo comportamiento a lo largo de los años en nuestros monjes. No siempre es el más inteligente el que alcanza la plenitud, sino los que están dispuestos a comprometerse.

—¿Pero qué tiene que ver la glucosa? —preguntó Serena.

—Hace poco me enteré de que uno de los factores que más afectan nuestra voluntad es la cantidad de glucosa que hay en nuestro sistema —explicó Lama Tsering—. Los bajos niveles de glucosa conducen a una autorregulación menor, a una capacidad inferior para controlar los pensamientos, las emociones, los impulsos y el comportamiento. Cuando pasa mucho tiempo desde la última comida de una persona, ésta comienza a estresarse y no puede pensar con claridad suficiente.

—Ah, sí, ya he escuchado algo al respecto —dijo Lobsang, animado por un recuerdo—. Se trataba de un estudio sobre si se les daría libertad condicional, o no, a los presos.

La señora Trinci y Serena lo miraron con interés.

—Al final —les explicó Lobsang—, la decisión no tenía nada que ver con el crimen que habían cometido, su comportamiento en la cárcel, la raza a la que pertenecían, ni ninguna otra variable que uno pudiera imaginar. La decisión se tomaba con base en la hora del día en que los presos aparecían frente al consejo de libertad condicional, y cuán cansados o hambrientos estaban sus integrantes. Entre más cerca estaba la reunión de la hora en que habían desayunado o comido, más altas

eran las probabilidades de que otorgaran la libertad condicional; pero conforme pasaba la mañana o la tarde, los integrantes del consejo se cansaban más, se sentían más hambrientos y, por lo tanto, eran menos proclives a otorgar la libertad.

—Ése es un ejemplo muy bueno —dijo Lama Tsering, al mismo tiempo que hacía una anotación—. Y creo que todos hemos pasado por algo así. Cuando estamos cansados y hambrientos, todo requiere un gran esfuerzo.

—Es precisamente por eso que ahora nos encontramos disfrutando de las barritas de coco —interrumpió la señora Trinci—, y por lo que me aseguro de que la pequeña Leona de las Nieves de Su Santidad nunca sufra de... —la señora se quedó pensando en el término adecuado.

—¿Fatiga por tomar decisiones? —sugirió Lobsang.

Entonces pensé que, mientras mi pancita estuviera llena de *goulash*, Lobsang podía hacer cuantas bromas quisiera a mi costa, y seguí lamiendo los vestigios de la deliciosa salsa del estofado que se había quedado pegada al recipiente.

—Señora Trinci —dijo Lama Tsering, agitando el fajo de papeles que traía en la mano derecha—, traigo conmigo el menú oficial de las cocinas del monasterio, y me gustaría saber si usted podría asesorarme para mejorarlo.

—¿Para controlar el índice glicémico en las comidas? —preguntó.

—Exactamente.

—Necesita buscar todo lo que se quema lentamente —dijo, estirándose para tomar los papeles—. Nueces, vegetales, frutas crudas, queso, aceites y otras grasas buenas. Comida que genere un mejor equilibrio del azúcar en la sangre —la señora escudriñó la lista y sacudió la cabeza—. ¿Arroz blanco? ¿Pan blanco? ¿Todos los días? ¡Oh, no, esto es demasiado!

Lama Tsering, con un aire de aprobación, observó a la señora revisar la lista.

—Va a ser interesante ver la diferencia que podrían hacer algunos cambios sencillos en la cocina —dijo el lama.



En el Himalaya Book Café también se estaban discutiendo nuevos menús con avidez, y en particular, una intrigante oportunidad que se presentó de manera inesperada tras el banquete inaugural de comida india.

La fecha del segundo banquete estaba cerca, y los residentes que habían asistido al primero, los amigos que habían escuchado las entusiasmadas reseñas, y varios gerentes de hoteles a cuyos huéspedes se les garantizó una memorable salida nocturna, continuaban haciendo reservaciones. Sin siquiera haber tenido que pegar un póster en la ventana, los lugares se agotaron una semana antes del segundo banquete indio.

Además, algunas de las personas que habían asistido al primer banquete le pidieron a la chef, como un favor muy especial, que les proporcionara la receta de sus platillos favoritos. A algunos les encantaron las *pakorás* de verduras, y a otros, el pescado con curri al estilo Malabar. Serena, tan generosa como siempre, complació a la gente y le dio las recetas que ella y los hermanos Dragpa habían pasado tanto tiempo puliendo, ajustando y perfeccionando... infructuosamente.

Helen Cartwright, amiga de Serena del tiempo en que ambas estudiaban, fue la primera en quejarse. Ella y la chef estaban tomando un capuchino a media mañana, una semana después de que Serena le diera la receta del pollo al mango. Desde el exhibidor de revistas escuché a Helen decir que se había dispuesto a preparar el pollo para darle una sorpresa especial a su familia, pero había terminado con una insípida imitación del triunfo gastronómico de Serena.

¿Había seguido las instrucciones al pie de la letra?, preguntó la chef, desconcertada. ¿Dejó marinar el pollo? ¿Cuánto tiempo? Pero pasó un buen rato antes de que Serena identificara la verdadera razón de la desilusión de su excompañera de la escuela.

Algunos días después, la joven chef tuvo una conversación similar. Merrilee, de la clase de yoga, había intentado preparar la receta de *rogan josh*, y obtuvo el mismo deslucido resultado. Esta vez, sin embargo, Serena fue directo al meollo del asunto y le preguntó a Merrilee si había incluido todas las especias en la lista.

—Mmm, eh, bueno, casi todas —le dijo Merrilee, quien había sustituido algunas al notar que no tenía todas. Finalmente, eran sólo especias, ¿no?

—¿Qué tan frescas estaban? —preguntó Serena.

Su compañera de la clase de yoga tuvo que confesar que por lo menos uno de los ingredientes llevaba casi diez años almacenado en su alacena. Tal vez más.

Después de que la chef señaló la obvia razón del fracaso culinario, Merrilee se quedó un rato avergonzada, y luego propuso, como en broma, que Serena no sólo le diera la receta, sino también la mezcla correcta de especias. Así, la practicante de yoga tendría un éxito garantizado en la cocina.

Cualquier persona menos compasiva habría descartado la petición sin pensarlo dos veces, pero en cuanto Serena reflexionó sobre la desilusión de sus amigos y las bajas probabilidades de que algún día tuvieran acceso a la combinación adecuada de especias frescas y de calidad que ella tenía en su bodega, decidió acceder. A petición suya, los hermanos Dragpa elaboraron dos saquitos sellados con las especias necesarias para las recetas del pollo al mango y el *rogan josh*, y luego Serena se los entregó a Helen y Merrilee, respectivamente.

La chef no tuvo que esperar mucho antes de recibir la respuesta. Algunos días después, sus dos amigas regresaron extasiadas por la exquisitez de sus comidas y las entusiastas felicitaciones de la familia y los amigos. No obstante, ambas confesaron no sentirse dignas de los halagos, y Helen lo resumió de la siguiente manera:

—En realidad no hice *nada*. Cualquiera puede espolvorear una pieza de pollo y asarla media hora después. Lo que realmente hace el platillo son las especias.

Merrilee detectó el aspecto rentable de la experiencia.

—¿Por qué no pones a la venta las mezclas de especias, Serena? —propuso—. Yo sería la primera en comprarte.

Serena tomó en serio la sugerencia de su amiga y combinó la mezcla de especias con arroz y nueces para que lo único que tuviera que comprar la gente fueran vegetales o carne; y Sam usó su computadora para diseñar e imprimir la receta en papel color ámbar con el logo del Himalaya Book Café.

Los paquetitos de especias comenzaron a venderse como pan caliente entre el círculo de amigos de Serena, los clientes frecuentes del café y algunos estudiantes del grupo de yoga. En cuanto se esparció el rumor, la pequeña caja de exhibición sobre el mostrador tuvo que ser reemplazada por una más grande. Y al día siguiente de que Sam enviara un anuncio de los paquetes de especias a todas las personas que asistieron al primer banquete indio, se recibieron órdenes equivalentes a diez veces más que la cantidad que se había preparado hasta el momento. Incluso se recibieron órdenes desde Seúl, Cracovia, Miami y Praga, por parte de algunos viajeros que cenaron en el café en su visita a Dharamsala. La gente se mataba por tener acceso a los pequeños paquetes que le permitirían preparar una comida asombrosa en muy poco tiempo y sin tener que pensar mucho las cosas.



Tras la ráfaga inicial de emoción, el interés por los paquetes de especias siguió creciendo. El delicioso resultado que producían las mezclas prácticamente garantizaba que, en cuanto la gente usara el primer paquete, ya querría ordenar el siguiente. O los siguientes, tal vez. Uno de cada sabor, de ser posible. Lejos de ser una novedad pasajera, la popularidad de los paquetes de especias creció cada vez más. Cada semana llegaban nuevos clientes al café, y mucha gente volvió a ordenar paquetes por internet.



Durante una de nuestras reuniones para beber chocolate caliente al final del día, Sam hizo una extraordinaria revelación.

—¿Qué tal va todo con Bhadrak? —le preguntó a Serena.

Cuando el negocio de las especias rebasó al equipo, Bhadrak, el sobrino adolescente de los chefs, fue contratado medio tiempo tan sólo para preparar los paquetes bajo la supervisión de sus tíos.

—Parece que está funcionando bien —respondió Serena—. Es lento, muy lento pero meticulado. Prefiero eso que tener a alguien que haga lo contrario.

—Control de calidad —dijo Sam, asintiendo.

—En ese aspecto, sus tíos le han fomentado el temor a Dios —explicó Serena.

—¿Temor a cuál dios? —preguntó Sam.

—¡A todos! —contestó la joven con una risita ahogada. A pesar de haber sido educada en la India, a Serena todavía le parecía que la variedad existente de deidades era muy desconcertante.

—Me estaba divirtiendo un poco con una hoja de cálculo... —dijo Sam, señalando con un gesto los papeles que estaban en la mesa, entre ambos.

—¡Vaya! ¡Eso es tan... *Sam!*

—No, en serio, creo que incluso *a ti* te parecerá interesante lo que te voy a mostrar —dijo, en tono de protesta—. La semana pasada descubrí una nueva tendencia en los paquetes de especias. Viéndolo en retrospectiva, supongo que era algo predecible, pero no lo vi venir.

Serena arqueó las cejas.

—Hablo de los clientes referidos. Pero no me refiero solamente a los residentes locales. Hemos estado recibiendo órdenes de amigos de la gente que ha visitado el café. En un caso, una tienda de *delicatessen*, en Portland, Oregón, ordenó veinte paquetes de cada variedad.

—Bhadrak va a estar *muy* ocupado —exclamó Serena.

Sam se dio cuenta de que Serena no estaba viendo lo que a él le resultaba tan evidente.

—Creo que esto podría llegar más lejos. Tenemos todo este interés tras un banquete de comida india, y sin publicidad en internet. Los paquetes de especias ni siquiera aparecen entre los artículos enlistados en nuestro sitio.

—Tal vez es sólo una casualidad, un momento favorable —dijo la chef, encogiendo los hombros—. En un par de meses la novedad perderá su encanto y...

—O podría suceder lo contrario —Sam, con su nueva y más temeraria personalidad, no tuvo ningún problema para presentarle su argumento—. El segundo banquete podría servir para hacer crecer el impulso que produjo el primero. Podrías incluir un paquete de especias en cada cena. El primero podría ser gratis. De esa forma, más gente podría probarlo y comprar después —Sam levantó los papeles que había sobre la mesa, sacó una hoja con proyecciones y se la entregó a Serena—. Mira lo que sucedería si las ventas siguieran el mismo patrón que se generó después del primer banquete.

—¿Qué es esto en la izquierda? —preguntó Serena, señalando una de las gráficas.

—Las ventas en dólares estadounidenses.

Serena se quedó sorprendida.

—¿Y lo rojo? —preguntó, señalando ahora una línea angular con una marcada tendencia ascendente.

—Eso es con base en una proyección conservadora de lo que sucedería si promoviéramos los paquetes de especias entre toda la gente que tenemos en la base de datos.

—¡Es asombroso! —Serena abrió los ojos admirada.

—Y todavía ni siquiera he considerado cualquier otra cosa que pueda suceder, como si consiguieras algo de publicidad; promoción en internet; o tal vez, que la tienda de *delicatessen* de Portland nos vuelva a ordenar paquetes.

Serena se enderezó en el sofá.

—Estas cifras... —la joven no dejaba de sacudir la cabeza asombrada.

—¿Ahora sí te das cuenta de por qué dije que me divertí haciendo esto? —dijo Sam en tono de broma. Serena asintió con una sonrisa.

—Bueno, fue mucho más que sólo una experiencia divertida —corrigió Sam—. Lo genial de todo esto es que nos coloca en una situación en la que podemos hacer negocios reiteradamente. Los turistas visitarán el café dos o tres veces como máximo. Tal vez compren un par de libros o regalos, y se acabó. Pero lo que tú creaste les da la oportunidad de, literalmente, seguir gozando el sabor de sus vacaciones una y otra vez.

—Mantiene la relación con el café —añadió Serena.

—¡Exactamente! —a Sam le brillaban los ojos—. Y no sólo eso: ¡mira las cifras!

—Ya veo. Con ese tipo de volumen necesitaríamos algo más que el trabajo de medio tiempo que realiza Bhadrak y las esporádicas visitas al mercado. Yo tendría que encontrar una fuente para garantizar nuestro suministro de especias.

—Pero son problemas que vale la pena resolver —dijo Sam, instándola a dar vuelta a la página para llegar a la parte final de las proyecciones, en donde se mostraban los ingresos para el café y la librería, más el ingreso proyectado para los paquetes de especias—. Sólo revisa el último renglón.

—¡Vaya! —dijo Serena, sin dejar de ver las cifras.

Después de una pausa, Sam agregó:

—Es un negocio completamente nuevo, Serena.

Sam y Serena analizaron las cifras por un buen rato. Ella resplandeció al ver las posibilidades, pero de pronto su rostro se puso serio.

—¿Te ha dicho algo Franc respecto a los informes financieros? —preguntó.

La pregunta implicaba mucho más de lo que parecía porque, debido a lo que Franc estaba viviendo tras el fallecimiento de su padre, Serena y Sam habían decidido no hacer grandes aspavientos respecto al primer banquete de comida india. Lo que sí hicieron, sin embargo, fue enviarle los resultados del mismo en una columna aparte en los informes financieros que le hacían llegar cada mes, junto con una breve

explicación de cada rubro. La columna separada del banquete mostraba un ingreso récord en una noche en que el café por lo general estaba cerrado. Y junto a los resultados, habían escrito la pregunta: «¿Te agrada la idea?».

Sam vio la expresión de Serena y negó con la cabeza.

—Hasta que no tengamos noticias de él... —dijo la chef.

Sam juntó los papeles y los apiló sobre la mesa ratonera.

—Supongo que tienes razón —dijo.

Ambos se quedaron un rato acariciando a sus amigos *sem chen*. Los dos perros enterraban la cabeza en los cojines con mucho gusto mientras yo expresaba mi alegría con un ronroneo sutil.

—Y hablando de comida —musitó Serena poco después—, hoy escuché información interesante sobre nutrición y autocontrol —entonces narró la visita del encargado de la disciplina en el Monasterio de Namgyal—. Me pregunto si funciona igual para estos pequeñitos —dijo, mirándonos a los perros y a mí—. Supongo que la nutrición debe tener un efecto en la forma en que se sienten durante todo el día.

Sam levantó la vista momentáneamente. Estaba buscando un dato en su memoria enciclopédica.

—Recuerdo que en algún lugar leí que la dieta ideal para un gato adulto incluía catorce porciones del tamaño de un ratón al día.

—¿Catorce?! —exclamó Serena.

Sam encogió los hombros.

—En cuanto te deshaces del pelaje y los huesos, la verdad es que el ratón promedio ya no tiene muchas calorías.

—Supongo que no —admitió la chef.

—Probablemente hay datos similares para la nutrición humana. Todos los animales necesitan un equilibrio adecuado de agua, proteína y vitaminas.

—Es asombroso lo mucho que puede cambiar nuestro estado de ánimo dependiendo de los alimentos que comamos —musitó Serena.

—La felicidad es pura química —agregó Sam.

Serena se veía dudosa.

—Tal vez no de manera exclusiva, pero sí, tiene que haber química.

—Es un factor.

—Un factor *importante* —agregó ella.

—Ay, pequeña *Rinpoche* —dijo Serena, inclinándose y besando efusivamente mi cabeza—. ¡Espero que seas una Leona de las Nieves feliz con tu química!

«Sí», pensé. Después de una porción de leche deslactosada del tamaño de un ratón, claro que me sentía feliz. Y junto con las deliciosas comidas que había tenido ese día —entre las cuales, sin duda, lo mejor fue el delicioso *goulash* de la señora Trinci—, debo decir que alcancé un sorprendente entendimiento de la felicidad que, de otra manera, tal vez habría seguido siendo un misterio para mí.

De hecho, había descubierto la razón por la que, en una mañana perfectamente agradable, de repente podía sentirme aburrida e irritable. La razón, querido lector, era la *comida*. Parece que para los humanos la dieta baja en glucosa es lo mejor para mantener a raya el sentimiento de hastío e insatisfacción, y para no negarles la libertad bajo fianza a los presos que la solicitan. Pero para nosotros los felinos, ¿qué otra cosa podría hacer que este mundo sea perfecto, con más eficacia que una succulenta botana del tamaño de un ratón?



Dos días después, Serena se encontraba en la zona del café y, de repente, Sam le indicó que se acercara.

Ella lo vio sentado, con una cara triste, frente a su computadora.

—Acabo de recibir noticias de Franc respecto a los informes financieros —le dijo.

Ella no tuvo que ver la pantalla para adivinar lo que había sucedido, pero cuando lo hizo, vio la respuesta del dueño del café a la pregunta «¿Te agrada la idea?». Al final de la página, Franc había escrito «¡NO ME AGRADA LA IDEA!». Incluso subrayó las palabras para ser más enfático.

Sam sólo sacudía la cabeza.

—No comprendo.

—No me sorprende tanto —dijo Serena, alejándose de la computadora—. Franc siempre ha visto el café como un oasis occidental, un enclave traído del mundo exterior.

—¿Incluso si los clientes están votando a favor como locos con la cartera en la mano?

Serena encogió los hombros, pero era imposible no notar la desilusión en su rostro. Todas las expectativas de banquetes de comida india, paquetes de especias y promociones en internet en el futuro se habían desvanecido en un instante; y al mismo tiempo, surgió un presagio incierto respecto a lo que le deparaba al Himalaya Book Café: a partir de ahora nos dirigíamos a aguas inexploradas.

## CAPÍTULO NUEVE



No hay nada más desagradable que encontrar a un hombre con cara de mono sentado en el lugar de un amigo muy querido.

Bueno, tal vez haya una o dos cosas más desagradables que eso, como ser perseguida hasta un alto muro por un par de babeantes *golden retriever*, o descubrir que fuiste perro en una vida anterior. Sin embargo, querido lector, seguramente entenderás cuán consternada me sentí la mañana que entré furtivamente a la oficina de los asistentes ejecutivos —como una semana antes del regreso a casa del Dalái Lama—, y en lugar de ver vacía la silla al otro lado del escritorio de Tenzin, encontré que estaba ocupada por un monje pequeño y deforme. Me conmocionó tanto ver su arrugado rostro, que casi me fui de espaldas. El monje de boca diminuta, dientes de conejo y, para colmo, prácticamente sin barbilla, tenía una desagradable mueca inamovible.

Me pregunté si eso realmente estaría sucediendo o si sería otro de esos demenciales e intermitentes sueños que a veces tenía antes del alba. Pero no, las cosas eran tal como debían ser: Tenzin le estaba escribiendo una misiva al presidente de Francia con toda tranquilidad. Del otro lado del patio llegaba el sonido de los cantos de los monjes. El aroma de café tostado se mezclaba con el incienso Nag Champa que flotaba hasta la oficina desde el final del corredor. Era solamente un día más de trabajo... excepto por la extraña aparición que ya mencioné.

Tenzin me recibió con la formalidad de costumbre.

—Buenos días, GSS.

Di algunos pasos hacia él, y luego eché un vistazo por encima del hombro.

—Ésta es la gatita del Dalái Lama —le explicó Tenzin al otro hombre—. Le gusta sentarse sobre el archivero.

El monje gruñó como aceptando la información, pero sólo me echó un vistazo casi imperceptible antes de continuar trabajando en la computadora de Chogyal.

Querido lector, yo estoy acostumbrada a las distintas reacciones que mi apariencia

provoca, desde ser perseguida por los sabuesos del infierno hasta que los monjes de Namgyal se postren ante mí. A lo que *no* estoy acostumbrada, sin embargo, es a que me ignoren, y por eso, me flexioné un poco y luego salté al aire y aterricé con un inestable golpe seco sobre el escritorio de Chogyal. «Muy bien, Venerable Cara de Mono —pensé—, ahora sí no puedes ignorarme».

Pero ¡lo hizo! Hubo un momento de incredulidad en el que se quedó contemplando mi suntuoso, esponjado e irresistible cuerpo —bueno, irresistible para la mayoría de las personas— cuando me posé sobre un antiguo texto, pero luego volteó abruptamente a la pantalla de su computadora, como si fingiendo que en realidad no había sucedido nada pudiera borrar la experiencia.

Tenzin me prestó más atención y siguió mis movimientos con la diplomática discreción de costumbre, pero yo lo conocía lo suficiente para darme cuenta de que, detrás de esa cara de *no pasa nada*, en realidad estaba sucediendo mucho. De hecho, me dio la impresión de que mi aparición no programada le había resultado bastante divertida.

Después de varios minutos en los que el monje siguió ignorándome con los ojos pegados a la pantalla como si su vida dependiera de ello, me di cuenta de que no iba a ganar nada si seguía sentada sobre su escritorio, así que me contoneé hasta el de Tenzin y, tras tomarme la molestia de dejar la marca de mis patas sobre el elegante papel grabado del Palacio del Elíseo que el diplomático tenía frente a sí, deslicé mi frondosa cola sobre su muñeca. Fue mi forma de decir: «Vamos, vamos, querido Tenzin, tú y yo sabemos que algo anda mal aquí». Luego salté a la parte superior del archivero detrás de él y, después de acicalarme someramente detrás de las orejas, me dispuse a tomar mi siesta matutina.

Pero no pude dormir. Me senté ahí como esfinge, con las patas dobladas elegantemente debajo de mi cuerpo, y al mirar al otro lado de la oficina, mi pensamiento volvió a Cara de Mono, quien me pareció que estaba trabajando en un proyecto bajo la supervisión de Tenzin. ¿Pero por cuánto tiempo? ¿Se iría al mediodía?, ¿al final del día?

Y luego me alarmó un nuevo pensamiento: ¿qué tal si lo habían traído para que llevara a cabo el trabajo de Chogyal? ¿Sería un puesto de tiempo completo? ¡La mera idea me horrorizaba! Ahí estaba él, sentado como una presagiosa nube gris, como el polo opuesto al benévolo y rollizo Chogyal de dulce corazón. Si el Venerable Cara de Mono iba a quedarse permanentemente, entonces yo ya no quería pasar mi tiempo ahí, porque la oficina de los asistentes ejecutivos dejaría de ser un acogedor santuario convenientemente ubicado cerca de la habitación que compartía con Su Santidad, y se convertiría en un amenazante lugar que debería evitar con sumo cuidado. ¡Qué terrible giro de los acontecimientos! ¿Ahora dónde pasaría mi tiempo cuando el Dalái Lama estuviera de viaje? ¿Cómo podía sucederme esto a mí? ¿A la mismísima GSS?

Cuando me fui a comer al Himalaya Book Café, el monje seguía ahí pero,

afortunadamente, ya se había ido para cuando regresé. Me quedé esperando en la puerta, observando a Tenzin archivar algunos papeles, y en ese momento llegó Lobsang. Después de inclinarse para acariciarme varias veces, entró a la oficina con las manos en la espalda y se recargó en la pared.

—Y bien, ¿cómo te fue con el primero de tu lista? —le preguntó a Tenzin, mirando al lugar en donde se había sentado Cara de Mono.

—Es muy diligente y tiene un intelecto tan afilado como una navaja.

—Ajá...

—Y hace el trabajo en un santiamén —dijo, chasqueando los dedos.

Yo seguí la conversación con cuidado, mirando alternadamente al diplomático y al traductor.

—Los abades de nuestro monasterio principal lo aprecian mucho —dijo Lobsang. Tenzin asintió.

—Eso es importante.

—Crucial.

Hubo una pausa antes de que Lobsang dijera:

—Aunque presiento que hay un *pero*.

Tenzin lo miró llanamente.

—Sí el elegido sólo tuviera que lidiar con los abades, todo estaría bien, pero quienquiera que tome el puesto va a tener que llevarse bien con una variedad amplia de gente —Tenzin me miró y corrigió rápidamente su oración—: de seres.

Lobsang siguió su mirada y, siendo incapaz de contenerse, me levantó y me abrazó.

—Entonces carece un poco de trato gentil con quienes lo rodean, ¿no es cierto?

—Demasiado tímido —explicó el diplomático—. Es muy bueno para hablar sobre temas relacionados con documentos antiguos: en eso se desempeña perfectamente. Sin embargo, los mayores desafíos de este puesto tienen que ver con los problemas que puedan surgir con la gente; es decir, con la resolución de conflictos.

—Se trata de darle opciones a la gente.

—Exactamente, y Chogyal era muy bueno en eso. Tenía la capacidad de hacer que las otras personas pensarán que las ideas de él en realidad eran de ellas, y sabía apelar a los motivos más nobles de la gente.

—Un raro don.

Tenzin asintió.

—Va a ser muy difícil reemplazarlo.

Lobsang me estaba masajeando la frente con las yemas de los dedos, justamente como me gusta.

—También imagino que no fue muy cariñoso con GSS.

—Me pareció que no supo cómo reaccionar. Fue como si GSS hubiera llegado del espacio exterior.

Lobsang rio entre dientes.

—Y entonces, ¿qué hizo?

—Sólo la ignoró.

—¿La ignoró? ¿Cómo te pudo hacer algo así? —Lobsang miró mis grandes ojos azules—. ¿Acaso no se dio cuenta de que tú tomarías la decisión final?

—Exactamente. Otro de los requisitos del puesto es saber averiguar quién *realmente* ejerce su influencia.

—Además, tú no deseas convivir con gente que te ignore, ¿verdad GSS?



Dos días después, llegué a la oficina y me encontré con que un monumental monje con una cabeza tan grande como un peñasco y los brazos más largos que jamás había visto, ocupaba el lugar de Chogyal.

—Ah, sí, ¿y quién es éste? —y antes de que nadie pudiera decir *Om mani padme hum*, el monje me sujetó de la piel del cuello, me levantó y me mantuvo suspendida en el aire, estrangulándome lentamente como si fuera una especie de intrusa desvergonzada.

—«Ésta» —le explicó rápidamente Tenzin— es GSS: la *Gata de Su Santidad*. Y le gusta sentarse sobre nuestro archivero.

—Ya veo —el gigante se puso de pie, me asió con la otra mano, me llevó hasta el archivero y me dejó caer sobre él con tanta fuerza, que el dolor sacudió mis tiernas extremidades traseras.

—Es una belleza, ¿no? —señaló, al mismo tiempo que me machacaba el cuerpo conforme recorría mi columna con su mano.

Maullé lastimeramente.

—Es muy delicada —señaló Tenzin— y amada.

El monje volvió a su asiento y yo, aún temblorosa, escudriñé la oficina. Jamás me habían tratado con tanta rudeza en Jokhang. Jamás me habían asido el cogote con tanta desfachatez e inspeccionado como si fuera un animal en exhibición en el zoológico. Fue la primera vez que, desde que podía recordar, de verdad sentí miedo estando en aquella oficina. El monstruo no estaba consciente de su propia fuerza. Su intención no fue lastimarme, y tal vez cuando me arrojó al archivero pensó que me estaba ahorrando el esfuerzo de saltar hasta arriba por cuenta propia. Sin embargo, lo único en que podía pensar ahora era en cómo huir lo más rápido posible de la oficina sin que él volviera a tocarme.

Me quedé un momento ahí sentada, presa de la ansiedad. Y mientras Tenzin analizaba las recomendaciones contenidas en una propuesta de la Cruz Roja, el

Estrangulador de Gatos sentado en el escritorio de enfrente trabajó como un torbellino. Redactó correos electrónicos, leyó documentos y engrapó notas con resúmenes: todo con mucha energía. Cerró los cajones de golpe. Dejó caer el auricular del teléfono con fuerza sobre su base. El aire de la oficina tintineaba por tanta actividad y, cuando Tenzin hizo una broma, el gran monstruo se rio desde la panza, y grandes ráfagas de hilaridad hicieron eco en todo el piso de oficinas ejecutivas.

En cuanto anunció que se iba a preparar un café y ofreció hacerle uno a Tenzin también, me escabullí del archivero y escapé. En mi camino al Himalaya Book Café, en una visita mucho más temprano de lo usual, me descubrí pensando que, en comparación con este monstruo, Venerable Cara de Mono era infinitamente preferible. Aunque me sentí lastimada porque me ignoró, después descubrí que el problema era suyo, no mío. El gigante de túnica roja, por otra parte, era una amenaza física para mí. Si llegaban a elegirlo como el sucesor de Chogyal, me pasaría la vida tratando de evitarlo en Jokhang.

¿Y qué tipo de vida sería esa?

Todavía agitada, llegué al reconfortante entorno del café, en donde, debido al constante ir y venir de comensales y compradores de libros, siempre había mucho bullicio. No obstante, me sentí segura. Nunca antes me había maltratado un gigante, ni con túnica roja ni sin ella.

Iba a medio camino hacia el estante de revistas —mi lugar de costumbre—, cuando, de repente, me percaté de que pasaba algo raro en el rincón de la biblioteca en donde solíamos reunirnos para saborear nuestros premios al final del día. Serena y Sam estaban de pie, el uno junto al otro, y murmuraban con un aire discreto y urgente.

—Pe... pe... pero, ¿quién dijo eso? —preguntó Sam.

—Una amiga de Helen Cartwright conoce a Beryle, su hermana que vive en San Francisco.

—Y... y, ¿para cuándo?

—Pronto, muy pronto —Serena tenía los ojos abiertos y llenos de asombro—. Como en dos semanas.

Sam sólo sacudía la cabeza.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Nos lo habría dicho. Nos habría enviado un correo electrónico o algo así.

—No tiene ninguna obligación de hacerlo —dijo Serena, mordiéndose el labio—. Puede regresar cuando lo desee.

Ambos se quedaron mirando el suelo por un rato, pero finalmente Serena dijo:

—Creo que esto pone en perspectiva el asunto de los paquetes de especias. Si ni siquiera voy a estar trabajando aquí, realmente no importará lo que Franc opine.

—Pe... pe... pero no puedes saberlo —la autoridad de Sam lo había abandonado.

—Ese fue el acuerdo: yo sólo me iba a hacer cargo en su ausencia. Sería un apoyo temporal. Cuando hicimos el trato, yo estaba planeando volver a Europa.

—¿Por qué no le llamamos por teléfono?

Serena sacudió la cabeza.

—No. Está bien, Sam. Es su negocio. Supongo que ya sabíamos que esto sucedería.

—Tal vez podemos preguntarle a alguien. Podría ser sólo un rumor.

Cuando terminó su conversación, continué mi camino hasta la parte superior del estante y me senté en postura de cuernito francés. Aunque no llevaba mucho tiempo trabajando en el café, Serena había traído una calidez y vitalidad que habían hecho que el lugar fuera todavía más especial. Yo en realidad no quería pensar en la posibilidad de que tuviera que irse, sobre todo considerando lo que estaba pasando en casa.



Al día siguiente estuve otra vez en el café desde temprano porque me escabullí de Jokhang por si el Estrangulador de Gatos regresaba. Cuando Serena llegó a trabajar, me di cuenta de que no traía buenas noticias. Se acercó a Sam, quien estaba colocando en las repisas los libros recién recibidos, y le contó lo que pasó la noche anterior en su clase de yoga. Reg Goel, compañero de clase, era uno de los agentes de bienes raíces más conocidos en McLeod Ganj, y había estado cuidando la casa de Franc cuando él estaba en San Francisco. Al terminar la clase, mientras ponían en su lugar los almohadones, frazadas y cubos de madera, Serena le preguntó a Reg si sabía algo de Franc.

Reg le respondió con presteza que sí. Justamente esa misma mañana había visitado la casa de Franc para supervisar la remoción de las fundas guardapolvo de los muebles, la reinstalación de las plantas de la casa a su lugar original, y el reabastecimiento de la alacena y el refrigerador, porque el dueño del café le había llamado la semana anterior. Regresaría en cualquier momento.

Serena estaba tan sorprendida que no supo qué responder, y no tuvo el ánimo para quedarse a la sesión de té después de la clase. Al parecer, Sid estaba en el pasillo en ese momento, y al ver la expresión en su rostro le preguntó si pasaba algo malo.

Un poco avergonzada, Serena empezó a llorar. Sid la cubrió discretamente para que nadie la viera, y la acompañó de vuelta al café. Ella le explicó que el acuerdo con Franc era temporal y que, cuando él regresara, ella se quedaría sin trabajo.



Poco después de las diez de la mañana, al día siguiente, llegó Sid al café. Al principio no lo reconocí porque siempre lo había visto en su ropa para la clase de yoga, pero luego, cuando se quedó parado en la puerta, luciendo alto y elegante con un traje oscuro, supe quién era. Emanaba una elegancia tal, que se veía casi majestuoso.

Serena se acercó a él, haciendo gestos de sorpresa y deleite por verlo ahí.

—En realidad vine a verte —le explicó Sid, al mismo tiempo que la conducía hasta la parte trasera del restaurante, a la banca que tanto le había gustado a Gordon Finlay en el pasado. Era el lugar perfecto para una conversación privada.

—Lamento haberme comportado como una tonta anoche —le dijo Serena a Sid después de que se sentaron y le pidieron dos cafés a Kusali.

—No digas eso —contestó Sid con actitud protectora—. Cualquiera persona en tu lugar habría sentido lo mismo —Sid la observó detenidamente por un rato, era obvio que le preocupaba—. He estado pensando en tu situación, y me pregunto: si llegara a pasar lo peor y te quedaras sin trabajo, ¿de todas formas querías quedarte en McLeod Ganj?

Serena asintió.

—Pero tal vez eso no sea posible, Sid, porque necesito un empleo, aunque no cualquiera. Antes creía que lo único que deseaba en la vida era trabajar en alguno de los restaurantes más importantes de Europa, pero entre más tiempo paso aquí, más me doy cuenta de que eso no me llenaría realmente. He descubierto otras cosas que me gratifican de una forma más esencial.

—¿Cómo los curris y los paquetes de especias?

La chef se encogió de hombros.

—Todo es un poco hipotético, ¿no es verdad?

Sid se recargó en el respaldo de la banca.

—¿Te parece?

Ella frunció el ceño.

—Recuerdo que nos dijiste en el grupo de yoga cuán populares se habían vuelto los paquetes de especias —dijo Sid—, y que para poder lidiar con todas las órdenes tuviste que contratar a un nuevo empleado.

—Sí, el chico está ahí justo ahora —dijo Serena ladeando un poco la cabeza hacia la cocina—. Anoche llegó otra orden. Quieren doscientos paquetes.

—A eso es me refiero, precisamente.

—Pero si ya no voy a trabajar aquí... —Serena no terminó la oración, no comprendía lo que Sid quería decir.

—Bueno, también dijiste que Franc no quería darle seguimiento al asunto de los

curris y todo lo demás.

Ella asintió.

—Lo que estoy pensando es que, si regresa a trabajar como gerente y se apega a su menú de siempre, en realidad no habría un conflicto de interés si tú continuaras produciendo paquetes de especias —explicó Sid.

Serena abrió los ojos sorprendida.

—¿Pero en dónde?

—Hay muchos locales disponibles por aquí.

—No lo sé Sid, todavía no nos lanzamos de lleno al proyecto y ya tenemos problemas con el suministro.

—¿De las especias?

—Sí. En los mercados de Dharamsala se pueden conseguir al menudeo, pero necesitamos garantizar el suministro continuo de especias de la mejor calidad en grandes cantidades.

—Bueno, eso es algo que yo puedo solucionar fácilmente —dijo Sid con entusiasmo.

—¿Cómo?

—A través de mi negocio. Nosotros tenemos acceso a productores de toda la región.

—Pero pensé que te dedicabas a la tecnología de la información —exclamó Serena, cada vez más desconcertada.

Sid asintió.

—Entre otras cosas. Pero el comercio de especias orgánicas es muy importante para nuestra comunidad y para mí.

Sid ya había usado el término *nuestra comunidad* en las conversaciones en el balcón de Ludo, pero Serena no había notado antes que el énfasis provenía de una preocupación personal y muy profunda. Cuando dijo la palabra *orgánicas*, Serena se preocupó.

—¿Y qué hay de los precios?

—Nosotros les compraríamos directamente a los productores, por lo que tal vez el costo sería menor que en el mercado.

Serena le dio un sorbo a su café, pero no pudo evitar notar que Sid había dicho *nosotros*. Bajó la taza y colocó la mano sobre la mesa.

—Pero, incluso si yo quisiera abrir un negocio independiente, sabes bien que la única razón por la que los paquetes tuvieron éxito desde el principio es porque la gente los conoció en el Himalaya Book Café.

Sid sonrió; el afecto crecía en su mirada. Se estiró un poco y colocó su mano brevemente sobre la de la chef.

—Serena, el Himalaya Book Café fue lo que hizo que se te ocurriera la idea, pero que tu negocio llegue a ser exitoso no depende de eso. El café y las especias son dos

cosas totalmente distintas.

Serena se quedó viendo a Sid mientras asimilaba lo cierto de sus palabras. Sí, por supuesto, la gente no seguía ordenando los paquetes por el Himalaya Book Café, sino por el sabor, la conveniencia y el precio. Sin embargo, en ese momento, lo más importante para ella era *por qué* le estaba diciendo Sid todo eso. Resultaba evidente que había pensado mucho en ella y en los desafíos que enfrentaba: mucho más de lo que habría creído posible apenas un día antes.

Mientras reflexionaba sobre el asunto, la joven tuvo otros pensamientos fugaces, como la frecuencia con que Sid se sentaba junto a ella en el balcón después de la clase; lo feliz que se puso cuando ella anunció su intención de quedarse en McLeod Ganj en lugar de regresar a Europa; lo mucho que se preocupó cuando ella le mencionó que Franc había perdido a su padre... Todo apuntaba a la misma dirección.

Así como a Sam le pasó desapercibida Bronnie hasta el momento que la tuvo frente a él, al otro lado del mostrador de la librería, extendiendo la mano para estrechar la de él, Serena estaba *notando* a Sid ahora por primera vez. Tal vez estuvo ahí todo el tiempo, pero ella apenas comenzaba a comprender la situación, y eso la hizo sonreír.

—Bueno, ¿y respecto a la comercialización? —le preguntó a Sid, un poco distraída—. La base de datos de los clientes le pertenece al Himalaya Book Café.

—Franc parece un hombre razonable —dijo Sid—. Incluso si él de verdad *no* quisiera continuar con el negocio de los paquetes de especias, creo que no tendría problema en compartir contigo su base de datos, a cambio de una remuneración.

Serena asintió.

—Eso resultaría en un ingreso complementario, pero si yo decidiera trabajar por mi cuenta...

—Entonces necesitarías una distribución mucho más amplia que, idealmente, llegara al extranjero. Y creo que hay alguien que podría ayudarte con eso.

—¿Ah, sí?

—De hecho ya lo conoces.

Otra vez una *coincidencia*.

—¿Está aquí?

—Bueno, no recuerdo su nombre pero mencionaste que era uno de los hombres de negocios más exitosos de la industria de la comida rápida.

«*Gordon Finlay*» —pensó Serena.

—¡Vaya! —dijo en voz alta—. Si él me abriera la puerta a tan sólo una cadena de venta al menudeo... —la joven chef sacudió la cabeza—. No puedo creer que no haya pensado antes en él.

—A veces es más fácil ver las cosas a distancia.

Serena y Sid se miraron durante un larguísimo rato.

—Esto es... ¡asombroso! —dijo finalmente Serena. Ahora fue ella quien se estiró hasta la mesa para tomar la mano de él entre las suyas—. Muchas gracias por todo, Sid.

Él asintió profundamente con una sonrisa.

—¿Tienes una tarjeta de presentación o algo así? —le preguntó ella—. Por si necesitamos hablar más.

—Me puedes encontrar en la clase de yoga —contestó él.

—Tú eres muy constante, pero tal vez yo no pueda asistir con regularidad esta semana.

—No voy a faltar a ninguna clase.

Hubo una curiosa pausa antes de que Serena insistiera.

—Pero... ¿me podrías dar un número telefónico o algo?

Un momento después, y tal vez con un poco de reticencia, Sid buscó en su bolsillo. Luego sacó una tarjeta de su cartera de cuero negro y se la entregó a la joven.

—No es necesario que tenga tu nombre —dijo ella cuando recibió la tarjeta—. Sólo necesito una dirección y un número telefónico.

—Pregunta por Sid.

—¿Y sí te identifican bien en este número?

Sid rio sutilmente.

—Sí, todos me conocen ahí.



Serena estuvo distraída el resto de la mañana y toda la tarde. Hubo instantes en que volteé y la sorprendí mirando a la distancia desde atrás del mostrador, cosa que jamás le había visto hacer. En cierto momento sacó de la cava una botella de Sauvignon Blanc helado y se la llevó a la cocina en lugar de hacerla llegar a la mesa del cliente. Poco después se despidió de otro cliente sin haberle dado su cambio. Estaba desempeñando las tareas del *mâitre d'*, pero era evidente que su pensamiento estaba en otro lugar.

La visita de Sid le había causado mucha alegría pero también la dejó perpleja. ¿Cómo no se dio cuenta antes? Si sus propios sentimientos se manifestaron en el deleite de su rostro cuando Sid se inclinó para tocar su mano. Y además, se sintió algo cohibida al notar cuánto tiempo había dedicado él a pensar en su situación. Pero ahora que Sid ya no estaba ahí, las dudas de Serena nublaron su pensamiento. La noticia del inminente regreso de Franc, la revelación del interés que Sid tenía en ella, sus audaces pero escalofrantes propuestas de negocios... había muchas cosas que asimilar. ¿Por qué siempre todo tenía que suceder al mismo tiempo?

Poco después de la comida —una succulenta fiesta de suave lenguado en salsa *meunière* que devoré agradecida—, escuché a Serena contándole a Sam, con cierta reserva, algunas de las sugerencias que le había hecho Sid.

—No estoy segura de que Franc esté *dispuesto* a dejarme usar su lista de clientes —le dijo a Sam—. Me da la impresión de que no quiere que el café esté asociado con otros productos.

Sam se quedó callado.

—E *incluso* si Gordon Finlay me abriera las puertas —continuó—, tendría que pasar mucho tiempo antes de asegurar un flujo constante de órdenes al menudeo. Y mientras tanto, ¿cómo me mantendría?

Era una tarde peculiar. Por lo general, el Himalaya Book Café era un lugar muy agradable para pasar el rato, pero esta vez, era como si la música de costumbre hubiera sido trasportada a una tonalidad menor. En el cielo había nubes oscuras, y la brisa se tornó tan helada que, para las tres de la tarde, Kusali tuvo que cerrar las puertas de vidrio.

Yo, por mi parte, sólo me quedé en el café porque me daba miedo pensar en lo que podría encontrarme si regresaba a Jokhang antes de que terminara la jornada laboral. La mera idea de que el monje gigante me pusiera un dedo encima provocaba escalofríos en mis esponjadas botitas grises de pelambre. Aunque nada más faltaban algunos días para el regreso de Su Santidad, la amenaza del monje gigante había provocado que mi emoción disminuyera.

Y en el caso de Serena, era obvio que la preocupación por el inminente regreso de Franc había templado el entusiasmo que le causó la visita de Sid.

La reunión de esa tarde para beber chocolate caliente confirmó cuán inestable se había vuelto la situación. Después de los tradicionales gestos entre Serena y Sam, ella se dirigió a nuestro rincón seguida por Kusali. En la bandeja había tres tazas, porque Bronnie ya se había vuelto visitante regular a esa hora, las galletas para perro y mi cuenco con leche.

*Marcel* y *Kyi Kyi* atacaron vorazmente sus galletas como si fuera la primera vez que los alimentaban en el día. Yo bebí mi leche con un poco más de decoro. Sam dejó los asuntos de la librería y se sentó pesadamente frente a Serena.

—¿Viene Bronnie hoy? —preguntó la joven chef, señalando la tercera taza de chocolate sobre la bandeja.

—No —contestó Sam cansado. Y tras una pausa, añadió—: tal vez no vuelva a venir.

—¡Ay, Sam! —dijo Serena con preocupación.

Sam dio un largo sorbo de chocolate antes de mirarla brevemente.

—Tuvimos una fuerte discusión —dijo

—¿Una típica riña de pareja?

Sam sacudió la cabeza haciendo evidente que estaba triste.

—Algo más que eso.

Serena se mantuvo en silencio esperando que él continuara explicando.

—Ella dice que siempre ha querido ir a K... K... Katmandú, y recientemente surgió un trabajo de voluntariado ahí. Bronnie no parece entender que yo no puedo simplemente dejar la librería para irme con ella.

Serena frunció los labios.

—Es difícil.

Sam suspiró profundamente.

—Mi empleo o mi novia. Vaya dilema.

Para ese momento ya no había nadie en la librería, y en el café sólo quedaba una mesa ocupada. Eran cuatro clientes habituales matando el tiempo con lo que les quedaba de *crème brûlée* y café. Como Kusali seguía de guardia, ni Serena ni Sam prestaban demasiada atención a lo que sucedía más allá de su mesa, y por eso los tomó completamente por sorpresa la llegada de un visitante que pareció materializarse de la nada. Como había sido maestro de Franc y también se había autonombrado consejero de Sam, la gente del café lo conocía bien. No obstante, todos llevaban mucho tiempo sin verlo. El visitante había venido con un propósito muy específico.

Al sentir movimiento en las escaleras que conducían al café, Sam levantó la mirada y vio al visitante al otro lado de la mesa.

—¡Geshe Wangpo! —exclamó asombrado.

Sam y Serena se pusieron de pie en un santiamén.

—¡No se levanten! —ordenó el monje, con las palmas hacia ambos—. Sólo vine un momento, ¿de acuerdo? —dijo, y se sentó en el brazo del sofá donde estaba Sam.

Geshe Wangpo tenía una personalidad muy autoritaria, y su sola presencia bastaba para dominar a los presentes y sumergirlos en un estado de sumisión natural. Cuando Serena volteó a mirar a Sam, Geshe Wangpo les dijo:

—Es necesario practicar la ecuanimidad. Cuando la mente está demasiado ocupada, no puede haber felicidad ni paz, y esto no nos ayuda ni a nosotros mismos ni a otros —dijo, mirando enfáticamente a Serena.

Cuando ella bajó la vista, sentí la fuerza de la mirada de Geshe Wangpo desviarse hacia mí, y fue como si de pronto me hubiera convertido en un libro abierto para él. Parecía saber con exactitud cómo me sentí respecto a Venerable Cara de Mono y al Estrangulador de Gatos. También parecía estar al tanto de que me refugié en el café porque tenía miedo de regresar a Jokhang, y de que la infinita confianza que solía tener en mí misma me había abandonado. Cuando volteé a verlo, sentí que me conocía tan bien como yo.

Luego fue el turno de Sam de sentirse expuesto. Asintió arrepentido porque no había manera de ocultarse de la verdad evidente.

Serena habló un momento después.

—El problema es cómo —dijo Serena.

—¿Cómo? —preguntó Geshe Wangpo.

—Es tan difícil mantenerse en equilibrio cuando... hay tantas cosas sucediendo al mismo tiempo —explicó la joven.

—Hay cuatro herramientas —dijo Geshe Wangpo, mirándonos por turnos—. La primera es la impermanencia. Nunca lo olviden: *todo, esto, también, pasará*. Lo único que sabemos con seguridad es que, sin importar cómo estén las cosas ahora, van a cambiar. Si te sientes mal en este momento, no hay problema porque más adelante te sentirás mejor. Y todos ustedes saben que es verdad. Siempre lo ha sido, ¿no? Y lo sigue siendo.

Sam y Serena asintieron.

—Segunda herramienta: ¿para qué preocuparse? Si puedes hacer algo al respecto, hazlo; si no, ¿entonces por qué te preocupas? ¡Vamos! Cada minuto que pasas preocupándote pierdes sesenta segundos de felicidad. No permitas que tus pensamientos se conviertan en ladrones y que te roben la alegría.

—Tercera herramienta: no juzgues. ¿Sabes que cada vez que dices «Qué mal que esté sucediendo esto», podrías estar equivocado? Perder tu empleo puede ser exactamente lo que necesitas para comenzar una carrera más gratificante. Terminar una relación puede abrir más posibilidades de las que te has imaginado jamás. Cuando algo así sucede, tú piensas *qué mal*. Pero más adelante puedes pensar *es lo mejor que me ha sucedido en la vida*. Así que, sin importar qué tan mal se vea la situación en determinado momento, no juzgues... porque podrías estar completamente equivocado.

Serena, Sam y yo nos quedamos viendo fijamente a Geshe Wangpo. Nos paralizamos. En ese momento se veía como Buda mismo, apareciendo justamente entre nosotros para decirnos con toda precisión lo que necesitábamos escuchar.

—Cuarta herramienta: sin pantano, no hay loto sagrado. La más trascendente de todas las flores crece en el lodo del pantano. El sufrimiento es como el pantano porque nos hace más humildes, más abiertos y capaces de comprender a otros. De esta forma podemos transformarnos y llegar a ser verdaderamente hermosos como el loto sagrado —Geshe Wangpo se levantó del brazo del sofá para explicar su mensaje—. Pero, por supuesto, me refiero a lo que hay en la superficie del océano, a los vientos y las tormentas que todos soportamos. Nunca olviden, sin embargo —dijo, inclinándose sobre la mesa al mismo tiempo que se tocaba el corazón con la mano derecha—, que muy, muy en el fondo, todo está bien. La mente siempre permanece inmaculada, infinita y radiante; y entre más habiten en ella, más fácil les será lidiar con los problemas temporales de la superficie.

Geshe Wangpo se estaba comunicando con algo más que palabras, y también nos enseñaba su significado. En ese momento, la profundidad y el bienestar con que nos estaba hablando fueron una realidad palpable. Y luego sólo se fue, tan silenciosa y sorpresivamente como llegó.

Serena y Sam se quedaron un rato sentados en los sofás, asombrados por lo que acababa de suceder.

Sam fue el primero en hablar.

—Eso fue... de verdad increíble.

Serena asintió con una sonrisa.

—Es como si Geshe Wangpo supiera exactamente lo que está pasando por tu mente —continuó diciendo.

—Y no sólo cuando estás con él —añadió Serena. Sam se le quedó viendo durante un largo rato, compartiendo el asombro—. Todo lo que dijo es tan cierto —agregó con una sonrisa que parecía significar que una nube oscura se desvanecía.

Sam asintió.

—Es tan preciso que molesta.

Ambos rieron entre dientes.

Kusali abrió la puerta del frente, y la suave brisa vespertina recorrió el café. Cerca de la ventana, los últimos comensales del día ya se preparaban para irse.

Yo me quedé reflexionando sobre el significado de lo que había dicho Geshe Wangpo. La felicidad perdurable sólo era posible gracias a la ecuanimidad. Mientras la felicidad continuara dependiendo de las circunstancias, seguiría siendo tan fugaz y poco fiable como los sucesos mismos. De la misma forma que sucede con los pelos de gato que vuelan en el viento, nuestras emociones pueden salir disparadas por todas partes, impulsadas por fuerzas que están más allá de nuestro control.

Las herramientas para cultivar la ecuanimidad no requerían ningún salto de fe. Por la forma en que las explicó Geshe Wangpo resultaban más bien obvias, pero en el fondo, la esencia de la ecuanimidad radicaba en la familiaridad con la naturaleza de la mente misma, familiaridad que yo ya había desarrollado hasta cierto punto, gracias a la práctica de la meditación. Geshe Wangpo, por otra parte, dominaba dicha práctica, y eso se notaba en la forma en que las mentes de los otros se volvían transparentes para él: consecuencia natural de que su propia mente estuviera libre de elementos que la oscurecieran.



Pasó algún tiempo antes de que Serena lo notara pero, de repente, sólo miró del rostro de Sam al sofá, luego debajo de la mesa y, por último, hasta la canasta debajo del mostrador.

—¡Los perros! —exclamó.

Sam se enderezó en el sofá dando tumbos y preguntó.

—¿En dónde están?

Ambos se levantaron y buscaron en el café y en la librería.

Y entonces Serena los vio acostados afuera, en el pavimento, junto a la puerta del café. *Marcel* y *Kyi Kyi* jamás habían abandonado el sofá y la posibilidad de que les rascaran la panza en nuestras sesiones al final de la jornada. Nunca habían salido a la oscuridad de la noche. Era algo sencillamente imposible.

Serena y Sam se miraron.

—Ya saben —dijo ella.

## CAPÍTULO DIEZ



Y efectivamente, sabían.

Poco después, tras despedirse de la última mesa de comensales, Serena empezó a sumar todas las notas de venta. Sam hacía lo mismo detrás del mostrador de la librería, y Kusali le estaba dando los últimos toques al café para el desayuno de la mañana siguiente. Yo ya había abandonado la sección de libros y estaba a punto de pasear sin prisa hasta llegar a casa.

Pero entonces se escuchó un repentino barullo afuera, y todos miramos a la puerta. Un taxi blanco y grande se acababa de estacionar junto al café y todavía tenía las luces encendidas. Alguien salió de la parte de atrás. *Marcel* y *Kyi Kyi* comenzaron a ladrar como locos y a dar saltos alrededor de la persona de *jeans* negros y camiseta. Incluso antes de que volteara, ya todos sabíamos quién era.

El hombre se inclinó y tomó a un perro en cada brazo. Los ladridos terminaron abruptamente y fueron reemplazados por un frenesí de olfateo, gimoteos y lengüetazos en el rostro. Franc echó la cabeza para atrás y se carcajeó con inmenso gozo.

Cuando entró al café nos vio a Serena, a Sam a Kusali y a mí, en ese orden.

—Vengo directamente de Delhi. Le pedí al conductor del taxi que pasara por el café y, cuando vi las luces encendidas... —Franc omitió más explicaciones, sólo siguió estrujando con deleite a los perritos, que no dejaban de retorcerse.

Serena fue la primera en acercarse.

—¡Bienvenido a casa! —dijo, y emocionada le plantó un beso en la mejilla.

Franc dejó a *Marcel* y a *Kyi Kyi* en el piso, y éstos de inmediato subieron a toda velocidad por los escalones por donde ya venía bajando Sam. Luego regresaron corriendo hacia Franc para después salir por la puerta hasta la banqueta y volver a entrar a toda velocidad.

—¡Qué alegría tenerte de vuelta! —Sam recibió a Franc con un apretón de manos seguido de un abrazo de oso.

Y a poca distancia de ahí, Kusali juntó las palmas a la altura del corazón y se inclinó profundamente. Franc le contestó con el mismo gesto, sosteniéndole la mirada todo el tiempo.

—*Namaste*, Kusali.

—*Namaste*, señor.

Luego Franc se acercó a donde yo estaba sentada y me tomó entre sus brazos.

—Pequeña *Rinpoche* —dijo, besándome el cuello—. Me alegra mucho que tú también estés aquí. No habría sido lo mismo sin ti.

Entonces me acurruqué en su brazo.

Sam miró a los perros, que seguían como locos dando vueltas en círculos.

—Sé que no dije nada respecto a mi regreso —les dijo Franc a Sam y a Serena—, pero fue porque quisiera que continuaran por algún tiempo más haciendo lo que hasta ahora.

—¿Y realmente crees que vas a poder mantenerte lejos del café? —preguntó Serena con una sonrisa, y sin mostrar la ansiedad que sentía.

—Ah, bueno, vendré a tomar un café o a comer pero, ¿retomar el puesto de gerente de tiempo completo...? —Franc sacudió la cabeza—. No tengo prisa. Una de las cosas que descubrí gracias a toda esta experiencia del fallecimiento de mi padre, es que quiero aprovechar al máximo mi tiempo en McLeod Ganj, y aprender de todos los grandes maestros que viven aquí. La vida es muy corta. No quiero pasármela administrando un restaurante.

Los tres humanos y yo escuchamos con toda atención.

—Si no fuera porque quieres volver a Europa —dijo, mirando a Serena—, trataría de persuadirte de que te quedaras y compartieras la gerencia conmigo.

—Vaya, ¡esa es una gran idea! —Sam volteó a ver a la joven chef con una enorme sonrisa.

Serena arqueó las cejas.

—¿Y confiarías en mis ideas?

Franc sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Los informes financieros nunca fueron tan gratificantes hasta que ustedes dos empezaron a dirigir el espectáculo. Me da la impresión de que todos aquí están mejor sin mí —tras decir lo anterior, Franc ladeó la cabeza y miró a los perros—. Bueno, espero que no *todos*.

Serena y Sam se miraron. Tenían las mismas dudas en la cabeza.

—Es sólo que... —comenzó a decir Serena, y entonces Sam la interrumpió.

—Cuando nosotros...

Y luego ambos se detuvieron.

—¿Qué pasa? —preguntó Franc, mirándolos alternadamente.

—Respecto a las noches de curri —alcanzó a musitar Serena poco antes de que Sam dijera:

—... los paquetes de especias.

—¡Exactamente! —exclamó Franc con un resplandor en la mirada.

—Pero pensamos que... —comenzó a decir Serena.

—Tu correo electrónico decía... —continuó Sam.

—... que no te gustaba la idea —concluyó Serena.

Franc frunció el ceño.

—¿Se refieren a los informes financieros del mes pasado?

Ambos asintieron acongojados, pero entonces Franc exclamó:

—Recuerdo exactamente lo que escribí: ¡NO ME AGRADA LA IDEA! ¡ME FASCINA!

De pronto, la emoción embargó a Sam.

—¡Entonces la parte inferior del mensaje debe haber quedado fuera de la pantalla! Creo que no la registró el escáner —dijo, mirando a Serena como disculpándose—. Es que sólo leímos la parte de ¡NO ME AGRADA!

Pero a Serena no le molestó. Estaba extasiada, así que jaló a Franc y lo abrazó.

—¡No sabes lo feliz que me hace esta noticia!



A la mañana siguiente, después del desayuno, salí con precaución de la *suite* que compartía con Su Santidad y crucé de puntitas el corredor que pasaba por la oficina de los asistentes ejecutivos. Estaba preparada para regresar disparada a mi refugio en cuanto viera al Estrangulador de Gatos, pero de pronto escuché a Tenzin y Lobsang discutiendo sobre un nuevo proyecto. Curiosa como siempre, entré con mis acolchadas patitas a la oficina.

—... completamente por sorpresa —alcanzó a decir Tenzin antes de notar mi presencia.

Ambos me saludaron a coro:

—Buenos días, GSS.

Yo seguí avanzando y froté las piernas de Lobsang, y luego las de Tenzin.

—La cuestión es que regresa en tres días y va a tener una agenda muy apretada desde que entre a la residencia —explicó Tenzin, retomando la conversación. Luego se agachó un momento para acariciarme—. ¿Escuchaste eso, GSS? Dentro de tres días, tu miembro favorito del personal nos traerá de vuelta a Su Santidad.

Arqueé la espalda agradecida por las demostraciones de afecto, pero la noticia de que el chofer de Su Santidad volvería a Jokhang no me emocionaba ni un poquito. Yo me jactaba de ser una gata con muchos nombres, pero el que él me otorgó era detestable. Me bautizó así en un momento en el que algo estimuló mis peores instintos, y traje a Jokhang un ratón en coma. Oh, querido lector, ¿podrás creer el

nombre que me dio el chofer? ¿A mí? ¿A mí? Pues, tomando en cuenta que «ratón» en inglés se dice «*mouse*», ¡el infame chofer me bautizó con el nombre de *Mou-se Tung!*



—Su Santidad sabe las dificultades que hemos tenido para encontrar a la persona idónea para el puesto —dijo Tenzin—. Hasta ahora, todos los incluidos en la restringida lista que hicimos han demostrado tener problemas con las habilidades o su temperamento, y por eso el Dalái Lama sugirió esta solución a corto plazo.

Al escuchar esto me sentí profundamente aliviada. Por lo que dijeron, el puesto de Chogyal no sería usurpado por Venerable Cara de Mono, y tampoco tendría yo que pasar todos los días a escondidas por la oficina de los asistentes ejecutivos para evadir al Estrangulador de Gatos.

—Entonces, ¿para cuándo esperas que llegue el asistente temporal? —preguntó Lobsang.

Tenzin miró su reloj.

—En cualquier momento. Acabo de enviar a Tashi y Sashi a recogerlo.

Lobsang asintió. Luego miró la pantalla de la computadora y preguntó:

—¿Y qué hay de sus habilidades en tecnología de la información?

Tenzin se encogió de hombros.

—Ni siquiera estoy seguro de que haya usado un celular en su vida.

—Por otra parte, ser capaz de leer la mente de las personas puede ser una gran ventaja —señaló Lobsang.

Ambos rieron, y luego Tenzin dijo:

—Algunas de las decisiones de Su Santidad pueden parecer extrañas al principio, pero he descubierto que, con frecuencia, las cosas no son lo que parecen.



Poco después Lobsang regresó a su oficina y yo ocupé mi lugar encima del archivero. En el corredor se escuchó una ráfaga de piewitos desnudos acompañada de voces de chiquillos. Y luego, sin ningún sonido o movimiento detectable, apareció Yogui Tarchin en la oficina. Como la primera vez que lo vi en la casa de los Cartwright, vestía prendas que parecían sacadas de una época distinta. Su túnica era de un brocado rojo desgastado, y él mismo olía a incienso y cedro de otros tiempos.

Tenzin se puso de pie.

—Muchas gracias por venir —le dijo al yogui, haciendo una profunda reverencia.

—Es un privilegio poder servir a Su Santidad —dijo Yogui Tarchin, devolviendo la reverencia—. Tengo pocas habilidades pero mucha disposición.

Tenzin señaló la silla en donde Chogyal solía sentarse, y luego regresó a su escritorio. Él y el yogui quedaron sentados frente a frente.

—Su Santidad lo estima mucho —le dijo el diplomático a Yogui Tarchin—, y estará muy agradecido de recibir su ayuda para decidir varios nombramientos monásticos de importancia que necesita hacer a su regreso.

En ese momento recordé cuánto trabajo le costaba a Chogyal tomar esas decisiones. La política monástica podía llegar a ser muy complicada y, por lo tanto, aspectos como la autoridad en textos antiguos, la personalidad y el linaje debían estar cuidadosamente equilibrados.

Yogui Tarchin, sin embargo, sólo se rio sutilmente. Su risa me recordó de inmediato a alguien más: ¡a Su Santidad! La actitud del recién llegado parecía indicar que, sin importar la aparente seriedad de la decisión, si se le veía desde una perspectiva de gozo permanente y atemporalidad, podía tomarse con ligereza.

—Oh, sí —dijo Yogui Tarchin—. Cuando las decisiones son para el bien de todos, son fáciles de tomar, pero si el ego está involucrado, ¡todo se vuelve muy difícil!

Tenzin, sentado frente al yogui, parecía estar respondiendo a su relajada presencia. De pronto lo noté recargado más de lo normal en su silla, y lo vi suavizar los hombros.

—En esta oficina realizamos una buena cantidad de intercambio de misivas a través de la computadora —dijo Tenzin, señalando la pantalla de Chogyal—, pero podemos conseguir a alguien para que le ayude con el aspecto técnico.

—Muy bien —dijo Yogui Tarchin haciendo girar la silla para ver bien la pantalla. Luego tomó el *mouse* y, con toda familiaridad, lo usó varias veces—. Antes de mi último retiro usaba Microsoft Office. ¿Y quién no tiene una cuenta de correo electrónico? Pero bueno, aparte de eso, no, no sé mucho de computadoras.

Tenzin se veía asombrado. Sin duda pensó que uno no debe juzgar con prontitud las habilidades de un yogui. Después de todo, una mente que podía penetrar las verdades más sutiles de la naturaleza de la realidad, seguramente estaba preparada para crear un documento en Word.

En ese momento me reacomodé encima del archivero, y Yogui Tarchin miró por encima de su pantalla.

—¡Ay, Hermanita! —exclamó, levantándose de su asiento y acercándose para acariciarme con gran ternura.

—Ésta es la Gatita de Su Santidad, también conocida como GSS —le explicó Tenzin.

—¡Oh, lo sé! Ya nos conocimos.

—¿Por qué la llamó *Hermanita*?

—Es tan sólo un nombre. Ella es mi pequeña hermana en el Dharma —dijo Yogui Tarchin.

Pero ambos sabíamos que en realidad era una referencia a mi relación con Serena, referencia que en ese momento no entendí mucho más que la primera vez que la escuché. Ahora, sin embargo, sabíamos que compartíamos un secreto, un entendimiento cuya verdad se revelaría más adelante con el paso del tiempo.

Cuando Yogui Tarchin volvió a su escritorio, Tenzin miró hacia arriba y sonrió.

—Vaya, creo que ustedes dos ya son amigos —señaló.

Yogui Tarchin asintió.

—Sí, de muchas vidas.



Desde el momento que entré al Himalaya Book Café, noté la diferencia: la canasta debajo del mostrador estaba vacía. Por primera vez, desde que podía recordar, el café se encontraba libre de caninos. La sorpresa, más que cualquier otra cosa, hizo que me detuviera un momento. Y es que, aunque esta confesión pueda resultar demasiado extraña, me sentí bastante desilusionada de no verlos porque, mientras Franc estuvo fuera, los perros y yo nos hicimos buenos amigos. Luego recordé la sorpresiva aparición de Franc la noche anterior, y lo eufóricos que se pusieron *Marcel* y *Kyi Kyi* al verlo, y entonces me sentí muy feliz por ellos. Imaginé que seguramente en ese momento ya se encontraban en casa con él, y pensé que todo estaba bien en el mundo.

En el interior del café tuve la misma sensación. La visita de Franc la noche anterior sólo duró unos diez minutos, pero tuvo el mismo efecto de una tempestad. Toda la tensión que se estuvo acumulando los días previos, se liberó en un único momento de catarsis. Vi a Serena caminar con un nuevo brío, Sam se movía afanosamente por todos lados arreglando un nuevo exhibidor permanente para los paquetes de especias. Incluso entre los meseros parecía haber mucha actividad. Sin duda, algo sucedía en el Himalaya Book Café, y había alguien en particular con quien Serena quería compartir las buenas noticias.

La vi varias veces acercarse al teléfono sobre el mostrador de recepción, sacar la tarjeta de Sid y levantar el auricular, pero cada vez que esto sucedía, surgía algo que exigía su atención inmediata. Con toda la actividad que había en ese momento, la parte frontal del café era el lugar menos indicado para tener una conversación importante. Pero entonces, a Serena se le ocurrió algo más.

Volvió a sacar la tarjeta de Sid y se acercó a Kusali.

—¿Bougainvillea Street? —preguntó Serena—. Es la que pasa atrás del café, ¿no es

cierto? —continuó—. ¿La que tomo para ir a la clase de yoga?

—Así es, señorita —le confirmó el mesero, y luego, mirando la tarjeta, agregó—: número 108. Es la que tiene muros blancos y altos, y una puerta de metal.

—¿En serio? —la joven volteó a donde yo me encontraba—. Conozco el lugar. Son oficinas o algo así, ¿no?

Kusali asintió.

—Eso creo. Siempre suceden muchas cosas ahí.

En ese momento supe adónde iban los pensamientos de Serena, y mi curiosidad se despertó de inmediato. Recordé los prados ondulados y los cedros elevados que pude observar durante la eternidad que pasé atrapada sobre aquel muro. Pensé en las camas de flores fulgurantes de color y fragancia, y en aquella construcción que lucía tan extensa y llena de recovecos: escondrijos y grietas que a los gatos tanto nos gusta explorar. Y entonces decidí acompañar a Serena en su visita.

En cuanto pensé en la longitud de la colina y lo inclinado de la pendiente —¿alguna vez llegaría a olvidarlo?—, decidí tomar ventaja. Abandoné el café y seguí el sendero de la parte de atrás, pero me mantuve alerta por si aparecía algún *retriever*. Luego comencé mi subida por Bougainvillea Street, hacia la propiedad de altos muros blancos. Fui cuidadosa y me mantuve cerca de los edificios; también volteé hacia atrás con frecuencia: estaba lista para salir corriendo en busca de refugio si veía alguno de los *golden retriever* o a Serena acercándose. Sabía que ella no me dejaría alejarme tanto del café, pero si nada más me aparecía ahí justo cuando ella fuera a entrar, entonces no tendría otra opción que dejarme acompañarla.

Por eso, en cuanto la puerta lateral para peatones se abrió con un zumbido, después de que Serena se anunciara por el intercomunicador, yo me presenté casualmente en el lugar y me enrollé en sus tobillos. ¡Qué coincidencia!

Entramos juntas y caminamos por un corto sendero pavimentado hasta la casa. Había una escalinata de mármol que daba a la entrada del frente, la cual estaba debajo de un pórtico. Las columnas y las puertas dobles francesas con manijas de latón le daban al recibidor un aire formal.

Serena abrió una de las puertas y, de pronto, nos encontramos en un vestíbulo con paneles de madera, alfombras indias y una larga mesa de apariencia muy antigua que olía a abrillantador de muebles. Excepto por eso, la habitación estaba vacía. No fue fácil saber a qué tipo de edificio habíamos entrado, ya que el recibidor no tenía la frialdad de los que encuentra uno en una oficina, pero tampoco la calidez del de un hogar. Al frente había una puerta abierta que conducía a un corredor; a la izquierda, había otra puerta abierta que llevaba a una recepción, y a la derecha, unas escaleras.

Mientras Serena y yo observábamos todo esto, un hombre de mediana edad con camisa y corbata salió del corredor y caminó hacia nosotras.

—¿Le puedo ayudar, señora? —preguntó, mirándome un tanto desconcertado.

Serena asintió.

—Sí, disculpe, ¿se encuentra Sid? ¿Está disponible?

El hombre se quedó confundido.

—Sid —repitió ella, tratando de aclarar la situación—. Creo que trabaja en el departamento de tecnología de la información o algo así.

—¿Tecnología de la información? —repitió el hombre, como si fuera la primera vez que escuchara el término. Luego miró preocupado las escaleras y comenzó a caminar hacia ellas.

—Voy a hacer la petición —dijo.

Pero antes de que llegara al otro lado del vestíbulo, escuchamos que se abría una puerta en algún lugar del piso de arriba, y Sid apareció en la parte superior de las escaleras. Al igual que el día anterior, estaba vestido con un traje negro, y lucía distinguido e importante.

—Miraba por la ventana hace un momento y me pareció verte —dijo, con un tono de sorpresa en su voz. También se escuchaba complacido pero, ¿alcancé a notar cierta reserva?

—Gracias, Ajit —dijo, despidiendo al hombre que nos había recibido.

Ajit se inclinó brevemente antes de salir a toda prisa.

Sid bajó las escaleras y Serena bajó la mirada para verme.

—Espero que no te moleste, pero me parece que alguien me siguió. Supongo que no admiten gatos aquí, ¿verdad?

Sid se inclinó y abrió los brazos.

—¡Por supuesto que sí! ¡Pueden venir a cualquier hora! Un negocio sin gatos, es un negocio sin alma.

—Recibí una noticia que quería compartir contigo en persona —le dijo Serena con ojos resplandecientes—. Espero que no te moleste que haya venido a tu oficina.

—No hay ningún problema —dijo Sid, sonriendo—. Vamos a un lugar más tranquilo. Sólo debo decirte que estoy esperando una llamada en cualquier minuto, y tendré que tomarla.

Sid nos llevó a una sala con sofás, ventanas en saliente y cuadros con marcos con recubrimiento de oro; luego cruzó por varias puertas de vidrio hasta llegar a una veranda con vista a los prados y jardines que ya había visto yo antes desde una perspectiva muy distinta. En la veranda había muebles muy cómodos de mimbre.

Serena se quedó de pie un momento, observando y asimilando la belleza de los jardines. Había un acceso para autos que marcaba el perímetro de la propiedad, y a lo largo del mismo, altos pinos que regalaban su sombra. De pronto algo titiló entre los árboles y captó la atención de Serena.

—Ay, mira —dijo, señalando el Mercedes blanco que se acercaba con aire refinado al acceso para automóviles. Detrás del volante se alcanzaba a ver una figura con saco oscuro y gorro de felpa gris.

—¿Trabaja aquí? —preguntó Serena.

—Así es —respondió Sid, invitándola a sentarse—. ¿Gustas beber algo?

Ella sacudió la cabeza.

—No gracias, esto no me tomará mucho.

Sid sacó la silla frente a la que estaba sentada Serena, y yo olfateé las patas de los muebles. Tenían un penetrante aroma a cera. Me paré sobre mis patas traseras e inspeccioné la tela de los cojines, que ya estaban algo desgastados por el uso. A pesar de que jamás había estado ahí, me sentí inmediatamente como en casa. Salté a la silla junto a la de Serena para poder tener un panorama amplio de la escena que se desarrollaba alrededor.

—Franc hizo una aparición sorpresa en el café anoche —comenzó a decir la joven.

—¿Tan pronto?

Ella asintió.

—No nos avisó con anticipación porque no quiere volver a trabajar como gerente. Bueno, al menos, no inmediatamente. De hecho —una sonrisa iluminó su rostro—, mencionó que tal vez podríamos compartir el puesto porque le gustaría pasar más tiempo fuera del café.

—¿En serio? —Sid se deslizó casi hasta el borde de la silla.

—Y las cosas se ponen aún mejor —le dijo Serena como en secreto—. Toda esta idea que teníamos Sam y yo de que a Franc no le había agradado la idea de las noches de curri y los paquetes de especias, fue un malentendido.

—¿Cómo?

—Ya sabes, lo típico —dijo, sacudiendo la cabeza, divertida—. Resulta que, en realidad, había escrito ¡NO ME AGRADA LA IDEA! ¡ME FASCINA!, en la parte inferior de la página, pero el escáner no registró la segunda oración, que estaba más abajo.

Sid sonrió. Su rostro brilló con un dejo de esperanza.

—Entonces, ¿bastó una breve visita para...?

—Sí, ahora todo es distinto.

En ese momento se escuchó un golpeteo en la puerta de vidrio, y ambos voltearon a ver de qué se trataba.

Un hombre de camisa y corbata miró a Sid imperiosamente y le anunció:

—Ginebra en la línea.

—Lo lamento —Sid se levantó lo más rápido que pudo—. Trataré de ser muy breve.



Serena se quedó sentada contemplando los jardines y disfrutando del sol. Su mirada recorrió el verde follaje y luego regresó a la puerta por donde Sid se había ido. La

curiosidad le ganó y la obligó a regresar al salón de recepción. ¿Acaso necesito decir que la seguí de inmediato?

En una de las paredes había una enorme chimenea cubierta, tan alta que le llegaba a Serena al hombro. Encima de la chimenea había colgado un cuadro, también con marco dorado. Era el retrato de un hombre indio con turbante, traje de cuello tipo Nehru, botones enjorados y una espada colgando de su cintura. Tenía una expresión solemne... y un inconfundible parecido con Sid.

En otra de las paredes colgaban un par de curvadas espadas cruzadas, protegidas por estuches de cuero negro y oro. Alrededor había varios estandartes de seda bordados con filigrana de hilos de plata. Serena asimiló todo lo que estaba viendo antes de que su atención se enfocara en una mesa auxiliar pulida sobre la que había una serie de fotografías familiares enmarcadas. Algunas eran color sepia, otras eran a colores, y en ellas se podían apreciar varias generaciones de una familia en retratos individuales y grupales. Había varias fotografías de Sid con sus padres, las cuales analizó Serena con interés.

Una sección de la mesa estaba dedicada a las fotografías de una joven mujer. En algunas aparecía con Sid, y en otras, estaban ambos con una niña. También había fotos de la niña sola, a distintas edades.

Cerca de una de las ventanas en saliente había un cuadro grande de un edificio palaciego con un domo dorado. Estaba rodeado de altos muros y palmeras de gran envergadura: era el tipo de palacio que Serena había visto en las brillantes portadas de los libros de arquitectura india que Sam vendía en la librería, y que siempre se podían dejar a la mano sobre una mesa ratonera. La joven chef se quedó mirando el cuadro un rato hasta que el sonido de varias voces en el exterior atrajo su atención.

Desde las ventanas que daban al acceso para automóviles pudimos ver que el Mercedes blanco ahora estaba estacionado debajo del pórtico. Junto a él se encontraba el hombre de saco oscuro y gorro gris: aquel que Serena pensaba que era el marajá. A su lado, y dirigiéndose a él, estaba el hombre que le avisó a Sid de la llamada telefónica. Y aunque no pudimos escuchar los detalles de la conversación, era claro que el hombre que hablaba le estaba dando órdenes al del gorro.

Serena los observó y se quedó sumida en sus pensamientos, tratando de encontrarle la lógica a las enigmáticas conversaciones que había tenido con Sid.

—*Por ahí alguien dijo que era el marajá de Himachal Pradesh* —le había dicho a Sid aquella noche cuando regresaban de la clase de yoga, y Sid le respondió—: *Pues yo he escuchado lo mismo.*

Serena se dio cuenta en ese momento de que Sid había estado de acuerdo con ella en que ambos lo habían escuchado, y no en si era verdad.

Luego estaba la inexplicable aparición del marajá con los extintores de fuego, justo en el momento preciso para salvar el hogar y el estudio de yoga de Ludo. Si alguien lo hubiera llamado, entonces su oportuna presencia tendría más sentido.

Apenas ayer, a Sid le había costado trabajo darle su tarjeta de presentación, y cuando lo hizo, ella notó que incluía los detalles sobre cómo contactarlo, pero no su nombre.

Y finalmente, estaba la reacción que tuvo el hombre que nos recibió al llegar a las oficinas, cuando ella le dijo que había venido a ver a Sid.

A Serena le parecía que los sentimientos que había sentido por Sid y por su consideración y compasión hacia ella eran suficientemente genuinos, pero entonces, ¿por qué todo este misterio?

En ese momento se escuchó el sonido de pasos en la escalera, y Sid caminó por el vestíbulo hasta donde nos encontrábamos, pero se detuvo repentinamente cuando entró al salón de recepción y encontró a Serena frente a las fotografías de la familia.

—Entonces, ¿tú eres el marajá! —exclamó, con un tono más de sorpresa, que de reclamo.

Sid asintió una sola vez con aire solemne.

—Entonces, ¿por qué...? —preguntó Serena.

—He aprendido la importancia de la discreción a un costo muy alto. Tenía planeado decírtelo directamente, Serena. No esperaba que vinieras aquí de repente.

—Es evidente que no.

Sid señaló una silla.

—Déjame explicarte, por favor.

Una vez más, Sid y Serena estuvieron sentados frente a frente. Ella estaba en una silla, y él, en un sofá. Yo volví a olfatear las patas de los muebles, pero esta vez examiné las cortinas y las alfombras indias decorativas con intensa curiosidad. En este lugar, también todo me resultaba conocido.

Era como estar en familia.

—Mi abuelo recibió una vasta herencia cuando tenía mi edad —le dijo Sid a Serena—. Incluso tomando en cuenta los opulentos estándares de los marajás imperiales, él era un hombre sumamente rico. Podía contar sus diamantes por libras; las perlas por acres; y las barras de oro, por toneladas.

»También heredó un personal de más de diez mil individuos, incluyendo cuarenta concubinas y sus niños, y más de mil guardaespaldas. De hecho, había veinte personas cuya única ocupación era recoger agua del pozo más cercano —que se encontraba a varias millas de distancia—, para repartirla entre la familia extendida.

Serena escuchaba extasiada. Yo salté al sofá, caminé furtivamente hacia Sid y toqué tentativamente una de sus piernas con mi patita derecha. Como no se opuso, salté a su regazo, di varias vueltas en círculo para encontrar la mejor posición, y luego me acomodé sobre sus pantalones de raya diplomática. En cuanto me quedé quieta, él me acarició y me hizo sentir tranquila. Era como si en el pasado hubiéramos estado sentados así muchas veces.

—Por desgracia —continuó Sid—, a diferencia de nuestros predecesores, mi

abuelo no era un hombre astuto, y todo mundo se aprovechó de él: sus consejeros, sus sirvientes, e incluso sus supuestos amigos. Con el paso de los años perdió todas sus propiedades y dinero. Recuerdo que mi padre me llevó a visitarlo en su lecho de muerte. Para ese momento, el palacio estaba completamente en ruinas, y ya lo habían despojado de la mayor parte de sus tesoros. Sin embargo, incluso entonces seguía lleno de gente que, supuestamente, había ido a presentar sus respetos. Mi padre había contratado una empresa privada de guardaespaldas para que se colocaran en las puertas e inspeccionaran a toda la gente al salir —Sid sacudió la cabeza—. No quiero ni contarte los «recuerditos» que los guardias descubrieron entre las pertenencias de los visitantes.

»Para cuando mi padre se convirtió en marajá, el título ya prácticamente no incluía nada más, excepto un edificio en ruinas en las laderas de los Himalayas, al cual nunca regresó. Mi padre tenía muy poco interés en el comercio; prefirió dedicarse a una búsqueda espiritual. Se inclinó por el budismo, y por eso me dio el nombre de Siddhartha: nombre de nacimiento de el Buda.

Ronroneé.

—Tal vez el hecho de que mi padre fuera tan poco terrenal le impidió darse cuenta de lo que en realidad significaba la pérdida de la fortuna familiar. Seguíamos viviendo como si todavía tuviéramos dinero, y muchos de nuestros acreedores continuaron apoyándonos gracias al nombre de la familia. Mi padre me envió a estudiar al extranjero, y ahí me involucré con una chica que también tenía la impresión de que iba a desposar a un heredero.

»Cuando los acreedores por fin perdieron la paciencia que le tenían a mi padre y empezaron a amenazarlo, él murió de un ataque cardíaco. Mi novia me dejó y yo regresé a casa, en donde encontré una montaña de deudas y a mi madre muy afligida. Así que, como verás —Sid miró a Serena con una penetrante expresión—, desde ese momento he sido muy renuente a usar el título y apellido familiar que me resultaron tan... «problemáticos».

Serena lo miró con compasión.

—Lamento escuchar todo eso —le dijo con ternura—. Debe haber sido horrible para ti.

—Ya quedó en el pasado —Sid asintió vigorosamente—. Ahora he tenido algo de éxito en los negocios porque, a diferencia de mis antecesores, me he enfocado en beneficiar a la comunidad tanto como a mí mismo. Es por eso que estoy interesado en el comercio justo de especias, por ejemplo.

Serena sonrió.

—Estás siendo demasiado modesto —Serena hizo un gesto que abarcó el edificio y los jardines circundantes, y dijo—: me parece que has sido *sumamente* exitoso, y eso debe hacerte feliz.

Sid se quedó pensando un buen rato en lo que Serena dijo, y luego agregó:

—De hecho, creo que es al revés. Primero viene la felicidad, y luego el éxito.

Serena escuchaba con detenimiento. Sid continuó.

—Cuando regresé a la India me enfrenté a muchos desafíos, pero en el fondo de mi corazón, estaba seguro de mi propósito. Quería que mi vida tuviera el equilibrio del que carecieron mi padre y mi abuelo. Por supuesto, también quería practicar meditación y yoga para mi bienestar físico y mental. Realizar actividades comerciales que generaran dinero para beneficiarme a mí y a otros; sí, eso también. No me importó gran cosa vivir y trabajar en un departamentito de dos recámaras encima del mercado porque ya me sentía parte de la comunidad. Pude empezar a ayudar poco a poco. Creo que cuando uno tiene ese tipo de felicidad en el interior, el éxito se hace más probable, independientemente de si se alcanzan los objetivos o no.

—La paradoja del No apego —dijo Serena, asintiendo.

—No mucha gente lo entendería.

Serena le sostuvo la mirada a Sid por un largo rato antes de señalar el cuadro en la pared.

—¿Ése es el hogar de tu familia?

Sid asintió.

—Es un cuadro de la época de mi abuelo. Sigue más o menos igual, pero lo estamos restaurando lenta, muy lentamente, para que recobre su esplendor original.

—¡Es magnífico!

—Es el Palacio de los Cuatro Pabellones. Fue sublime en sus días de gloria, pero ahora, apenas se puede habitar. Mi madre dejó Delhi hace un año y se fue a vivir ahí con su familia de gatos del Himalaya. Como esta pequeña.

Miré a Sid inquisitivamente.

Delhi. El lugar donde nací. De una madre perteneciente a una familia que, al parecer, era adinerada. Una familia que se mudó poco después, y a la que nadie pudo rastrear.

—Te ves muy cómodo con ella en el regazo.

—Oh, sí. Los gatos son criaturas muy especiales; son particularmente sensibles al estado de ánimo y energía de la gente —luego, tras un momento, Sid preguntó—: pero bueno, ¿estoy en lo correcto al pensar que tal vez podamos trabajar juntos para hacerle llegar al mundo los paquetes de especias?

La joven chef y el marajá hablaron un rato de distribución, cadenas de suministro, comercialización en línea y patrocinios de celebridades; pero pude darme cuenta de que algo más estaba pasando en el fondo. Esa tarde, bajo los rayos de sol que entraban por la ventana en saliente, me dio la impresión de que Sid y Serena estaban bailando.

Luego Serena tuvo que irse y prepararse para la clase de yoga. Cuando salimos del salón, ella volteó y miró el cuadro.

—Me encantaría ver el Palacio de los Cuatro Pabellones. ¿Me llevarías algún día?

Sid sonrió de oreja a oreja.

—Sería un gran placer para mí.

Los tres caminamos hasta la puerta. Sid se quedó parado en la parte superior de las escaleras y nos vio salir.

A mitad del camino, Serena dio media vuelta.

—Por cierto... *Siddhartha*, la noche del incendio, mi bufanda sí estaba en el balcón, ¿no es verdad? —dijo, cubriéndose los ojos del sol vespertino.

Hubo una larga pausa antes de que Sid asintiera.

La brisa de la tarde llevaba consigo la exuberante promesa del jazmín nocturno. Serena besó las puntas de sus dedos y le lanzó un beso a Sid. Él sonrió, juntó las palmas y se las llevó al corazón.

## CAPÍTULO ONCE



¡Y por fin llegó el día del regreso de Su Santidad! Desperté de mi cuadragésimo cuarto sueño solo sobre la frazada de yak, y antes de abrir los ojos recordé que el Dalái Lama estaría en casa en tan sólo unas horas. Luego salté de la cama llena de alegría.

Desde muy temprano por la mañana, Jokhang ya era un hervidero de gente ocupada con los preparativos. Del estudio de Su Santidad salían los sonidos producidos por los intendentes que estaban aspirando y sacudiendo el lugar por última vez. Cuando salí de nuestra habitación, tras comer algunos bocados para el desayuno, vi que en las áreas de recepción había flores para darles la bienvenida al Dalái Lama y a los invitados que recibiría muy pronto.

En la oficina de los asistentes ejecutivos, el lugar de Tenzin permanecía vacío, ya que él y el chofer se dirigían al aeropuerto de Kangra para recibir a Su Santidad en cuanto bajara del avión. En el camino de regreso, Tenzin le daría al Dalái Lama un resumen de los asuntos más urgentes que requerían su atención.

Al otro lado del escritorio se encontraba Yogui Tarchin, quien, en cuanto terminaba de hablar con una persona, tenía que recibir a la siguiente para escuchar sus peticiones. Pero lejos de mostrar signos de irritación, el yogui desarrollaba su trabajo con amabilidad, e incluso hacía bromas. En la oficina prevalecía un aire de liviandad.

Por desgracia, cuando me detuve afuera de la oficina de Lobsang, al otro lado del corredor, me percaté de que ahí no se vivía el mismo ambiente que en la oficina de los asistentes. Fue curioso, pero no pude percibir la típica serenidad de su presencia. Por un rato lo observé limpiar sus repisas, revisar varias carpetas, dejar sobre el escritorio algunas de ellas tras acomodarlas con esmero, y mirar alrededor distraídamente. Pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta de lo que Lobsang estaba sintiendo: aprensión.

Aparte de él, nadie más en Jokhang se veía acongojado. Al contrario, en el aire se respiraba una especie de emoción festiva. Su Santidad regresaría pronto para estar

entre nosotros, y con él, también volvería toda nuestra razón de ser. A la residencia llegó una ráfaga de mensajeros con regalos, paquetes y correspondencia importante. En la sala del personal se escuchaba a la gente hablar en voz alta y con urgencia; y la risa de las personas redescubriendo el significado de sus tareas hacía eco en el corredor. De la cocina salía el inconfundible aroma de la comida de la señora Trinci, quien ya estaba preparando el almuerzo para los primeros visitantes de Su Santidad.

Como yo soy una gata con intuición felina bien desarrollada, sabía con exactitud en qué momento llegaría el Dalái Lama. Por eso, en lugar de quedarme descansando sobre el archivero en la oficina de los asistentes ejecutivos, preferí ir a mi lugar predilecto cuando Su Santidad estaba en casa: el alféizar de la ventana del salón principal de recepción. El Dalái Lama pasaba buena parte de su tiempo en ese lugar, en donde yo había podido escuchar a escondidas algunas de las conversaciones más intrigantes. Y, por supuesto, desde ahí también podía observar todo el ir y venir de la gente en el patio de abajo: una prioridad para cualquier felino.

Pero naturalmente, yo no observaba con detenimiento *todo* el ir y venir porque, ¿qué sentido tiene el desayuno si no es seguido de una siesta? Y ni hablar del hecho de que la suave brisa que entraba por la ventana tenía un efecto soporífico encantador. Así pues, un poco más tarde me despertó un sonido de aplausos que venía del corredor de afuera. La puerta del salón de recepción se abrió, los guardias de seguridad hicieron una última revisión, y de repente: apareció Su Santidad.

El Dalái Lama entró al salón y me vio fijamente. En cuanto nuestras miradas se encontraron me sentí bañada de una felicidad enorme, casi abrumadora. Su Santidad dejó atrás a su séquito de asistentes y consejeros, y caminó directamente hasta donde me encontraba para levantarme en sus brazos.

—¿Cómo estás, mi pequeña Leona de las Nieves? —murmuró—. ¡Te he extrañado tanto!

El Dalái Lama volteó, y ambos miramos por la ventana hacia el Valle de Kangra. Entonces me pareció que en el Himalaya ese día el aire era más fresco, el cielo más claro, y el aroma del ciprés y el rododendro más fuerte que nunca. Bajé la mirada y vi los senderos de piedra amortiguados con agujas de pino, y me quedé enganchada en un diálogo silencioso con Su Santidad.

Luego ronroneé y él sonrió sutilmente, recordando la última conversación que tuvimos antes de que se fuera. ¿Sería necesario siquiera que me preguntara si había explorado el arte del ronroneo?

No.

Y yo tampoco tendría que decirle porque él conocía mis experiencias con mayor claridad y compasión que yo misma. El Dalái Lama estaba muy consciente de lo que yo había aprendido mientras él estuvo fuera. Sabía que al escuchar al famoso psicólogo en el Himalaya Book Café comprendí que, a pesar de todas nuestras ideas sobre lo que nos hará felices, por lo general tenemos expectativas equivocadas.

También sabía que la observación de Viktor Frankl respecto a que la felicidad surge como un resultado no buscado de la dedicación que le invierte uno a una tarea mayor que sí mismo había hecho eco en mí.

Gracias a Ludo, el maestro de yoga, descubrí que la felicidad no se encuentra en el pasado. Gordon Finlay demostró que tampoco debíamos buscarla en un futuro mítico. Y si algo había aprendido de la muerte temprana de Chogyal, era que sólo desarrollando un sentido profundo de la evanescencia de la vida podría vivir cada día como lo que es: un milagro.

Sam Goldberg y su fórmula de la felicidad me habían convencido de que, sin importar nuestro temperamento o circunstancias, todos tenemos la capacidad de acceder a una felicidad mayor a través de prácticas como la meditación. Sin mencionar el hecho de que, cuando ayudamos a otros, con frecuencia los primeros beneficiados somos nosotros. ¿Acaso hay una mejor razón para ronronear?

Gracias al encargado de la disciplina del Monasterio de Namgyal había entendido que nuestro estado de ánimo casi siempre se relaciona con la comida. Y las crisis personales de Serena y Sam que dieron pie a una de las intervenciones sorpresivas de Geshe Wangpo me sirvieron como una lección para cultivar la ecuanimidad.

Siddhartha, el marajá de Himachal Pradesh, parecía ser la prueba viviente de que la relación entre el éxito y la felicidad funciona exactamente de forma contraria a la que mucha gente da por hecho.

Fue Yogui Tarchin, sin embargo, quien me hizo ver que yo tenía una visión muy limitada de mi propia mente y de mi potencial para lograr la felicidad. Y el biólogo británico nos dio esperanza a los seres *sem chens* al explicar que todos los seres vivos tienen la capacidad de alcanzar un entendimiento panorámico; y que el cambio tiene lugar cuando nos vemos como una conciencia capaz de tener experiencias humanas, felinas, o incluso caninas, en lugar de solamente vernos como gente, perros o gatos capaces de una experiencia consciente.



El Dalái Lama y yo disfrutamos de una mañana juntos en el Himalaya, y en ella compartimos nuestro entendimiento de todo lo que yo había aprendido en su ausencia. Tal como prometió antes de viajar, ahora me hablaría sobre lo que pensaba de las verdaderas causas de la felicidad, y me transmitiría el mensaje que quería hacer llegar a todos aquellos con quienes tenía un vínculo kármico. Y claro, como tú has permanecido todo este tiempo a mi lado, querido lector, ¡el mensaje también es para ti!

—La felicidad tiene una sabiduría especial —me dijo Su Santidad—. En algunos

textos se le llama el Secreto Sagrado, y como sucede con buena parte de la sabiduría, es fácil de explicar pero no de experimentar. Éste es el Secreto Sagrado: si deseas poner fin a tu sufrimiento, busca el fin del sufrimiento de otros. Si deseas felicidad, busca la felicidad de otros. La forma más eficaz de ser feliz consiste en intercambiar los pensamientos sobre nosotros mismos, por los pensamientos de otros.

Absorbí el significado de sus palabras junto con el aire que entraba por la ventana. La idea de pensar en otros tanto como pensaba en mí misma era realmente desafiante. GSS, la *Reina de las Nieves*, *Rinpoche*, *Swami*, *La criatura más hermosa jamás vista...* ella es la que está en el centro de mi conciencia desde el momento en que me despierto todas las mañanas hasta que me voy a dormir por la noche.

—Pensar demasiado en uno mismo es causa de mucho sufrimiento —dijo el Dalái Lama—. Ansiedad, depresión, resentimiento, miedo... todos estos sentimientos empeoran cuando le prestamos a nuestro ser más atención de la necesaria. El mantra del *Yo, yo, yo*, no es tan bueno como parece.

Cuando el Dalái Lama señaló esto, me di cuenta de que los momentos de mi vida en que había sido más infeliz eran aquellos en los que más estuve preocupada por mí misma. En el momento que me enojé con Chogyal por ordenar que lavaran mi frazada, por ejemplo, no tenía en mente la felicidad de nadie más, y específicamente, ¡no la de Chogyal!

Su Santidad compartió otra enseñanza importantísima:

—No es necesario terminar con el sufrimiento de todos los seres para terminar con el tuyo; y tampoco es necesario que todos los demás sean felices para que tú también lo seas. Si ese fuera el caso —dijo con una risita—, ¡entonces todos los Budas habrían fallado!

»Todos podemos aprender a usar esta maravillosa paradoja —me dijo, mirando profundamente mis ojos color zafiro—. Sé sabiamente egoísta, pequeña Leona de las Nieves. Da a otros felicidad para poder obtener felicidad para ti misma —se quedó callado un momento, durante el que acarició mi cara con ternura exquisita—. Pero bueno, creo que tú ya lo haces, cada vez que ronroneas.



El regreso de Su Santidad produjo suficiente emoción para un día, pero las cosas se iban a poner todavía mejor. Como varios delegados de alto nivel de las Naciones Unidas se quedarían a comer, yo podría visitar a la señora Trinci en la cocina. Y para continuar honrando la costumbre, ella me recompensó por visitarla, con una generosa porción de succulentos camarones aderezados con salsa de queso de cabra. La cremosidad de la salsa era tan deliciosa que me tomó bastante tiempo terminar de

lamer el plato hasta dejarlo inmaculado.

Después de comer me senté bajo el moteado patrón de sombras que formaban los rayos del sol afuera de la cocina, y me acicalé la cara. Me sentía satisfecha y contenta. Su Santidad había regresado a la residencia y la señora Trinci volvería a visitarnos con frecuencia. Todo parecía estar en orden en mi mundo.

Y también había otra cosa por la cual emocionarme: esa noche habría una breve ceremonia por la reinauguración del balcón de la escuela de yoga «El perro que mira hacia abajo». En días recientes, al frente de la casa de Ludo se había podido ver a montones de trabajadores reemplazando las vigas dañadas por el incendio con soportes de acero reforzado. Un día escuché a Serena hablar con entusiasmo sobre la renovación del balcón; dijo que ahora era más fuerte y amplio, y que estaría decorado con una alfombra tejida a mano que le regalaron los estudiantes a Ludo. Como el balcón prácticamente había sido reconstruido, el maestro de yoga decidió celebrar la ocasión haciendo una nueva dedicatoria del lugar. Un misterioso personaje había sido invitado para presidir el evento. Pero como yo me muevo en un círculo muy exclusivo, querido lector, sabía perfectamente quién era el invitado. Estoy segura de que, después de haber pasado tanto tiempo a mi lado, tú también ya tienes una idea bastante clara de quién es. Como durante la celebración se reuniría mucha de mi gente favorita bajo el mismo techo, decidí que yo, la *Swami* de la escuela de yoga «El perro que mira hacia abajo», debería asistir también.

Así pues, comencé a caminar por Bougainvillea Street por la tarde y pasé por la tienda de especias que había sido escenario de tanto pánico y descalabro unas semanas antes. Caminé por la franja de la acera en donde me había sentido totalmente atrapada, y entonces, cuando pasé por el alto y blanco muro de la propiedad de Sid... ¡volvió a suceder! Los mismos dos monstruos caninos aparecieron de la nada y se lanzaron contra mí. Esta vez, sin embargo, la situación era peor porque no había posibilidad de escape.

Un gato más robusto habría podido cruzar la calle corriendo, subir por una pared y alejarse, pero yo conocía mis limitaciones y sabía que no tenía salida.

Volteé a enfrentar a mis perseguidores, y justo en el momento que me dieron alcance, me senté. Mi acción los tomó completamente por sorpresa porque esperaban tener que perseguirme por todos lados, pero ahora sólo pudieron echar las patas al frente y detenerse súbitamente. Los dos perros me miraron desde las alturas, y yo sólo pude seguir jadeando rodeada de una nube caliente y sulfurosa. Con la lengua de fuera y ríos de saliva fluyéndoles de la boca, los caninos del infierno acercaron sus narices a mí.

¿Qué hice yo? Gruñí. Abrí la boca lo más posible y siseé con la furia de una deidad iracunda mil veces más grande que ellos. El corazón me palpitaba estruendosamente y el pelaje se me puso de punta, pero cuando mostré mis colmillos y agité la boca de atrás hacia el frente, y de izquierda a derecha, las dos bestias se

replegaron y ladearon la cabeza sorprendidas.

Ciertamente, no era la bienvenida que esperaban. Ni la que más les había gustado. Uno de los monstruos llevó su hocico hasta un par de centímetros de mi cara, y yo, con la velocidad del rayo, le solté un manotazo para mantenerlo a raya. La bestia dio un aullido agudísimo y se hizo hacia atrás adolorida.

Llegamos a un punto muerto porque ellos me tenían acorralada pero eso no era exactamente lo que habían planeado, y ahora no sabían qué hacer. Además, mis demostraciones de ferocidad los descontrolaron por completo.

En ese momento llegó el hombre alto de saco de *tweed*: justo a tiempo.

—Vengan acá, ustedes dos —gritó divertido—. Dejen en paz a ese pobre gato.

Las fieras parecían aliviadas de que les pusieran la correa y las alejaran de mí.

Mientras las vi alejarse, noté, muy sorprendida, que estaba mucho menos traumatizada de lo que esperaba tras haberme encontrado con ellas. Acababa de enfrentar mi mayor miedo y descubrí que podía lidiar con él. Era más fuerte de lo que imaginaba. Fue una experiencia desafiante, pero me defendí exitosamente de los dos sabuesos babeantes.

Seguí mi camino, y poco después recordé algo que me había dicho Su Santidad: que pensar demasiado en uno mismo causaba sufrimiento, y que el miedo y la ansiedad empeoraban si me enfocaba en *mí*. De repente me pregunté si semanas antes había terminado con el pelambre lleno de especias y atrapada en el muro porque no me había enfocado en otra cosa más que en salvar mi pellejo, y no por culpa de los perros. ¿Me habría ido mejor si me hubiera detenido y confrontado a mis perseguidores? ¿Sería posible que el mal llamado instinto de supervivencia a veces resultara contraproducente y fuera la mismísima causa del dolor?

Tras haber enfrentado a las bestias, seguí subiendo por la colina, sintiéndome más resistente y segura de mí misma. Tal vez era una gatita pequeña y discapacitada hasta cierto punto, ¡pero tenía el corazón de una Leona de las Nieves! Había logrado confundir a mis sombras. Era *Swami*: ¡Vencedora de los *golden retriever*!



La casa de Ludo estaba decorada para la ocasión. Debajo de los aleros se agitaban nuevas banderas tibetanas de oración con vívidos colores, las cuales portaban innumerables plegarias al viento. El pasillo había sido redecorado y olía a pintura fresca, y al letrero que decía ESCUELA DE YOGA. EL PERRO QUE MIRA HACIA ABAJO, y que estaba arriba de la entrada, le habían dado un retoque.

El estudio estaba repleto, había más gente que nunca. Todos los yoguis y las yoguinis estaban ahí, incluyendo a Merrilee —sin su anforita—, Ewing y Jordan. Pero

muchas de las otras personas tenían cara de nunca haber visto el interior de un salón de yoga, y se veían intrigadas y con ganas de saber quién sería el misterioso invitado de Ludo. También reconocí a varios clientes del café y a habitantes de McLeod Ganj que ya había visto antes en la calle. Incluso se encontraba ahí la vecina en cuya casa comenzó el incendio. Pasé por entre las hileras de colchonetas para llegar a mi lugar de costumbre, y la gente notó mi presencia como era debido.

Me dio gusto llegar a la parte trasera y encontrar en la última hilera a alguien que, aunque estaba fuera de contexto, me resultaba familiar. Era Lobsang, y desde el primer momento que lo vi, noté que estaba muy relajado. Estaba sentado solo y en silencio; era un monje sin carga alguna. Su serenidad había vuelto, y cuando se inclinó para acariciarme, pude ver sus ojos llenos de paz.

Las puertas corredizas al frente del salón estaban abiertas y revelaban la espectacular vista de los Himalayas. En la entrada al nuevo balcón había un listón de cuatro colores entrelazados, el cual se agitaba suavemente con la brisa de la tarde, listo para ser cortado en la ceremonia oficial de reinauguración.

De pronto hubo mucha actividad en la puerta, y luego apareció Serena. Miró alrededor y, cuando vio a Lobsang solo en la parte de atrás, se dirigió inmediatamente a él.

¿Qué tal te fue? —susurró, al mismo tiempo que se sentaba y se estiraba para tocar el brazo del traductor.

Él sonrió y asintió. Me dio la impresión de que le estaba costando trabajo hablar.

Serena tenía una expresión de dulzura.

—Entonces, ¿estás bien?

—Ni siquiera tuve que preguntarle —musitó—. Cuando fui a verlo, se tomó unos minutos para decirme cuánto le había gustado el trabajo que realicé en el nuevo libro. Luego me miró fijamente, y dijo: «Aún eres un hombre joven y tienes muchos talentos. Tal vez sería buena idea que intentaras algo nuevo, si así lo deseas».

—Oh, Lobsang —dijo Serena, y lo abrazó.

—Terminaré en seis semanas —explicó él con la boca fruncida por la emoción—. Después de eso, tendré la libertad de viajar.

—¿Has pensado adónde irás?

—Su Santidad me ofreció una carta de presentación para el abad de un monasterio en Tailandia —los ojos de Lobsang titilaban de emoción—. Creo que mis aventuras podrían comenzar ahí.

A pesar de tener sentimientos bastante encontrados, fui asimilando lo que Lobsang decía. Él siempre había sido una presencia serena en Jokhang, y yo siempre di por hecho que permanecería ahí. Me dio tristeza saber que se iría, pero en los meses recientes también me había dado cuenta de que algo no andaba del todo bien. A pesar del gran valor de su trabajo, Lobsang llevaba algún tiempo sintiéndose inquieto, y tenía la necesidad de encontrar un nuevo camino. Su partida sería un recordatorio

más de que lo único constante es el cambio.

Momentos después, Sam entró por la cortina de cuentitas, y tras contemplar el asombroso panorama por primera vez, miró a la gente en el salón. Serena lo saludó de lejos, y él se acercó a ella. Bronnie lo siguió de cerca. Ambos se sentaron junto a Serena, y ella los observó detenidamente.

—Me da gusto verlos aquí, juntos —dijo.

—Katmandú tiene muchas cosas a favor —murmuró Bronnie—, pero carece de Sam.

Serena asintió.

—¿Entonces te quedarás en la India?

Bronnie negó con la cabeza y Sam explicó:

—Será un contrato de tres meses. Bronnie estará sola los primeros dos meses, y luego yo me reuniré con ella el tercer mes. Después volveremos juntos a McLeod Ganj.

—Parece un buen acuerdo —dijo Serena.

—De esa forma ambos podremos ver más de los Himalayas —explicó Bronnie—. Aunque Sam está más interesado en conocer la librería del Monasterio Kopan.

—Es una costumbre de toda la vida, supongo —señaló certeramente Serena.

—El que nació *geek*, siempre... —dijo Sam.

—*Supergeek* —lo corrigió Bronnie. Luego se estiró y tomó la mano de Sam entre las suyas.

Ludo apareció por el pasillo y se dirigió al frente del estudio, tan distinguido y ágil como siempre. Llevaba una túnica de algodón y pantalones de yoga blancos. Se veía un poco más elegante que de costumbre, pero listo para dirigir una sesión muy suave para mostrarles a los nuevos alumnos algunas posturas elementales de la práctica.

Cuando Ludo estaba explicando *Tadasana*, la postura de la montaña, entró Sid. No era común que llegara tarde. En cuanto entró vio a Serena en la parte de atrás y la saludó, y cuando se acercó, Sam y Bronnie se movieron para que él pudiera sentarse junto a ella.

Estaban justo frente a donde yo me encontraba. Los observé moverse y hacer varios estiramientos. Se equilibraron sobre un pie con los brazos extendidos hacia el techo, y luego se doblaron un par de veces: primero a la derecha y luego a la izquierda. En algún momento, Serena giró al lado equivocado por error, y ella y Sid quedaron frente a frente, pero en lugar de fijarse en un punto en la distancia, sus miradas se encontraron y se mantuvieron fijas durante un minuto de inesperada y firme intimidad.

Ludo dirigió a los estudiantes a través de varias posturas sentados, y cuando estaban todos doblados en *Balasana*, la postura del niño, aparecieron dos guardias de seguridad. Revisaron el lugar y le asintieron a Ludo, quien les pidió a todos los asistentes que se sentaran.

Con una sonrisa, explicó:

—Conozco la verdadera razón por la que muchos de ustedes están aquí, y por ello, tengo el privilegio y el gran honor de pedirle a nuestro invitado de honor, Su Santidad, el décimo cuarto Dalái Lama del Tíbet, que vuelva a dedicar nuestro estudio de yoga.

La noticia fue recibida con resuellos de felicidad. Su Santidad apareció en el pasillo y todos se empezaron a levantar por respeto, pero él les indicó con un gesto que se mantuvieran como estaban.

—Siéntense, por favor —dijo, y luego juntó las palmas y las llevó a su pecho, a la altura del corazón. Hizo una reverencia y miró a todos los presentes.

Cada vez que el Dalái Lama entra por el frente de un lugar lleno de personas, en lugar de sólo avanzar hasta el fondo, se va deteniendo con varias personas en el camino. Esa noche, cuando caminó hacia Ludo, estrujó el hombro de Ewing y rio sutilmente al mirar a Merrilee a los ojos. Cuando Sukie juntó sus palmas y se inclinó, él se estiró con suavidad y apretó las manos de ella entre las suyas. Una lágrima se deslizó por la mejilla de la joven.

Para cuando Su Santidad llegó a Ludo, que seguía parado al frente, hubo un silencio de sobrecogimiento. Todos sintieron la energía que brotaba del Dalái Lama de manera constante y sin esfuerzo. Era una energía que podía moverte más allá de la limitada noción de ti mismo, y llevarte a la conciencia de lo infinito de tu naturaleza y al reconfortante entendimiento de que todo está bien. El Dalái Lama hizo una pausa frente a las puertas abiertas y se entregó a la espectacular vista.

Ese día, los elementos naturales habían conspirado para montar un atardecer particularmente trascendente. El profundo cielo azul formaba un dramático telón de fondo para las resplandecientes cumbres pintadas con oro líquido. Aunque los Himalayas solían verse inmensos e inmutables, en esa ocasión brillaban como una visión etérea que podría disolverse en el vacío en cualquier momento.

Mientras Su Santidad permaneció parado frente a la cordillera, todos en el salón de yoga percibimos su asombro. Por unos instantes sin tiempo, nos mantuvimos juntos, hechizados. Luego, el Dalái Lama volteó a ver a Ludo con una sonrisa.

El maestro de yoga hizo una reverencia formal y le ofreció a Su Santidad la tradicional bufanda blanca, y cuando éste se la regresó y la colocó sobre sus hombros también aprovechó para agacharse y tomar su mano.

—Mi querido amigo —dijo, y le dio algunas palmaditas en las manos que tenía unidas. Luego volteó a vernos y agregó—: hace muchos años, cuando llegué a Dharamsala, escuché sobre un hombre alemán que quería enseñar yoga. Esto es bueno, pensé. *¡Los alemanes son muy persistentes!*

Se escucharon muchas risas.

—La atención consciente del cuerpo es una práctica fundamental. Es muy útil. El yoga puede resultar muy provechoso si deseamos cultivar la atención consciente. Por

eso siempre le digo a Ludo: «Enseña más yoga. Porque va a beneficiar a todos los que vengan».

El Dalái Lama recorrió con la mirada a los asistentes, y sus ojos titilaron detrás de sus gafas.

—El cuerpo es como un cofre del tesoro. Y el tesoro que guarda es la mente. La oportunidad que tenemos de desarrollar nuestra mente es muy, muy valiosa. No todos los seres la tienen. Por eso debemos cuidar bien nuestro cuerpo y nuestra salud. Debemos aprovechar esta vida para beneficiarnos a nosotros mismos y a los otros.

Su Santidad le cedió la palabra a Ludo, quien, tras darle la bienvenida al invitado a la escuela de Yoga «El perro que mira hacia abajo», explicó que el estudio no sólo se llamaba así por la postura de yoga conocida en todo el mundo, sino también por el perro al que cuidó cuando acababa de llegar a McLeod Ganj. Su Santidad miró con expresión contemplativa el cuadro del *lhasa apso* que colgaba de la pared.

Ludo explicó que el apoyo del Dalái Lama lo animó desde el principio, y que ahora, varias décadas después, no podía imaginarse la vida sin ese propósito de enseñar yoga que tanto lo había motivado. El incendio y la restauración del balcón le habían dado la oportunidad de empezar un nuevo capítulo en la historia del estudio.

El Dalái Lama cantó una plegaria en tibetano, y así bendijo el estudio y a todos los seres en su interior. En ese momento, la atmósfera del lugar pareció cambiar. Cuando la conciencia de Su Santidad tocó la nuestra, todos sentimos algo sagrado y profundo.

Ludo le entregó a Su Santidad un par de tijeras y lo invitó a cortar el listón del nuevo balcón, y él lo hizo en medio de la alegría y los aplausos de todos. Luego Ludo dijo:

—Le conté a Su Santidad la historia del incendio, y le dije que las cosas habrían podido empeorar de no ser por la pequeña *Swami*.

Sid, que estaba sentado frente a mí, gritó:

—¡Aquí está ella!

—¿Ah, sí?

Sid y Serena se hicieron a un lado, y de pronto, todas las miradas cayeron sobre mí. El Dalái Lama me miró fijamente con un amor profundo, y luego volteó a ver la fotografía enmarcada del *lhasa apso* que colgaba de la pared. Por último, miró a Ludo, y le dijo:

—Me alegra mucho que haya encontrado su camino de vuelta a ti.



Esa misma noche, un poco más tarde, mientras yacía sobre la frazada de yak a los pies

de la cama de Su Santidad y él leía, me quedé viéndolo y pensé en el comentario que le había hecho a Ludo, la fotografía en el estudio de yoga y mi sueño. También recordé que Yogui Tarchin me llamó *Hermanita* en cuanto me vio con Serena, y luego pensé en lo cómoda que me sentía con Serena y Sid.

En estas siete semanas he comprendido varias cosas sobre la felicidad que me han cambiado la vida, pero también descubrí algo más, algo tan profundo y cálido como inesperado. Descubrí la profundidad de mi vínculo con la gente que me era más cercana, un vínculo que iba más allá de mi imaginación. Descubrí que había compartido varias vidas con ellos, a pesar de que no siempre podía tener acceso a los recuerdos de las mismas.

El Dalái Lama bajó la vista y me sonrió. Cerró su libro, se quitó las gafas y las colocó cuidadosamente sobre la mesa de noche. Luego se inclinó para acariciar mi cara.

—Sí, pequeña Leona de las Nieves, no es una coincidencia que tú y yo estemos aquí. Hemos provocado las causas necesarias para estar juntos. Y, por mi parte, yo estoy muy, muy contento de que así haya sido.

Yo también, pensé, ronroneando agradecida.

Su Santidad apagó la luz.

## ACERCA DEL AUTOR

**DAVID MICHIE** es autor de los libros *Buddhism for Busy People*, *Hurry Up and Meditate*, y *Enlightenment to Go*. Todos estos títulos han sido publicados internacionalmente y están siendo traducidos a muchos idiomas. David nació en Zimbabue, estudió en la Universidad Rhodes en Sudáfrica, y vivió en Londres diez años. Está casado y vive actualmente con su familia en Perth, Australia.

Website: [www.davidmichie.com](http://www.davidmichie.com)

## EL GATO DEL DALÁI LAMA

Si te gustó *El arte del ronroneo*, entonces conoce el primer libro de la serie: *El gato del Dalái Lama*:

*—¡Ay! ¡Qué lindo! —la actriz se inclinó para acariciar mi cuello y yo contesté con un franco bostezo y estirando trémulamente mis patas frontales—. ¡No sabía que tenía una mascota! —exclamó.*

*No deja de sorprenderme la cantidad de gente que hace esta observación. ¿Por qué no habría de tener una mascota Su Santidad?*

*—Si tan sólo pudiera hablar —continuó la actriz—. Estoy segura de que debe tener mucha sabiduría que compartir.*

*Y así, quedó plantada la semilla...*

*Comencé a pensar que tal vez había llegado el momento de que yo escribiera mi propio libro: un libro que transmitiera parte de la sabiduría que he adquirido al sentarme, no a los pies del Dalái Lama, sino más cerca, en su regazo. Un libro que narrara mi propia historia... cómo se me rescató de un destino demasiado horripilante, y la forma en que me convertí en la compañía permanente de un hombre que no sólo es uno de los líderes espirituales del mundo y ganador del Premio Nobel, sino también experto en el uso del abrelatas.*

Hambriento y en un estado deplorable, un gatito manchado de lodo es rescatado en los barrios bajos de Nueva Delhi y transportado a una vida que jamás habría imaginado. En un hermoso santuario con vista a las cimas cubiertas de nieve de los Himalaya, incia su nueva vida como el gato del Dalái Lama.

Irreverente, sabio y con un corazón bondadoso, este gato de muchos nombres abre una ventana a la vida en el santuario interior de Dharamsala. El gato del Dalái Lama es un diminuto espía que observa el constante flujo de reuniones privadas entre Su Santidad y todo tipo de personalidades —desde celebridades de Hollywood hasta autores de libros de autoayuda, además de algunos filántropos—, y nos ofrece

reflexiones sobre cómo encontrar la felicidad y el significado de la vida en medio de un mundo materialista y pletórico de actividad. Su historia hará sonreír a cualquier persona bendecida con las esponjadas patitas y el generoso ronroneo de un gato.

Título original: *The Dalai Lama's Cat And The Art Of Purring*

Traducción: Alejandra Ramos Aragón

Diseño de portada: Óscar O. González

Diseño original de interiores: Greg Pearson

Imágenes de portada: Getty Images Latin America / Stone (monje),

© Shutterstock (mandala)

© 2013, David Michie

Publicado originalmente en 2013 por Hay House Inc., Estados Unidos

Derechos mundiales exclusivos en español

Publicado mediante acuerdo con Hay House UK Ltd, Astley House,  
33 Notting Hill Gate, Londres W11 3JQ, una división de Hay House Inc.

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA m.r.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, D.F.

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-607-07-3304-8

Primera edición en formato epub: marzo de 2016

ISBN: 978-607-07-3303-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México

Conversión eBook: TYPE

## TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

### Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

# Índice

Portadilla	2
Índice	4
Dedicatoria	5
Prólogo	6
Capítulo uno	10
Capítulo dos	27
Capítulo tres	41
Capítulo cuatro	54
Capítulo cinco	66
Capítulo seis	78
Capítulo siete	91
Capítulo ocho	103
Capítulo nueve	116
Capítulo diez	131
Capítulo once	145
Acerca del autor	156
Créditos	159
Planeta de libros	160